

0
DAD AL
CION GE

UNIVERSITY OF CHICAGO
PRESS



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

HERMON

Y

OMILIAN

1880-1881



BX2170

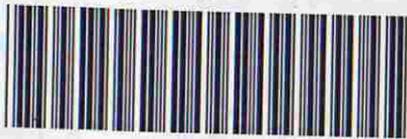
.P4

S401

C.1

AL

008575



1080020919



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

SERMONES Y HOMILIAS

PARA LAS DOMINICAS

DESPUES

DE PENTECOSTES Y ADVIENTO,

SOBRE

EXPLICACION DEL EVANGELIO,

FOR

UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS.

MODERNA

LIBRERIA RELIGIOSA

JOSE L. VALLEJO S. e C.

SAN JOSE EL REAL Núm. 3.

APARTADO POSTAL Núm. 444.

MEXICO.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MADRID: 1870

LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ

Calle del Carmen, núm. 13.

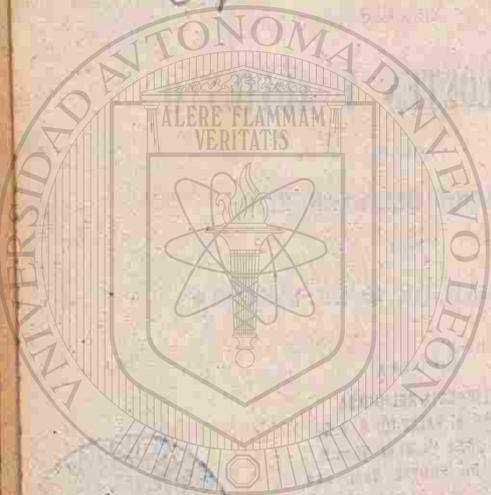
45201

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Verdadero y Falso
VALVERDE Y TELLES

BX2170

CP4

54



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

—5—



SERMON

para la **Dominica vigésima
primera después de Pen-
tecostés.**



*Serve nequam... ¿nonne oppor-
tuit et te misereri conservi tui,
sicut et ego tui misertus sum?*

*Mal siervo..... ¿no debias tam-
bien tú tener compasión de tu com-
pañero, como yo la he tenido de ti?*

S. MATEO, CAP. 18.

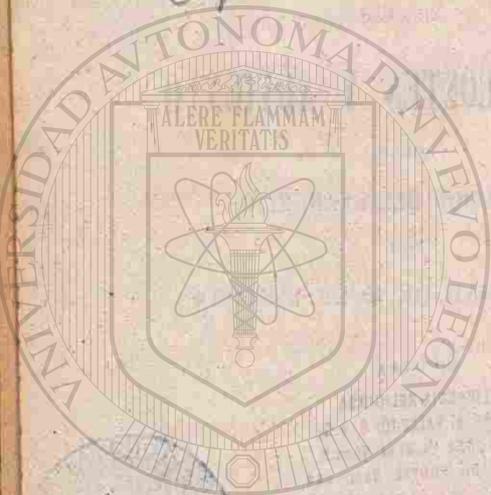
El Apóstol San Pedro, según el Santo Evangelio, hizo al Divino Maestro Jesús una pregunta en estos términos: Señor, ¿perdonaré yo á mi

008578

BX2170

CP4

54



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

—5—



SERMON

para la **Dominica vigésima
primera después de Pen-
tecostés.**



Serve nequam... ¿nonne oppor-
tuit et te misereri conservi tui,
sicut et ego tui misertus sum?

Mal siervo..... ¿no debias tam-
bien tú tener compasion de tu com-
pañero, como yo la he tenido de ti?

S. MATEO, CAP. 18.

El Apóstol San Pedro, según el
Santo Evangelio, hizo al Divino Maes-
tro Jesus una pregunta en estos tér-
minos: Señor, ¿perdonaré yo á mi

008578

hermano todas las veces que pecáre contra mí? El Salvador, para enseñarnos á todos, que debemos estar dispuestos á perdonar, le dijo: el reino de los Cielos, es comparable á un Rey que quiso tomar cuentas á sus criados. Luego que abrió las cuentas se le presentó uno que le debía diez mil talentos, esto es, unos 162 millones de reales; y como no tenía con que pagar esta enorme cantidad, mandó el Rey que, segun la costumbre de aquel tiempo, se vendiesen aquel criado, su muger, sus hijos, y cuanto tenía para satisfacer la deuda. Entonces el pobre sirviente, echado á los pies del Rey, hízole con el mayor encarecimiento esta súplica: Señor, esperadme un poco, y yo os lo pagaré todo. Compadecido el amo, aun le concedió mas de lo que le pidió, porque llegó su generosidad has-

ta perdonarle toda la deuda. Empero este vil criado, este siervo infiel, apenas salió de la presencia del Rey, cuando encontrándose con uno de sus compañeros, que le debía cien dineros solamente, que vienen á ser como unos 120 rs., echóle las manos á la garganta, y casi lo ahogaba, diciéndole: dame lo que me debes. Su compañero entonces, echado á sus pies, hacía con instancia esta súplica: dame algun tiempo, y yo te volveré lo que te debo: mas el acreedor infame no quiso oírle, se marchó, hízolo poner en prisiones, hasta que hubiese pagado todo lo que le debía.

Una accion tan inhumana, se hizo tan odiosa al público y especialmente á los otros dependientes del Rey, que le dieron parte del suceso. Entonces el Monarca su amo, lleno de justa in-

dignacion, haciéndole comparecer en su real presencia: siervo malvado, le dice, yo te habia perdonado todo lo que me debias, porque me lo suplicaste; ¿no era puesto en razon que tambien tuvieras tú piedad de tu compañero como yo la he tenido de ti? Y luego le entregó á los verdugos, hasta que hubiese pagado todo lo que debia. Tal fue, hermanos míos, la reprension severa y justa que mereció la ingratitud y vil conducta de este mal siervo. Asi, dice Jesucristo, tratará mi Padre que está en los Cielos, á los que de corazon no perdonen, cada uno á su hermano. Es necesario aplicarnos á conocer las gracias que Dios nos hizo; si lo hiciéramos, cual debemos, reconoceríamos tanto amor en la conducta que Dios ha observado con nosotros, que sería imposible no amarle. La intencion

de Dios en hacernos bien, es la de inclinarnos á amarle por gratitud, que es el mayor de todos los bienes; el reconocimiento hácia nuestros bienhechores es un movimiento tan natural como la venganza de los malhechores. Nosotros no queremos reconocer en Dios al Autor del bien y del mal que nos sobreviene; porque si lo hiciéramos, no amaríamos sino á Dios, y no aborreceríamos á los hombres. Dios exige de nosotros un reconocimiento sensible y práctico, el Cristiano que no lo ejecuta es un perjuro cuantas veces diga la peticion 5.^a del padre nuestro. Consiste aquel en dar una parte de nuestros bienes á los pobres, que vienen á ser los réditos que Dios nos pide por el usufructo. Muchos de vosotros teneis valor para ver los pobres á las puertas de vuestras casas, practicando una humildad

que llama las atenciones de Dios y de los Angeles; los recibis con una sequedad estraña á un corazon cristiano y los despachais con una dureza bárbara, ó cuando menos, con un *Dios te ampare*, que llena de lágrimas sus ojos, y cubre de luto su angustiado corazon. ¡Insensatos! Habeis olvidado que Dios es el único dueño y Señor de vuestros bienes y de vuestra vida? ¿y estrañais las desgracias, los trabajos y la pérdida de vuestra vida y vuestros bienes, que Dios trasladada á otros colonos mas agradecidos, y vosotros seais entregados al verdugo hasta que le pagueis el último maravedí? Pues tened presente la parábola del Evangelio de este dia, de la cual resulta que no hay salvacion para los ingratos, para los que no perdonan, ni socorren á sus pobres hermanos que es el asunto de mi

discurso. Ayudadme á implorar los auxilios divinos por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel

AVE MARIA.

Serve nequam... nonne oportuit et te misereri conservi tui, sicut et ego tui misertus sum?

Mal siervo..... ¿no debias también tú tener compasión de tu compañero, como yo la he tenido de tí?

S. MATEO, CAP. 18.

El que no mira á Dios como á su bienhechor universal, ó carece, por necesidad, de fé, ó no dá el aprecio que se merecen á los dones que recibe de su mano. Porque, prescindiendo ahora de lo que dice relacion con el hombre físico, como el cuerpo, la salud, la vida, el sustento, conservación, ¿quién no conoce que es de un valor infinito todo lo que dice orden al alma? ¿Quién, si no, ha podido apre-

ciar el valor de la redencion, de la gracia que nos mereció, la bondad con que se nos aplica, y los admirables efectos de justicia y santidad que en nosotros produce? Siendo estos unos favores imponderables ¿quién no estima la gloria que en ellos nos aguarda, y la esperanza que tenemos de su posesion por los mismos méritos del Salvador? ¿Quién no dá gracias al Señor? Quién? Solo el hombre que no tiene fé, y que por tanto no los conoce. En todos los pueblos, por ejemplo, de España, la ingratitud guarda proporcion, desgraciadamente, con los beneficios que recibieron de Dios. O mejor dicho, su conducta es como si, en vez de tantos favores, solo hubieran recibido ultrages, como si en vez de pan les hubiera dado piedras el Señor, y en vez de sabrosos manjares les hubiera dado

escorpiones; no solo no van á darle gracias como los leprosos del Evangelio, sino que atropellan á sus ministros y esclavizan y ultrajan á su Divina Esposa la Iglesia, como el siervo impío que por una cortísima deuda quiso ahogar á su infeliz compañero, y le cubrió de oprobios cargándole de cadenas. Si examinamos las costumbres de los hijos de la nación católica, hay sobradas razones para que pregunte el Señor en el exceso de su ira, ¿pues qué, no han sido bautizados todos los españoles? Y apenas hay uno de estos á quien no pueda reprender el Señor diciéndole: ingrato y vil siervo! ¿por qué no has tenido compasión de mí en la persona de tu hermano? ¿Por qué no le perdonaste una triste peseta que te debía, habiéndote yo perdonado á tí mil millones de onzas de oro?.....

¡Ah malvado!! Yo te amarraré con cadenas de fuego en los calabozos eternos, hasta que pagues el último maravedí, y siendo esto imposible á tu mísera pobreza, gemirás atormentado en manos del verdugo por toda la eternidad. Todos son Católicos, según ellos dicen, ¿pero cuál es su conducta en la frecuencia de sacramentos, en las obras de caridad, y desprendimiento de las cosas terrenas? ¿Cuántos son los que siguiendo el impulso de su religión, viven con el corazón en el Cielo, dando continuamente gracias al Señor por haberlos hecho Católicos? ¿Saben ellos ni aun siquiera lo que es el catolicísimo y los incomparables beneficios que hallaron en él los pueblos y los hombres? Lo peor es que ni aun se detienen á averiguarlo, de que resulta el poco aprecio, el ningún celo que ostentan

en el cumplimiento de los deberes que impone, y ese modo de vivir profano y como de gentiles, en medio de una creencia santa.

Pues entre tantos como son los favorecidos por la divina Providencia, no hay ni hubo quien haya venido á dar gracias á Dios, sino este forastero? era un Samaritano, dice el Evangelio; porque los Samaritanos eran unos infelices altamente despreciados por los hebreos, que llenos de orgullo por su descendencia de Abraham, despreciaban á todos los que no pertenecian como ellos al pueblo santo. Asi podrá el Señor quejarse de nosotros; pues entre los pocos que vemos en los dias de labor en los templos, ya oyendo el Santo sacrificio de la Misa, ya recibiendo con edificante compuncion los Santos Sacramentos, ya en otros ejercicios propios de un co-

razon agradecido al Señor, notamos que, ó son pobres ancianos, tristes viudas, huerfános desamparados del mundo, y personas, en fin, humildes aborrecidas del siglo que en solo Dios buscan y hallan el socorro y consuelos que necesitan. Crece la ingratitud monstruosa de los españoles con la misma antigüedad y abundancia de los favores que gozan cerca de Dios, cual se endurece mas el lodo con el calor del sol, cuando mas alegre y anima la tierra con sus rayos luminosos. Entre tanto, ¡qué afrentoso contraste! los pueblos convertidos de nuevo á la dulce Religion de Jesus, miran como dicha imponderable la de poder oír Misa, y como una ocasion preciosa la de confesarse. La de recibir la sagrada comunión la consideran como un don muy particular del Cielo. Aprovechando pues estos me-

dios de labrar su felicidad, que Dios les concede en su misericordia, castigando asi la ingratitud de los antiguos pueblos que abandona en su ira; redoblando en fervor las almas de los nuevos fieles, no saben como pagar al Señor tan inefables beneficios. ¡Qué en Europa tienen los Cristianos libertad para oír Misa todos los dias, confesarse y comulgar cuando quieren! ¡qué dicha! ¿Y no son santos todos los europeos? ¿y es posible que haya en aquellos países hombres que ofendan á Dios? Así preguntaba un chino admirado á un misionero que le hablaba del estado de la Religion en Europa; y si le hubiera manifestado toda la verdad, hubiera contestado el chino: ¿pues si todos los enfermos han sido curados de la lepra del pecado, ¿donde estan que solo uno viene á dar gracias al Salvador?

¿por qué no vienen todos á rendir gracias á la divina misericordia, que se dignó sacarlos del poder y esclavitud del demonio á la libertad de hijos de Dios?

Y entonces ¿qué se le podia responder al nuevo Cristiano de la China? que los españoles, en particular, llenos de gusto por las cosas mundanas, no le tienen para las cosas divinas. ¿Y qué significa esto? contestaria; que la enfermedad ha desarreglado sus órganos; pues que los ojos enfermos no pueden sufrir la luz del sol, ni el paladar estragado halla gusto en el mas delicado manjar: que estan en medio del agua y se mueren de sed; tienen en sus manos el mejor alimento y quieren morir de hambre; ¡desventurados! la naturaleza que ha impreso la gratitud en el corazon humano, los llama á que correspondan

:

á Dios manifestándole su gratitud: su misma necesidad los impele á ello: la gracia divina les brinda con los medios fáciles á ostentar su reconocimiento, ¡con todo, no lo hacen! morirán pues, ya que quieren morir; y su muerte eterna será una justa recompensacion á lo que á Dios deben y negaron, y pudieron haberle satisfecho sin trabajo alguno. ¿Qué deudor hay en el mundo que se resista á pagar cuando el mismo acreedor le proporciona los medios de hacerlo? solo el insensato pecador. No solo se resiste á pagar sino que blasfema y maldice á su generoso bienhechor: cuando persigue á sus hermanos, no perdonándoles lo poco ó nada que le deben comparado con lo que él debe á Dios; cuando los apremia y los ultraja, negando el socorro que de justicia exigen sus necesidades. Sereis

conocidos por mis discípulos, dice Jesucristo á sus Apóstoles, no por los prodigios que hareis en mi nombre, sino por la caridad con que os amareis los unos á los otros. O Dios mio!! Si la caridad es el distintivo de vuestros discípulos, ¿que serán los Cristianos de unos dias, entre los cuales no hay apenas otra cosa que venganzas, enemistades, envidias, rencores y celos?

La caridad y amor fraterno era el carácter de los primitivos fieles, en que no habia sino un corazon y un alma entre todos; una vida tan ejemplar que admiraban los gentiles y producía su conversion. Ved, esclamaban, segun Tertuliano, como estas gentes se aman, qué union tienen cómo se asisten y estan dispuestos á morir unos por otros. Los Fariseos, interpretando falsamente un

testo de la ley, concluian que así como se debía amar al amigo, podía-se aborrecer al enemigo: y ¿cuántos Cristianos hoy no estan en ese error? ¿Cuántos afectan ignorar, que bajo el nombre de amigo ó prójimo se entiende todo hombre de cualquiera pais, condicion, ó secta que profese, que tenga necesidad de socorro? Por esta causa, cuando el Doctor de la ley preguntó á Jesucristo *¿quién es el prójimo* á quien uno debe amar como á sí mismo, le contestó el divino Señor con el ejemplo del Samaritano, que asiste y socorre en la persona de un judío, á un extranjero, á un enemigo de su sec'a. El amor de los enemigos, el perdon de las injurias, la remision de la deuda, que un pobre no puede pagar, y que por tanto su remision es una accion de caridad heróica, el socorro de los estraños, y

otras acciones que son la gloria del cristianismo, para muchos de sus profesores son un idioma que no entienden, no conocen mas prójimo que un egoismo grosero; y su amor está en proporcion directa con todos los medios de saciar sus mezquinas y bastardas pasiones. Indiferentes á los bienes y los males de sus hermanos, desconocen hasta los lazos comunes de la naturaleza y de la gracia, que unen á todos los miembros de una sociedad católica.

Esto, dice Santiago, no es cumplir la ley real de la caridad, ¡qué! si tú desechas á un pobre que llama á tu puerta, muerto de necesidad, y das acogida á un grande que á ella viene con grande aparato, ¿no es fácil de ver que obras por consideraciones puramente humanas? En la persona del rico solo recibes un po-

bre mortal, acaso un miserable pecador, mas en la persona del pobre que vistes, ó alimentas ú hospedas, recibes al mismo Dios inmortal Rey de los siglos. Puedes preguntarlo, si yo no merezco crédito, al Santo obispo de Tours, Martino, y al Papa San Gregorio el Grande. Desear á nuestros hermanos lo que quisiéramos para nosotros, la misma felicidad, las mismas gracias, los mismos bienes en el Cielo, y las mismas conveniencias en la tierra; ved aquí la regla del Cristianismo en orden al prójimo. No engañemos á nuestros hermanos, ó mejor dicho, á nosotros mismos; no tengamos dos pesos y dos medidas, una para nosotros y otra para los demas, pues que por esta seremos todos medidos en el día de la cuenta; ¿quereis que otro no os haga mal? no le hagais vosotros; ¿quereis que os per-

done? perdonad; ¿quereis que os haga bien? hacedle vosotros; que os sufra vuestras incomodidades, sufridle vosotros tambien.

La Religion cristiana está fundada sobre la caridad, por la cual nos impone la obligacion de compadecernos de los males del prójimo y consolarle en sus trabajos, suavizando la amargura de sus tribulaciones. Esta es una obligacion general de todos los tiempos, clases y condiciones de la vida, que sujeta por tanto al rico, al pobre, al ignorante, al sabio; aunque no todos puedan como el Apóstol trabajar en la salvacion de las almas, todos pueden entrar en sus sentimientos, gimiendo en su interior las miserias de sus hermanos. Dios envia las aflicciones al hombre por dos fines, el primero para probar y acrisolar la virtud del Cristiano que

padece, y el segundo para escitar y mover la caridad del que lo mira padecer. Al justo aflijido le dice, como á Jacob para consolarle, no temas, hijo mio; tú tienes sed yo te daré agua en abundancia; si padeces alguna desgracia no te impacientes, siervo mio, yo derramaré sobre tí mis bendiciones. Mas por otra parte dice á un Cristiano que ve padecer á sus hermanos: abre tu corazon á estos afligidos, no les niegues alguna palabra de consuelo, esto en el orden fisico, vamos al orden moral.

No pocas veces la caida del prójimo procede de la peligrosa ilusion que nos hace creer que una vez que uno se reforme á sí mismo y trabaje por su salvacion, no necesita emprender la reforma de los otros, y aun recuerda con cierto placer las frases del vulgo, *vigilent pastores*, y la de,

cada uno su alma en su palma, y otras parecidas, empero ¿sacar á nuestros hermanos de sus desórdenes? *hoc opus, hic labor*: por lo que yace en un lamentable abandono, el que se reputa por un puro consejo evangélico, la correccion fraternal. El sacerdote pasa, el levita pasa, el simple fiel pasa de largo: véñse tratos ilícitos, contratos infames, óyense murmuraciones y horribles blasfemias contra Dios, contra María Santísima y contra los Santos; en cada esquina se topan los maldicientes, y todo género de pecadores... todo el camino que va de Jerusalem á Jericó está cubierto de heridos, y ninguno se acerca á ellos á atar sus llagas, y derramar en ellas el aceite y el vino de una prudente correccion; esto en unos es indiferencia, en otros cobardía, en estos criminal complacencia;

en aquellos dominan los respetos humanos, y es en todos una grave falta de caridad; pues el deber santo de la correccion está fundado sobre los dos grandes preceptos del amor de Dios y del prójimo, en que descansan la ley y los Profetas..... todo el edificio de la moral cristiana.

Es falso que ame á Dios aquel cuyo celo no se abrasa al eco terrible de la murmuracion y la blasfemia: es falsísimo que ame al prójimo, el que friamente le ve correr por el camino de la perdicion, sin advertírsele, sin corregirle. ¡Oh! no lo quiera el Cielo, hermanos míos; no permita Dios que alguno se condene por nuestra falta. Vemos, hoy, á tantos como se pierden, unos por sus desórdenes escandalosos, otros por sus blasfemias, estos por sus injusticias, aquellos por sus detracciones; pues

bien: una leve advertencia oportuna, ó una correccion segura, cuando tenemos autoridad sobre ellos, haríanlos entrar en camino de salvacion; si miramos con indiferencia su pérdida, seremos responsables delante de Dios. Las obras son el lenguaje del corazon. Las promesas que pudiendo no se practican son un insulto á Dios y á la miseria del prójimo. Si alguno posee bienes de este mundo y no socorre la necesidad de su hermano, ¿podrá decir que tiene caridad? San Juan supone que no; si uno de vuestros hermanos, ó una de vuestras hermanas, no tiene con que vestirse, ó de que alimentarse, y uno de vosotros conténtase con decirle, Dios le ampare, Dios le haga bien, Dios le favorezca, sin darle, sin embargo, lo que necesita, ¿de qué le servirán estas hermosas frases? Dios no

paga con palabras, sino con hechos. Y tratará sin misericordia, dice Santiago, al que no hubiese tenido misericordia, como se ve con el ingrato siervo de la parábola.

Son, ciertamente, muy notables, para dejarlas en olvido, las calidades del amor que debemos á nuestros hermanos: primera, Dios ha de ser el fin y motivo del amor, ó lo que es lo mismo, que sea este un amor de caridad, un amor cristiano; pues que no todo amor es caridad. El amor de las gentes del mundo es humano, sensual e interesado. « Amas á tu mujer, dice San Agustín, porque es el objeto de tus placeres carnales; «amas al compañero porque vivis juntos y jugais uno con otro. » Amas á tu amo porque te dé bien de comer; los gentiles y aun los brutos no hacen menos. Luego el amor de que

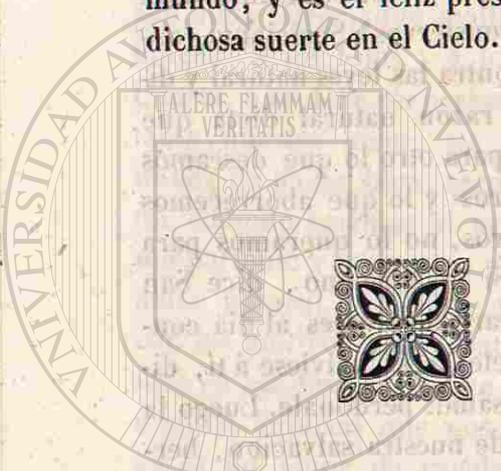
tratamos, no debe tener motivos naturales, sino religiosos; nuestros hermanos solo son amables como imágenes de Dios, como miembros de Jesucristo, como rescatados tambien con su sangre. Debeis pues amarlos, no por vuestros intereses, sino para llevarlos á Dios; no para ser aprobantes de sus pasiones, ó cómplices de sus desórdenes, sino para corregirlos y ganar sus almas para Dios. Cuando el afecto no produce la salvacion de nuestros hermanos, ó no la lleva por fin, no es amor entonces, es un odio mortal. Segunda calidad del amor, que nos compadecemos de sus miserias, procurando aliviarlas con agrado, pues el que da con alegría es amado de Dios. Tercera, que debe ser el amor general, sin escepcion alguna, pues el amor de la mayoría de los Cristianos es particu-

lar, es un mero capricho; porque los hay muy amantes de los estraños y de los vecinos; y en su propia casa son unos tigres, que maltratan á la muger, á los hijos y á los criados. Cuarta, que debe ser perpetuo y constante nuestro amor, sin cansarnos nunca de hacer bien, segun el Apóstol. Cuando amamos al prógimo como pariente y protector, este será un amor natural y voluble que cesará con los motivos: pero cuando le amamos en las desgracias que le cercan, ó en las injurias que nos hizo, este ya es un amor de caridad puro y constante como los motivos, que no son otros que Dios. ¿Y cómo pudiéramos pedir sinceramente á Dios el perdón de nuestros pecados, conservando un corazon lleno de amargura para con nuestros hermanos, un corazon envenenado y criminal á los

ojos divinos? ¿No es temible que el Padre celestial nos trate con el mismo rigor que nosotros usamos con nuestros consiervos? Semejante conducta es contra las leyes natural y divina. La razon natural dicta que queramos para otro lo que deseamos para nosotros: y lo que aborrecemos para nosotros, no lo queramos para ninguno. Si tu hermano, dice San Lucas, pecare siete veces al dia contra tí, y siete veces volviese á tí, diciendo, pésame: perdónale. Luego la esperanza de nuestra salvacion, hermanos, se funda en nuestro reconocimiento á los beneficios de Dios, en el perdon de las injusticias, y en el bien que hagamos al prójimo; así seremos hijos del Padre celestial, que hace nacer el Sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y los justos; ¡qué grandeza la del

Cristiano que imita á Dios de esta manera! Su gloria empieza en este mundo, y es el feliz presagio de su dichosa suerte en el Cielo. Amen.

D. H.



SERMON

para la Dominica vigésima
segunda despues de Pen-
tecostés.

Væ illi qui multiplicat non sua!

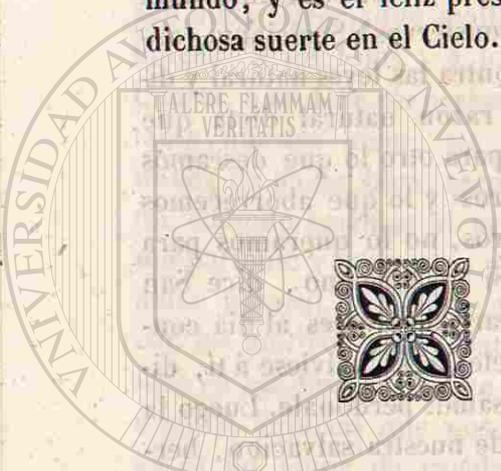
*Ay de aquel que multiplica lo
que no es suyo!*

HABAC., CAP. 2.^o

Dad al Cesar lo que es del Cesar, mandó Jesucristo á los herodianos, segun el Evangelio de este dia, que se acercaron al Divino Maestro para sorprenderle; le dijeron con este fin

Cristiano que imita á Dios de esta manera! Su gloria empieza en este mundo, y es el feliz presagio de su dichosa suerte en el Cielo. Amen.

D. H.



SERMON

para la Dominica vigésima
segunda despues de Pen-
tecostés.

Væ illi qui multiplicat non sua!

*Ay de aquel que multiplica lo
que no es suyo!*

HABAC., CAP. 2.^o

Dad al Cesar lo que es del Cesar, mandó Jesucristo á los herodianos, segun el Evangelio de este dia, que se acercaron al Divino Maestro para sorprenderle; le dijeron con este fin

:

perverso: Maestro, sabemos que eres sincero y veraz; que enseñas el camino de Dios conforme á la verdad, y que no obras por respeto alguno, porque no miras á la calidad de las personas. Y así dínos qué te parece de esto: ¿nos es lícito á los judios pagar el tributo al Cesar, ó no? Y esta señal de servidumbre no es injuriosa á Dios, siendo los judios el pueblo escogido y la especial herencia del Señor? Mas conociendo Jesus su malicia, y que le hacian esta pregunta para hacerle odioso al pueblo, si decia que sí, ó sospechoso al príncipe, si decia que no, les dijo: ¿qué me tentais, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo; y se la presentaron. Dijoles entonces Jesus, ¿de quién es esta imágen? del Cesar, le dijeron ellos; pues dad al Cesar lo que es del Cesar, les respondió el Señor, y á Dios

lo que es de Dios. ¡Respuesta admirable! esclama San Hilario; atengámonos á ella, hermanos míos. Ella nos enseña que los derechos de los príncipes no se pueden violar impunemente sin resistir á las órdenes de Dios.

Este mandato divino en orden á los príncipes ó testas coronadas, no debe hacer menos impresion en nosotros, en orden á los deberes que la justicia nos impone acerca de nuestros hermanos. Con amenazas terribles se nos prohíbe abrir la puerta del corazon á las tentaciones seductoras, que nos inclinan á los bienes ajenos. No hay cosa mas esplicita en las sagradas páginas, que la obligacion de restituir, si llegamos á poseer cosas ajenas. Dad al Cesar lo que es del Cesar, esto es lo mismo que, volved á su dueño lo que teneis sin

su consentimiento. Como que todos nuestros bienes son de Dios, y él nos manda volver lo ageno al que ha concedido el usufructo, resulta que el que no quiere restituir, no quiere dar á Dios lo que es de Dios. El decreto del Altísimo es terminante, ¿pero quién es el que le obedece? ¿Hay cosa mas comun y general que los hurtos, los robos, las usuras? Apenas existe uno que no tenga algo ageno. ¿Quién, sin embargo, es el que restituye? ¡Ah! tan lejos de eso, segun el Profeta, el hurto y la impureza inundaron la tierra como un diluvio; la desolaron como un torrente devastador: ninguno, sin embargo, se reprende por estos pecados. Ya no hay el menor escrúpulo en tomar ó usurpar y retener hasta los bienes sagrados, y un sacrilegio tan horrible y desastroso se bebe como el agua, en

medio de una nacion católica y religiosa como España. Asi es que los que roban á Dios lo que es de Dios, poco dispuestos estarán á dar al hombre lo suyo.

Vuestro pueblo, ó Dios mio, la España del siglo XIX es un pueblo ingrato y endurecido que se revela contra las censuras de la Iglesia, despreciando las amonestaciones de sus ministros; pero á quien desprecia es á Vos, y en castigo le abandonareis á su sentido réprobo, soltándole la rienda para que se precipite por los caminos de la perdicion. A tal extremo de ceguedad hemos llegado, amados Católicos, que parece que está oscurecido el camino del Cielo; las ovejas del rebaño místico están desamparadas, pues algunos pastores mercenarios han hecho la paz con los lobos. ¡Restitucion!! *Durus est hic ser-*

mo. Cosa dura y difícil de ejecutar es esta para un hombre injusto, avaro y usurero; para un hombre acostumbrado á vivir casi toda su vida sobre los bienes ajenos. Ved aquí la razon porque, segun los libros Santos, esta necesidad es un mal muy doloroso. *Infirmitas pessima.* Sin embargo, el hurto clama en el mismo corazon del ladron: es necesario volver lo que no es tuyo. Y este clamor es tan vivo y penetrante, que no se pueden sofocar los remordimientos de la conciencia, ni borrar la ley divina gravada en el alma: no hurtarás. Es el objeto, pues, de mi discurso, haceros presente que sin *restitucion* no se puede ir al Cielo. Para este fin supliquemos al Espíritu Santo los auxilios necesarios por la intercesion de su Divina Esposa: diciéndola con en Arcángel.

AVE MARIA.

Væ illi qui multiplicat non sua!

¡Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo!

HABAC., CAP. 2.^o

Es necesario, para la salvacion, guardar la justicia en todas las cosas, segun el Doctor Angélico, por lo que la restitucion de lo tomado injustamente, es necesario para la salvacion. Sin ella, ó efectiva, ó en voto, cuando aquella no es posible, no hay verdadera conversion de parte del peccador, ni esperanza de perdon de Dios. Porque, á la verdad, ¿quién ha de creer la verdadera conversion de un hombre, que despues de haber pro-

metido muchas veces dejar una concubina, la retiene aun en su casa? Si con tales promesas se acercase al tribunal de la penitencia, ¿no diríamos, con San Isidoro de Sevilla, que aquel no es un penitente, sino un impostor, que se burla de los sacramento? Pues el mismo precepto que nos prohíbe la impureza, prohíbe retener la persona que nos es ocasion de pecado. Decimos lo mismo de la injusticia. El mismo precepto divino que manda no hurtar condena no solo el hurto, sino la retencion de cosas ajenas. El que, sin embargo, se acerque á los Sacramentos, es un sacrílego audaz, que tendrá el mismo desgraciado fin que Judas el traidor.

En vano se cubren las injusticias con el velo de la piedad; ni las confesiones, ni las comuniones justificarán al pecador delante de Dios, entre

tanto que conserve el fruto de sus iniquidades. Reflexiones gravísimas para la mayoría del pueblo cristiano. ¿Quiénes y cuándo deben hacer la restitucion? los mismos que tomaron ó retienen los bienes del prójimo, ó le hicieron algun perjuicio en ellos; si es uno, uno, si muchos, sobre todos y cada uno pesa dicha obligacion, ó sobre sus herederos. ¿Pero quiénes son estos? Los que no pagan ó retienen, con injusticia, el salario del jornalero y del criado. El salario de los obreros que segaron vuestras mieses, dice Santiago el menor, á quienes no habeis pagado, clama al Cielo, contra vosotros, y su clamor ha llegado á los oidos del Señor de los ejércitos. Los que no pagan ó se apropián á sí mismos el diezmo y tributo que deben á la Iglesia y al Rey, y los encargados de su recaudacion que no

son fieles. Los jueces interesados que venden la justicia torpemente á la intriga y al soborno de mezquinas pasiones. Los que se pagan de regalos, al intento, y sofocan y sepultan, por tanto, las causas de los pobres, y desvalidos, ó sentencian contra ellos injustamente, arruinándolos sin piedad, contra el Espíritu Santo que les manda espresamente juzgar la causa del pobre y del huérfano, como la del rico y poderoso, y hacer justicia á los humildes y los pobres, como á los opulentos y los grandes. Los que defraudan al acreedor, ó le niegan la deuda, ó no le pagan, al plazo señalado, pudiendo, y pidiendo. Este delito es pernicioso y gravísimo, y suele ceder en daño del público, si por aquel motivo vende el comerciante mas caros los géneros. Los que ejecutan con rigor á sus deudores, aunque sean

pobres, sacándolos en prenda las cosas que necesitan para cubrir su cuerpo, y si esto se hizo, manda el Señor volvérselo antes que se ponga el sol. Los que en tiempo de hambre y escasez esconden su trigo, para venderlo mas caro á su tiempo, haciendo asi mas costosa la provision de este y otros artículos de primera necesidad de los cuales dice Salomon: el que esconde los granos será maldito en los pueblos; lo que tambien se entiende relativo á las demas cosas necesarias para el sustento y la vida del hombre. Los que hacen empréstitos usurarios, tomando mas de lo prestado, menos en los casos que permite la ley, en el modo y forma que lo permite, porque la usura está condenada por todas las leyes divinas, eclesiásticas y civiles, por todos los Padres de la Iglesia, por todos los Teólogos y sá-

bios del mundo; todos unánimes la reprobarán. No recibirás usura, ni mas de lo que has dado, nos dice Dios por Ezequiel. Dad prestado sin esperar nada por eso, dice Jesucristo. Entre los mismos gentiles, siempre se ha reputado la usura por un delito execrable, y era ya comun aquella sentencia de Platon. ¿Qué es el dar usuras, sino matar á un hombre? Los hijos y los domésticos que hurtan secretamente los bienes de la casa.

Los abogados, procuradores, fiscales y otros agentes de curia que alargan los pleitos con vueltas y artificios sin fin, en su provecho, ó exigen de las partes mas derechos que los que dictan el arancel, la razon ó la justicia. Los artifices que no hacen las obras á toda ley, los jornaleros, que llevan todo el salario, sin haber trabajado como deben. Lo mismo se

dice de los funcionarios públicos ó particulares, que llevando el salario por completo no ejercitan sus officios con todo el celo posible. Los criados infieles y desleales para sus amos. Estos son peores que los ladrones que salen á los caminos.

Los que sacan dinero con engaño, los sirvientes de toda clase, que secretamente defraudan en algo á los amos, con pretexto de que les dan poco salario. Los mercadores que venden á mas del precio supremo, y compran á menos del ínfimo; que venden género falso ó de mala calidad por buenos ó defraudan al público en número, peso y medida. De seis maneras puede retenerse lo ageno: primera, cuando voluntariamente no se pagan las deudas, cuando se hacen gastos superfluos que imposibilitan el pagar lo que se debe, ó se hace

banca-rotta fraudulenta, y cuando se trata maliciosamente de privar al acreedor de sus derechos: segunda, cuando no se quiere dar el depósito que se tiene en custodia: tercera, cuando no se dan cuentas fieles de los bienes que se tuvieron en administracion, conforme la obligacion gravísima que tienen de darlas los mayordomos, tutores, curadores y otros en sus respectivos encargos: cuarta, cuando la cosa perdida no se quiere dar á su dueño, por el que la encontró, ni éste hace diligencias para descubrirlo; del cual dice San Agustín; si hallaste alguna cosa y no la volviste, la hurtaste; ó cuando no pareciendo el dueño de la cosa, no se dá esta á los pobres, ó se invierte en alguna obra piadosa, segun el consejo de Padre espiritual: quinta, cuando no se restituyen los bienes mal ad-

quiridos, y sesta, cuando el comprador de buena fé no restituye, luego que tiene noticia del dueño, pues el ladron que se la vendió, no pudo venderle con la cosa un *derecho* sobre ella que no tenia.

Es asi mismo responsable de los daños ocasionados al prójimo el abogado ó procurador que fatiga á la parte con cavilaciones de mala fé. El juez que suspende, alarga, ó rehusa dar audiencia á las partes, á quienes por tanto hace sufrir, y molesta con las vejaciones que son consigüentes; cuando juzga sin exámen, ó da un giro tortuoso y maligno á la causa, que hace perder al que debia ganar el pleito. El que por malicia ó negligencia deja perderse los bienes que le estan confiados..... Los encargados del órden público que no vigilan con el mayor celo para evitar las in-

justicias y violencias á que dió lugar su omision. Y los domésticos que no avisan á los amos y señores del daño que se les hace, teniendo noticia de él..... Todos, en fin, los que hacen daño al prójimo, y los cómplices, y consentidores, sea el daño temporal ó espiritual, quedan obligados á la restitution, en favor de los perjudicados ó de sus herederos; con la circunstancia que dicha responsabilidad cuando el daño es en bienes temporales, si no le ha reparado el que le hizo, pasa á sus herederos. Esta es la doctrina de la salvacion, hermanos míos; pero cuán dura y trabajosa de seguir sea para los mas de los hombres, no solo se prueba por la esperiencia sino que lo convence la razon. Porque, siendo una cosa muy árdua y difícil de vencer la pasion que nos domina, lo es mucho mas el

vencer la pasion al dinero. Esta pasion, singularmente lisongera y seductora, es la que nos hace amar los graves peligros de las riquezas. En verdad os digo, que el rico con dificultad entrará en el reino de los Cielos, ha dicho el Evangelio; y mas directamente sobre los bienes mal adquiridos, dijo Dios por uno de sus Profetas. «Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo; y llama *todo es peso* á la posesion de cosas ajenas; porque solo con mucha dificultad pueden desembarazarse de ella los hombres. Ved aquí un motivo poderoso para que nos abstengamos del hurto, de cuyo crimen solo pueden salir los que venzan la gran dificultad, que trae consigo la restitution; segun la regla de San Agustin, no se perdona el pecado, si no se restituye lo hurtado. *Virgilus et cetera de*

No, Católicos, las riquezas, los bienes perecederos del mundo, en especial los ajenos, no son dignos del amor de un Cristiano, ni el perjudicar en ellos á nuestros hermanos, ni el herir de modo alguno su reputacion, porque la gracia de Jesucristo le habia destinado á la posesion de otros bienes mas escelentes, á gozar los bienes eternos. Por mas que la carne y las pasiones le digan otra cosa, no puede escuchar sus voces, no debe seguir sus funestas inspiraciones, sino solo las dichas impresiones del espíritu de Dios. El generoso desprendimiento de todas las cosas terrenas, se nos ofrece por el divino Salvador con el ejemplo de su persona, diciéndonos: las zorras tienen cuevas, y nidos las aves del Cielo; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza; y en la vida de los Após-

toles y discípulos del Señor que vendieron ó dejaron todo lo que tenían, para no poseer nada propio, cifrando su único tesoro en la pobreza de Jesucristo. La restitucion de lo ajeno, en el que lo haya tomado, es el fundamento, y el primer paso del hombre á la santidad de la vida que nos enseñaron con su ejemplo Jesucristo, los Apóstoles y los primitivos fieles. Pero cuándo se debe hacer? La retencion injusta de lo ajeno es ya un pecado; es asi que, segun Santo Tomas, no podemos permanecer un solo momento en pecado, luego la restitucion debe hacerse lo mas pronto que sea posible. Ni hay prescripcion que dispense de ella al poseedor de mala fé. A cada uno de los hombres, sin distincion de clases, edades, sexos ni lugares, á todos obliga igualmente segun la cantidad y calidad hurtada

ó retenida; y cuando no haya posibles, obliga el deseo formal y la voluntad de restituir tan luego como se pueda. El que pudiendo no lo hace, es actualmente pecador, y en cualquier estado que se presente á Dios, no pueden ser oídas sus oraciones, porque sus manos estan llenas de iniquidad y de sangre. Solo la restitucion pronta y completa podrá poner al pecador en estado de alcanzar el perdon de Dios, como nos dice por el Profeta Isaías: lavaos, purificaos; apartar de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar perversamente: aprended á hacer bien, buscad lo justo, socorred al oprimido, y aunque vuestros pecados fueren como la grana, quedarán blancos como la nieve. Si de veras os convertis, dejando para siempre vuestras iniquidades, quejaos de mí si fal-

to á mis promesas, si no os admito á mi gracia, si no os libro de todos los enemigos y males que os oprimen, si no os lavo de todos vuestros pecados, por muy abominables y multiplicados que sean, y si no os vuelvo tan blancos como la nieve; porque yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Es un error lastimoso el pensar que la restitucion se puede hacer con limosnas, misas y legados piadosos, viviendo y conociendo al dueño de las cosas, ó sus herederos, es una funesta ilusion. La limosna hecha con lo ageno es con razon llamada *diabólica* por San Juan Crisóstomo. Es la limosna del Apóstol traidor, que arrojó al templo el precio de la sangre de Jesus. *Pretium sanguinis est.* No, pecadores: la restitucion de los bienes robados á la Iglesia y á los po-

bres debe hacerse volviéndoles todo lo suyo. Empero las limosnas deben salir de vuestros bienes legítimamente adquiridos; lo contrario es querer hacer al Señor cómplice de vuestros crímenes, tapándolos con los arapos de los pobres, y con el abandono de la Iglesia y sus ministros: es regar el altar del Señor con las lágrimas de los infelices que habeis arruinado, de los que perecen llenos de amargura y de miseria, víctimas infelices de vuestra sacrílega usurpacion. Si todo esto es una verdad, ¿cómo es que se ven hoy tan pocas restituciones? porque unos no quieren hacerlas, otros no se creen obligados, y aquellos dilatan la restitucion. Tan cierta como triste es aquella sentencia de Jeremías: la avaricia reina desde el mas grande hasta el mas pequeño; casi todos procuran alzarse, unos sobre las ruinas

de los otros. El artesano engaña, el mercader engaña, el señor hurta los bienes del vasallo, el mayordomo hurta al amo, el criado le roba, el amo niega ó escatima el salario y lo que debe al sudor y fidelidad del sirviente, ó le retiene los salarios: el avaro, el usurero roban cuanto pueden sin misericordia. El escribano roba autorizando los contratos irritantes de la usura, y autorizando otras maldades. El comerciante y el agente y los que no lo son, se enriquecen por medios injustos, y aparecen señores, de la noche á la mañana, los que pasaban por unos miserables en la opinion pública. La tierra gime oprimida con tantas violencias, fraudes y vejaciones, y sin embargo, ninguno quiere restituir. Bien sea por un tenaz apego á las cosas terrenas, ó por temor de no em-

pobreer su familia, ó por dureza del corazon, nadie quiere salir de tan peligroso estado. Y lo peor es que llegan muchos á los pies del confesor, engañándole, escusando ó negando el hurto, ó diciéndole que no se hallan en estado de volver lo que tomaron. Ved aquí, oyentes míos, unos ladrones á los cuales llama San Agustín grandes malvados, á quienes la penitencia es un remedio del todo inútil.

Su conciencia repréndeles que pecaron. Conocen los robos que hicieron, y quieren, sin embargo, aprovecharse de ellos. Conocen que su hurto es el que Dios busca, son objeto de escándalo y desprecio á los ojos de los hombres, que los miran como á ladrones ó herederos de ladrones: los castigos del Cielo hacen que venga sobre ellos la infamia. Sin embargo, no se

rinden á las exhortaciones de los oradores evangélicos, ni á los consejos de los confesores, ni á los movimientos de la gracia, ni á los estímulos de su conciencia, ni á las lágrimas de los pobres y de los sacerdotes que sacrilegamente despojaron, ni á las amenazas terribles que Dios les hace; ellos, en fin, aguardan que las últimas desgracias caigan sobre ellos; y que sus injusticias los precipiten en el abismo de la perdición. Llenas están las historias de los horrendos castigos y muertes desastrosas que sufrieron los tiranos y todos los que robaron, ó fueron cómplices en la usurpacion de bienes sagrados. Hemos visto muchos reinos caer, decía el emperador Carlo Magno, por haber usurpado los bienes de la Iglesia; sin embargo, en el siglo XIX ha visto la religiosa España á su Iglesia no solo despoja-

da de sus bienes, sino de las alhajas del culto. Mas ya que así lo quieren los españoles, la sangre de Jesus, la de su esposa y la de los pobres caerá sobre sus altivas cabezas y las de sus herederos, según la esperiencia de todos los siglos y la confesion del mismo Voltaire en punto á las cosas ajenas. ¿Quién ha sido en el mundo mas delicado y escrupuloso que el Anciano Tobías? Prestó una crecida suma de dinero á un necesitado extranjero sin interés alguno; y á pesar de haber caido en la mayor pobreza, no se la pidió hasta que conoció que iba á morir: habia su esposa traído un cabrito á cuenta del salario que ganaba, y oyéndole el anciano balar, dijo: mira, no sea hurtado, porque no nos es permitido comer ni tocar cosa alguna que haya sido hurtada. No parece que sois tan

delicados vosotros, los usureros y los avaros, que bebeis la sangre de los pobres, recibiendo injustamente de ellos lo que no le habeis prestado. Nunca les disteis 120, 130, ni 140 rs. y sin embargo forjan una escritura pública en que 100 se convierten en 120 y 130 etc. en daño del infeliz que perece por vuestra causa; ¿son tan delicados los encubridores de las mugeres y de los hijos de familia y los criados, que les ocultan y venden el trigo, lino, garbanzos y otros muebles y cosas que hurtaron á sus esposos, padres y amos? No lo son los jueces, abogados y curiales que sostienen pleitos injustos á la sombra de la intriga y del soborno de las partes.

No creen por pecado nada de esto; ó no se acusan de ello. Si en lo que confiesan hay daño de tercero, mo-

ral ó físico que el confesor les manda reparar, van á buscar otros que los alce de esta obligacion de justicia; y como quieren ser ciegos voluntarios, permite Dios, en castigo, que hallen otro á su gusto. La restitucion que se dilata para la vejez ó la muerte es peligrosa, por las dificultades y cadenas que la entorpecen..... Casi imposible: tanto como la mudanza de la piel en los etiopes. Los que asi alargan el tiempo de la restitucion, segun el Profeta Sofonías, perecerán miserablemente, pues no rompieron en tiempo, los lazos que los oprimian. Tampoco Dios les dejará, pues abrevia los dias de los ladrones y les hará vomitar todo lo mal adquirido. Aprovechaos, hermanos míos, de unas reflexiones que son de vida ó de muerte; vivamos contentos cada cual con lo suyo y el que ha tomado lo ageno

vuélvalo cuanto antes; y esta conducta, acompañada de las virtudes cristianas, nos ganará la salvacion. Amen.

H. D.





habitu de las virtudes
constantemente guardadas
Amenos y los que por ellos voluntarios
que digo, que

SERMON

para la Dominica vigésima
tercera despues de Pen-
tecostés.

Non est mortua puella; sed
dormit.

No está muerta la muchacha;
sino dormida.

S. MATEO, CAP. 9.

Hablando Jesus con el pueblo, se acercó á él un Príncipe de la Sinagoga, y le adoró diciendo: Señor, mi hija única acaba de morir; pero ven, y pon tu mano sobre ella, y vivirá. Y

levantándose Jesus, le seguia con sus discípulos. Al mismo tiempo una mujer que padecía flujo de sangre, hacia ya doce años, llegándose á él por detras, tocó la orla de su vestido, diciendo entre sí: con solo que yo tocare la punta de su vestido, quedaré sana. Volvióse Jesus entonces, y viéndola dijo: hija, ten confianza: tu te ha sanado; y quedó sana la mujer desde aquella hora; era esta buena Israelita de la ciudad de Cesaréa de Filipo, y penetrada de gratitud hácia el divino Salvador, hizo levantarle una estatua delante de su propia casa en memoria del milagro hecho en su persona; lección importante para nosotros, que nos recuerda las obligaciones que debemos á Dios por las gracias y beneficios que su bondad nos dispensa, no una sola vez, como á la hemorroisa, sino todos los días.

Cuando llegó Jesus á casa de Jairo, encontró ya dispuesto el suntuoso funeral de la jovencita difunta, por lo cual la multitud hacia gran ruido, llorando á gritos; y les dice Jesus: retiraos; pues la muchacha no está muerta, como vosotros pensais, para no resucitar hasta el último dia, sino que debe mirarse como dormida; siéndome tan fácil restituirla la vida, como despertar al que duerme. Asi sucedió; entra Jesus en su aposento, la toma de la mano, y la doncellita se levanta recobrando aun toda la vida y la salud.

Las circunstancias de esta resurreccion me inspiran las reflexiones mas oportunas y piadosas que harán la materia del presente discurso, y son ciertamente muy consoladoras cuando nos ofrecen el cuadro interesante y sublime del Cristiano que

muere en gracia de Dios. Todos los hombres desean una muerte tan preciosa á los ojos del Señor, pues con ella se acaban las miserias de esta vida y entra el justo en las mansiones del gozo y del descanso. Hasta los impios mas criminales y sacrilegos desean morir bien; díganlo Voltaire, D. Alembert y Diderot. Hasta los libertinos mas audaces dicen de vez en cuando, con el profeta Balaan: *moriatur anima mea morte justorum*: sea mi muerte semejante á la de los justos: palabras admirables en la boca de Balaan; como en la de Voltaire y casi todos los impios modernos, no manifiestan sino un deseo servil, un pensamiento estéril, muy frecuente aun en boca de los mas grandes pecadores, que no quieren desasirse de sus pasiones desarregladas, quisieran morir como los justos; mas

no procuran vivir cual ellos. El temor á una mala muerte despedaza el corazon del malvado; pues cuando tanto suspira por un fin tan dichoso ¡cómo es que no adopta, por qué desprecia los medios fáciles de conseguirlo? ;Tan miserable y contradictoria consigo misma es la flaqueza humana! Empero nosotros fijemos la consideracion en la fé y humildad de la muger del Evangelio de este dia, y hallaremos un medio muy fácil y oportuno de conseguir nuestro glorioso y último fin.

No considerándose digna de hablar á Jesucristo, y solo contenta con el permiso de tocar la orla de su vestido, ofrece la instruccion mas importante á los pecadores que desean de veras su conversion. Enséñales que despues de haber ofendido á Dios tan gravemente con muchos pe-

cados mortales, deben tenerse por indignos de llegar á Jesucristo por la participacion de la sagrada Eucaristía; y estar con las mismas disposiciones que el hijo pródigo, que ya, por último, contentábase con vivir en la casa paterna no como un hijo, sino como un jornalero, y el último de sus criados. Es muy digno de atencion el que Jesucristo antes de entrar en la cámara de la joven difunta, hizo retirar el tropel de gentes, cuyos gritos y llantos causaban un ruido grande. ¿Qué significa esta accion de Jesus? Mucho, para nuestra edificacion, hermanos míos: que si queremos la resurreccion de nuestras almas, es necesario sujetar tumultuosas y desenfrenadas pasiones, que llenan de inquietud y zozobra el corazon; que es preciso retirarnos de las profanas concurrencias del siglo;

pues Jesucristo no se encuentra en los tumultos mundanos. Hácenos ver en la resurreccion de la hija del príncipe de la Sinagoga, que la muerte de los justos es el principio de la inmortalidad dichosa, ó el feliz sueño del cuerpo que descansa esperando su resurreccion. Es muy consolador para el buen Cristiano el saber que todas sus acciones pueden ser los instrumentos de su dicha, y que todos los sucesos que le rodean cooperan á su bien. Ved aqui la razon de presentaros como asunto de mi discurso y pábulo de vuestra piedad y sólida devocion, la felicidad de la muerte de un buen Cristiano. Para sacar los dulces frutos que deseo, ayudadme á implorar los auxilios de la gracia por medio de la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

Non est mortua puella; sed dormit.

No está muerta la muchacha; sino dormida.

S. MATEO, CAP. 9.

La tristeza, el temor, y el llanto, parecen ser el único patrimonio que reserva la muerte á los que vivieron sin esperanza, y sin temor alguno. Estos infelices en el fatal momento de su agonía, son oprimidos con el formidable peso de sus licenciosas costumbres; pasó ya su día, y amaneció el día de Dios. Mas, para los verdaderos Cristianos, para los fieles hijos de la Iglesia, ni lo pasado, ni lo presente, ni lo futuro, les ocasiona

tristeza, ni tienen porque temblar; antes por el contrario, como el Espíritu Santo nos asegura, que el justo desde la hora de su muerte descansará y quedará exento de trabajos y peligros, el alma cristiana se alegra cuando el hombre muere, asi como el fatigado labrador, cuando se pone el sol y está ya cercana la noche; pues conoce que ella le proporciona el mas delicioso descanso. El justo ve que la muerte da fin á las miserias de la vida humana, y se alegra con el premio que vá á coronar sus buenas obras y los trabajos de la *penitencia feliz*, segun la exclamacion de San Pedro de Alcántara.

El marinero náufrago que ha sufrido largo tiempo, desamparado y solo, el azote de las tempestades y los vientos, en un mar borrascoso y alterado, ¡cuánta no será su alegría,

cuando ve ya cercano el puerto! Pues bien: el alma y el cuerpo humano forman este bajel que durante la vida, es azotado y va fluctuando entre mil escollos, batido por los vientos y tempestades que embravecen las negras olas del mar de este mundo: agitado siempre de tentaciones, gime privado de Dios y de los Santos, suspira por el puerto de la felicidad sempiterna, y un sagrado placer inunda su corazon, cuando por la muerte le mira ya cercano. Dios enjugará las lágrimas de los Santos, dice el Profeta; la pobreza, los tributos, los pleitos, los trabajos, las guerras, el hambre y la sed, la tristeza, los dolores y las enfermedades, no se concen jamás en la mansion que le aguarda. Su mayor consuelo es, que muy pronto estará libre de todo peligro de pecar, y no habrá objetos que le sepa-

ren ya del amor de Dios. Dos cosas acostumbran afligir al hombre en la muerte, los dolores de la enfermedad, y las noches largas y penosas. Empero el Cristiano siente un alivio indecible en estas dos cosas. Dios derrama en su corazón unos consuelos tan sensibles, que calman los ardores de la fiebre y embotan las puntas de sus dolores, suavizando las asperezas del mal. Así lo ha prometido el Señor por su real Profeta, diciendo: el Señor vendrá á consolarle cuando esté sobre el lecho de su dolor. *Dominus opem ferat illi super lectum doloris ejus.*

Lo que inquieta y aflige al impío moribundo es el porvenir de su alma y cuerpo; su cuerpo horrible será presa de gusanos; su alma será presentada en el tribunal de un juez inexorable y severo. El hombre justo está exento de estas dos penas terribles.

Espera ser presentado, no en la presencia de su Juez, sino de su amado Salvador; de la voz de Dios que le llama á juicio nace su esperanza de ser luego coronado de gloria en presencia de los Angeles. Es verdad que el cuerpo lo siente desfallecer, y sabe que será reducido á polvo, mas está cierto que no lo será para siempre; y que si hoy se despoja del viejo vestido del cuerpo es para volverlo á vestir mañana todo nuevo, inmortal y glorioso conforme al cuerpo de Jesucristo, según el Apóstol. El tránsito, pues, del justo, no es con propiedad una muerte, sino una corta separación del alma. Sí, Católicos fieles: el alma del verdadero Cristiano sepárase del cuerpo por una breve temporada: esta mitad querida del hombre va delante á la corte del Cielo, á recibir de Dios la recom-

pensa de sus servicios: mas tiene que volver un dia á juntarse con la otra mitad, pues el cuerpo ha de ser tambien participante de su gloria.

Esta separacion es por un momento relativo á la eternidad: media en él la mas tierna y grata despedida del espíritu y la carne, que pudiéramos formular en estos términos: por parte del cuerpo: ¿por qué me dejas? ¿quién te ha precisado á separarte de mí? ¿Héte yo, por ventura, desobligado en cosa alguna? ¿No ha sido Dios el que nos unió? ¿Yo no he sido tu morada tantos años? ¿A dónde irás saliendo de aqui? ¿Qué será de mí despues de nuestra dolorosa separacion? ¿Cuán horrible y desfigurado quedaré!! Seré ceniza y polvo. Yo no me separo de tí, dirá el alma, por estar descontenta, sino por tu propio bien y el mio; por la dicha comun

de los dos. Yo me adelanto á tomar posesion de la morada de los Angeles, que hemos merecido ambos con la gracia de Jesucristo; yo debo llevar-te conmigo; antes del pecado de nuestro padre Adam, era inseparable nuestra union; empero despues del pecado, quedaste sujeto al dolor de la mortalidad y al tributo que debes á la corrupcion. Despues serás reformado y rejuvenecido; te levantarás de la tierra resplandeciente, agil, inmortal y glorioso, y entonces nos volveremos á unir por toda la eternidad: á Dios fiel compañero y servidor mio! que me has obedecido con tanta paciencia; que me ayudaste á llevar la cruz constantemente; que labraste conmigo la corona inmarcesible que nos aguarda: perdona si te traté con rigor en las austeridades de la penitencia. Si te he privado de muchos

gustos , hícelo por no condenarme, y por el amor que te tenia. No te contristes si yo voy la primera, luego me volveré á unir contigo. Ruego á la tierra , entretanto , que guarde fielmente la sagrada prenda que la dejó en depósito , y que te vuelva á tu querida esposa en el dia de la resurreccion.

En la muerte todo abandona al hombre: solo sus buenas obras le seguirán: parientes, amigos, placeres, riquezas, honores, destinos, tierras, caudales, todo le deja en aquel triste momento, solo el bien y el mal que hizo le acompañarán eternamente. ¡Desdichado aquel que solo hubiese hecho malas obras, ó que pudiéndolas hacer buenas, no las hizo!! Y mil veces venturoso aquel que se halle rico, de santas obras entonces!! Estas le precederán, le acom-

pañarán y le seguirán en el gran viage de la eternidad. Regocijaos, pues, ó almas fieles, las que seguisteis el camino de la virtud; habeis llenado los altos deberes de la Religion y del estado de cada una; habeis derramado vuestras limosnas en el seno de los pobres, llenasteis de consuelo las almas afligidas; Dios, ahora, os colmará de su gloria; las virtudes irán delante, y os abrirán el Paraiso, y en el momento de la muerte se-reis inundadas de la gloria del Señor.

En la persona del Santo Rey Ezequías vemos un ejemplo de las virtudes que pueden y deben adornar al verdadero Cristiano, y cuanto es su valor y poderío al tiempo de morir. ¿Es necesario aplicarse á la virtud y á la práctica de las buenas obras? El se aplicó. ¿Es preciso tener una in-

tencion recta, y hacer todo lo agradable á los ojos del Señor? El lo hizo. ¿Es de necesidad la obediencia y fiel sujecion á la ley de Dios y á las mas pequeñas ceremonias? De todo ha dado muestras el humilde Monarca. ¿Débese perseverar en el bien y buscar al Señor de todo corazon? Asi lo ejecutó, y en todo buscaba al Señor y la gloria de su nombre. ¿Y qué le sucedió? todas las cosas le salieron bien dice la santa Escritura. Sus riquezas, su magnificencia y su régia pompa le dejaron en la muerte; sus vasallos mas fieles le abandonaron; pero sus virtudes y sus buenas obras fueron con él. Sirvióse de ellas para suplicar á Dios que le hiciera misericordia, y en los últimos momentos de su vida le dijo: acordaos, Señor, que yo he caminado siempre delante de vos con puro y recto corazon, y he

procurado siempre hacer lo que creia seros agradable. Ved aqui, en la persona de un virtuoso Príncipe, el retrato de un fiel Cristiano en la hora de la muerte; que toda su vida procura llenar los deberes de su profesion; que ha tenido á Dios presente en todas sus acciones, que hizo todo lo posible por agradarle, recto, fiel y exacto en observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Bienaventurados, dice el Profeta de Patmós, los que mueren en el Señor: porque forman la comitiva de su viage las buenas obras, y todo lo mas precioso que juntaron en la vida. Vosotros, solitarios, ireis acompañados del silencio, de la soledad, de las oraciones y penitencias, que afligieran vuestros cuerpos. Vosotros, religiosos, ireis acompañados de vuestros ayunos, abstinencias y mortifi-

caciones. Vosotros, sacerdotes y pastores del rebaño de Jesucristo, marchareis con gloria y magestad rodeados de vuestros trabajos apostólicos, de las almas que habeis ganado á Jesucristo, de los pueblos que habeis convertido á la fé, de las conquistas que habeis hecho para el Cielo; estas serán entonces vuestra alegría, vuestra gloria y vuestra corona. Y á vosotros, Cristianos fieles que me escuchais, os acompañarán vuestros piadosos ejercicios, vuestras humildes confesiones y comuniones frecuentes, vuestro celo por la observancia de los divinos mandamientos de Dios y de la Iglesia, y la práctica de todas las virtudes cristianas. Es cierto, me direis, pero si el hombre que muere no ha sido siempre fiel, si ha quebrantado alguna vez la ley divina, si ha cometido pecados... ¿ puede tener

igual consuelo en la muerte? Si, hermanos míos: si es que, cual supongo, muere en gracia de Dios. La memoria de sus pasados excesos ya no le turba; se aflige por ellos, es verdad, pero le consuela el sincero pesar que tiene de haber ofendido á Dios; y le consuela la buena disposicion y el vivo deseo en que está de satisfacer á la divina justicia, y de sufrir los dolores de la enfermedad, en espacion de sus pecados, todo el tiempo que Dios quisiere continuarlos. Tiene arreglados todos sus negocios temporales, y asuntos de familia, se ha confesado bien, su conciencia quedó tranquila, y mira ya sus pecados, como anegados en la sangre de Jesus, con la misma alegría con que el pueblo escogido miró á Faraon y á todos sus enemigos sepultados por las irridadas ondas del mar. La Iglesia, ma-

dre amorosa del justo y del pecador arrepentido viene á consolarte con el quinto de sus divinos sacramentos, cuya virtud quita los resabios y reliquias de la culpa; da nuevo valor al alma contra sus enemigos, y la da por último la salud corporal tambien, si es conveniente. ¡Ah! ¡cuán tierna y consoladora es la escena del buen Cristiano en su agonía!!

A la vista del sepulcro, que es el pórtico silencioso del otro mundo, en la sublime espresion de Chateaubriand, es cuando el cristianismo ostenta toda su grandiosidad y elevacion. Si los antiguos cultos consagraron las cenizas de los muertos, nunca pensaron en preparar el alma para aquellas riberas desconocidas de las cuales jamás se vuelve. Venid á ver el mas hermoso espectáculo que puede presentar la tierra; venid y vereis

morir á un hombre fiel. Este no es ya el hombre del mundo; ya no pertenece á su pais, cesaron ya para él todas las relaciones sociales. Se acabó ya para él el cómputo del tiempo; ya no conoce otra fecha que la grande era de la eternidad, un sacerdote sentado á la cabeza. Este Ministro Santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su alma.... Acércase por fin el último momento, y asi como un sacramento abrió á este Cristiano las puertas del mundo, asi tambien se las va á cerrar otro. La Religion se ha complacido en mecerle en la cuna de la vida; sus hermosos cánticos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cima de la muerte.... El sacramento libertador rompe poco á poco los lazos del Cristiano. Y su alma casi separada del cuerpo, está como visible en su

rostro. Ya escucha los conciertos de los Serafines; ya se halla dispuesta á volar lejos del mundo, hácia aquellas regiones á que la convida esta esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. El Angel de la paz, bajando entonces sobre el justo, toca con el cetro de oro en sus fatigados ojos, y los cierra deliciosamente á la luz: muere finalmente, sin oírsele apenas su último suspiro: muere, y sus amigos guardan silencio profundo, pensando que está dormido; tal es la dulzura con que sale del mundo el cristiano fiel; tal la confianza del hombre virtuoso al tiempo de morir. El fin de sus miserias y tribulaciones, la memoria de sus buenas obras y el perdón de sus pecados que funda en las promesas y méritos de Jesucristo, inundan de consuelos divinos su alma. Id á ver al hombre justo, nos di-

ce el Señor por uno de sus Profetas, y dadle una nueva, diciéndole, que todo va felizmente y que va á coger el fruto y la recompensa que sus obras le merecieron.

Consolaos, pues, todos los fieles Católicos que vivis santamente; llenaos de júbilo, si teneis cercana una nueva tan funesta y desastrosa para los pecadores impenitentes, como felicísima para vosotros. Do quier volvais los ojos, vereis objetos de placeres, de gozo y alegría; arriba vereis el Cielo, aquella mansion de delicias, el Paraiso que debe ser para siempre vuestra morada. Participareis del gozo santo del Profeta, caminando con él á la casa del Señor: *lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.* Abajo vereis el infierno que habeis evitado, por la misericordia de Dios, los peligros en que

os habeis visto, las ocasiones en que os habeis hallado, y los pecados que os ha perdonado el Señor. ; Qué agradecimientos! ; qué alabanzas! ! qué bendiciones no dareis á Dios, á cuya divina gracia lo debeis todo!! A la derecha vereis á la Santísima Virgen Nuestra Señora que habeis honrado con especial devocion; á la izquierda los Santos que habeis invocado gozosos de veros en su compañía; y las almas del purgatorio, que habeis socorrido con vuestros sufragios y oraciones. Delante vereis los Angeles que vienen delante de vosotros, y que aguardan vuestro último suspiro para llevar vuestras almas al Empíreo; ellos forman la escolta que cerca vuestra cama para defenderos de los espíritus infernales. El sacerdote á nombre de vuestra Madre divina la Iglesia, pide á Dios que libre el al-

ma de su siervo de los peligros de su condenacion, como libertó á David de la mano del Gigante, á Susana de los jueces malvados y de sus acusaciones falsas, y á Daniel de la caverna de los leones; cuando este Santo Profeta salió en libertad, se le puso el mismo rey delante, felicitóle por su dicha, y lo alabó por su fidelidad á Dios. Sale de este mundo ya muy prevenida el alma del Cristiano, en el nombre del Padre Eterno que la crió, del Espíritu Santo que la dió, con todas las finezas de su amor, sus dones, y del Hijo de Dios que la redimió con su preciosa sangre, y que por tanto la dice: ven, querida mia, sal de ese mundo perverso y corrompido en que gemias entre tigres y leopardos. Ven á recibir la corona: *veni, sponsa mea, veni, coronaberis.* Tres, entre otros, son los medios

que mediante la divina gracia, conducirán infaliblemente á fin venturoso: la santidad de la vida, la verdadera penitencia, una perfecta conformidad de nuestra muerte con la muerte de Jesus.

Comunmente se dice, que segun es la vida tal es la muerte, y asi es la verdad. Feliz el Cristiano que á imitacion de Jesucristo pasó sus dias haciendo bien sobre la tierra. Y desdichado el impio que solo piensa en hacer mal. Será tratado qual merece; y en la hora tremenda se le dará la obra de sus manos; ¿ha injuriado á Dios, ha despreciado sus mandatos, ha oprimido al inocente, ha cometido mil injusticias? pues todo esto le será dado. Ha vivido como un bruto? como las bestias morirá, porque la muerte, segun San Gerónimo, es el eco de la vida. Atiende ó pecador! acaso

has pasado tu vida, ó una gran parte de ella, en frecuentes recaidas; porque nunca tuviste un sincero dolor de tus pecados; jamas formaste un verdadero propósito de alejarte de ellos, ni has tenido nunca una verdadera contricion. Sin esta nunca podrá convertirse el pecador ni reconciliarse con Dios. Aplícate, pues, á pedirla: haz, en seguida, una buena confesion, si es necesario, general. Despues de purificada tu conciencia procura satisfacer á Dios, y al prójimo; al primero con obras de penitencia, y al segundo con una completa restitution. No pudiendo en la muerte ya satisfacer á Dios, ofrécele tu enfermedad, en satisfaccion de tus pecados. Procurando por todos los medios posibles, gravar en tu alma, como San Agustin, los sentimientos de un corazon contrito y humillado. La

muerte del Cristiano debe, por último, conformarse con la de Jesucristo preparándose á ella como se preparó el divino Salvador. Separado ya del mundo debe ocuparse á Dios y de su salvacion, y aceptar como Jesus la muerte con humilde sumision de la voluntad del Padre Eterno; producir los actos de fé, esperanza, contriccion y amor, con tanto fervor y confianza, que dando el último suspiro en las manos de Jesucristo, merezcamos el ser *unidos á él para siempre. Amen.*

D. H.



SERMON

**para la Dominica vigésima
cuarta despues de Pente-
costés. — Homilía sobre su
Evangelio.**

Cum videritis abominationem
desolationis, quæ dicta est á Da-
niele propheta..... qui legit, inte-
lligat.

*Quando veais la abominacion de
la desolacion, que produjo el Pro-
feta Daniel... el que lee, entienda.*

S. MATEO, C. 24, v. 15.

Cristianos, el Evangelio de este
dia es muy interesante; acaso el mas
interesante de todos. Trata del fin del

muerte del Cristiano debe, por último, conformarse con la de Jesucristo preparándose á ella como se preparó el divino Salvador. Separado ya del mundo debe ocuparse á Dios y de su salvacion, y aceptar como Jesus la muerte con humilde sumision de la voluntad del Padre Eterno; producir los actos de fé, esperanza, contriccion y amor, con tanto fervor y confianza, que dando el último suspiro en las manos de Jesucristo, merezcamos el ser *unidos á él para siempre. Amen.*

D. H.



SERMON

**para la Dominica vigésima
cuarta despues de Pente-
costés. — Homilía sobre su
Evangelio.**

Cum videritis abominationem
desolationis, quæ dicta est á Da-
niele propheta..... qui legit, inte-
lligat.

*Quando veais la abominacion de
la desolacion, que produjo el Pro-
feta Daniel... el que lee, entienda.*

S. MATEO, C. 24, v. 15.

Cristianos, el Evangelio de este
dia es muy interesante; acaso el mas
interesante de todos. Trata del fin del

mundo, de los preparativos del juicio universal, tan espantosos é intimidantes, como el mismo tremendo acto á que preceden. El Señor nos previene que lo leamos y procuremos entenderlo. Oidlo y entenderlo.

Dice Jesucristo: «cuando viereis la abominacion de la desolacion que fue predicha por el Profeta Daniel, en el lugar santo, el que lea entienda: entonces los que estan en la Judeá huyan á los montes, y el que se halle en el tejado no baje á tomar alguna cosa de su casa; y el que esté en el campo no vuelva por su túnica.

Hay de las preñadas y que crien en aquellos dias: pedid pues, que vuestra fuga no se verifique en invierno, ó en sábado; porque habrá entonces una tribulacion tan grande, como no la hubo jamás desde el principio del mundo, ni la habrá des-

pues. Y si no se abreviasen aquellos dias, ninguno se salvaria; pero se abreviarán por los elegidos. Entonces si alguno os dijese: mira, el Cristo está aquí ó allí, no lo creais, porque se levantarán falsos Cristos y falsos Profetas, y harán grandes signos y prodigios para inducir en error hasta á los elegidos, si fuese posible. Sabed que os lo he predicho. Si os dijeren: mirad que está en el desierto, no salgais; mirad que está en lo mas retirado de la casa, no lo creais. Porque como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente, asi será tambien la venida del Hijo del hombre. Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán tambien las águilas. Y luego despues de la tribulacion de aquellos dias, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del Cie-

lo y las virtudes del Cielo serán conmovidas: y entonces parecerá la señal del Hijo del hombre en el Cielo: y entonces plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del Cielo con grande poder y magestad. Y enviará sus Angeles con trompetas y con grande voz; ya llegarán sus escogidos de los cuatro vientos, desde lo sumo de los Cielos hasta los términos de ellos. Aprended de la higuera una comparacion: cuando sus ramos estan ya tiernos, y las hojas han brotado, sabeis que está cerca el estío: pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca á las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generacion, que no sucedan todas estas cosas. El Cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

Esta es la letra del Evangelio. ¿Estais ya convencidos de su importancia? ¿Pueden darse unas verdades de mayor interés?

Cristianos, en este dia quiere la Iglesia que consideremos la inexorable justicia de nuestro Dios en su tremendo juicio, por las señales remotas que precederán á este acto terrible y decisivo para el género humano: en el domingo inmediato vuelve á insistir en la misma materia presentándonos las señales próximas y espantosas que le servirán de anuncio. Es de grande importancia para nosotros entrar en el espíritu y sentimientos de nuestra piadosa Madre. De tres maneras considera la venida del Salvador, porque realmente viene al mundo en tres formas harto diferentes.

En tiempo vino á tomar nues-

tra carne mortal y á hacerse hombre como nosotros para redimirnos: todos los dias viene y puede venir á nuestras almas espiritualmente por su gracia, si no le ponemos obstáculo; y vendrá al fin del mundo como juez para tomarnos cuenta del mal uso que hayamos hecho de su redencion, y del desprecio con que miramos sus gracias. La primera venida ya no se repite, aunque se celebra; de la segunda no hacen mérito los pecadores; pues oigan los anuncios de la tercera; y si no se estremecen y mudan de vida, ó estan dementes, ó han perdido la fé.

Si el Padre San Gregorio temia ya en su tiempo la cercana proximidad del juicio, ¿qué podremos hoy decir nosotros despues de doce siglos que hace vivia este gran Santo Papa? Despues de tantos sucesos desastrosos co-

mo se han multiplicado, en relacion directa de los que el Evangelio designa? ¿Despues de las cosas que estamos viendo con nuestros ojos y tocando con nuestras manos? ¡Oh! Digan los mundanos lo que quieran; podrá ser que el dia del juicio no esté cerca; de aquel dia y hora nadie sabe, sino solo el Padre; pero ello es que nosotros vemos las señales de su proximidad: ello es que nuestra vida es corta, y que en acabándose, se acaba el tiempo de merecer, de aprovecharse de estas señales y de prepararse para el juicio. Este es el tiempo: no seamos insensatos: oid y y meditad.

Mi plan es hoy todo el Evangelio: no puedo omitir nada, porque todo es importante. ¡Ojala que mi voz sonase como la trompeta del Angel y os llamase, si no á juicio, á conver-

sion; suene sin embargo ahora como la de otro Angel, en union con las vuestras, pidiendo gracia.

AVE MARIA.

Cum videritis abominationem desolationis, que dicta est á Daniele propheta.... qui legit, intelligat.

Cuando veais la abominacion de la desolacion, que predijo el Profeta Daniel... el que lee, entienda.

S. MATEO, CAP. 24, V. 15.

Si el Evangelio de este dia estuviere reducido puramente á las primeras palabras de su testo, bastaba á probar dos cosas á cual mas terrible: que el juicio de Dios está cerca, y que sin remedio ha de ser durísimo y cruel para los Cristianos. El Profeta Daniel profetizó que llegaría un tiempo fatal, en que la abominacion de la desolacion tomase tal pujanza y desfachado aliento, que has-

ta ocupase el Templo de Dios; y Jesucristo anunciando á sus discípulos las señales terribles que precederian al juicio, empezó por esta misma profecía, como diciéndoles; provocará en tal extremo y hasta tanto grado al Señor la impiedad de sus hijos, que cuando su desafuero llegue á introducirse en el templo, ya no sufrirá mas; sino que apresurará su juicio para que caiga pronto el merecido castigo á los pecadores tan sacrilegos y desbordados.

Señores, prescindiendo de las infinitas heregías y cismas que ha habido hasta el dia en la Iglesia, con las cuales sus pérfidos hijos han llenado de hiel las entrañas de esta piadosa y tierna madre y hecho pedazos la túnica inconsutil del hijo de Dios; y en las que separándolos de la unidad sagrada, han levantado cien veces altar

contra altar; no recordando tampoco las intrusiones fatales que hemos visto y llorado en una otra reciente época de calamidades, en la cual hombres funestos, y alucinados prosélitos de una secta hipócrita, sin mision ni autoridad legítima han osado presentarse con descaro á los fieles, enseñándoles falsas doctrinas de perdicion y llamandolos así, para destrozarnos entre sus guerras, como lobos rabiosos, en vez de señalarles el verdadero aprisco del único y legítimo Pastor que Jesucristo dejó en la tierra: no volviendo, en fin, la cara atrás, por no ver horrores, y llorar desgracias, fijando solo la vista en los fieles, en sus costumbres degeneradas; á cada paso se vela abominacion de la desolacion ocupando sacrílega el lugar santo. Las infames costumbres de gentes sin Dios, sin alma y sin conciencia,

han hecho que los desórdenes mas inauditos, y las irreverencias mas escandalosas, sobre las cuales en otro tiempo, no muy lejano, hubieran recaído las terribles censuras de la Iglesia, los castigos de la autoridad civil y la pública animadversion, se miran hoy casi sin novedad y pasen desapercibidas. No descenderé á por menores, porque no se crea que señalo con el dedo los escándalos y los escandalosos. Pero si comparamos nuestros templos de hoy con los de la primitiva Iglesia; aquellas colectas y agapes cristianos; aquellas vigili-
lias y fiestas, con nuestras procesiones y solemnidades, y modo de estar en la presencia del Señor y maneras de celebrar sus santos misterios, nos llenaremos de horror y de vergüenza, si es que aun tenemos alguna idea adecuada de lo que es Religion; nos

convenceremos por último resultado de que ya se está cumpliendo la profecía de Daniel y que el juicio de Dios se acerca. Tomad, pues, el consejo del Evangelio, si no os quereis ver perdidos y engañados. ¡Oh! ¿Y cuánto nos convendría hoy huir á los montes, fuera de la sociedad, que se llama cristiana, y es peor que la de los mahometanos y gentiles! No mireis, ni deis oído á los que os quieren llamar la atención con una virtud fingida, con una ilustracion mentirosa, con una piedad interesada. Si os llevais de lo que os dicen y de lo que hacen, ni religion, ni verdad sacareis. ¡Ah! Cristianos, tan entronizada y valida está la maldad y la hipocresía, que si Dios no se apiada ya y abrevia estos dias de prueba, podrá ser que hasta los elegidos se pierdan

y perezcan. ¡Quién no ve con sorpresa, con dolor y escándalo al pueblo que se tiene por devoto y Cristiano ir al templo como por costumbre irreflexiva unos, como por el bien parecer otros, como si fuesen al teatro estos, como si estuviesen en un espectáculo aquellos! Y cuando así no es, ¡quién no ve los templos desiertos, las solemnidades en abandono y el culto del Señor olvidado ó pospuesto á la distraccion, al lujo, y á los pasatiempos criminales! Los dias santos violados, las fiestas profanadas, los sagrados misterios hechos objeto de burla, los ministros del Señor escarnecidos, la virtud menospreciada, y el vicio y el desorden, y la impiedad y todo lo malo y abominable entronizado, panegirizado, loado y puesto en el altar de las adoraciones públicas.

¡Ah! Cuando se reflexiona lo que es Dios y su santa casa, y se ve entrar en ella los pecadores, incircuncisos y malvados, á quienes les está vedado; cuando su aptitud indecente, impía y descortés se imita por las gentes de gran tono á sabiendas, y por la plebe á ciegas y sin reflexion; cuando un relamido petrimetre ó una damicela almibarada entran de corrida, se sientan sin otra prevencion, empiezan á deraamar en derredor y por toda la concurrencia sus inquisidoras y lascivas miradas, y aquel á hacer contorsiones y gestos, y esta á componerse sus atavíos y blandir el abanico; cuando ni aun á la elevacion de la sagrada Hostia se mueven ni arrodillan, á no ser que respondan con una sacrilega imprecacion y desvergüenza si se les reconviene, ¿no será lícito á los que cono-

cen á Dios levantar un grito de desesperado dolor como los Profetas, y quejarse y lamentar desgracia tanta, y dividirse el corazón y morir de pena?

Pues aun así, tienen el atrevimiento y audacia de presentarse como maestros en Israel, como tipos de religiosidad. ¡Oh! no salgais á su encuentro; no los escuchéis, no los creáis: examinad sus obras y quedaréis horrorizados.

Y no se me diga que estas impiedades y desacatos en el templo, y en las funciones sagradas y en los actos de Religion, son antiguos, por desgracia, y una enfermedad endémica de las naciones cristianas; no, ¡mil veces no! El que vivía en principios de este siglo sabe que esa respuesta es falsa y calumniosa contra la escrupulosa religiosidad de nuestros pa-

dres. Esos desmanes no se veían, no: por mucho menos se le señalaba á cualquiera con la marca de la ignominia, y se le trataba como impio, aborrecible, despreciable y bajo: nadie alternaba con él, todos huían hasta su sombra, si es que no se le perseguía y castigaba.

Ya, sí, se dirá: pero eso era un fanatismo intolerable, un verdadero signo de ignorancia, de obscurantismo y del atraso de las luces; era una intolerancia injusta, irracional y contraria al Evangelio. Se dicen todas estas cosas y otras mil como ellas: pero cuidado, señores: *videte ne quis vos seducat*, advierte hoy Jesucristo: estad alerta; ojo avizor: que os seducen y engañan. Entonces se sabía mas que ahora: entonces habia paz, abundancia, orden, Religion sobre todo: cuidado que los ateos de nues-

tros dias llaman fanatismo á todo lo que es Religion católica, ó pertenece á ella; que llaman atraso en las luces y conocimientos á la moderacion, á la virtud, á la honradez; que llaman obscurantismo á las buenas ideas de moralidad, al respeto de las cosas santas: entended la gerga de su pésimo dialecto. Si tanto celo y vigilancia y religiosidad no hubieran tenido nuestros mayores, hace tres siglos que la Religion habria desaparecido y experimentaríamos los males que al presente esperamos con tanta palabrería y mentira: hace tres siglos que estaríamos viendo con horror y espanto esas señales que siguen, segun el Evangelio, á la abominacion de la desolacion: esas señales en el sol, en la luna y en las estrellas: ese cambio fatal y mortífero en las estaciones: esos sacudimientos en

la tierra, en el mar y en todos los elementos constitutivos de la naturaleza; esa presura, agitacion, choque y guerra en las gentes: esa, y ese todo que prenuncia cercano el fin del mundo y el tremendo juicio de Dios.

No os alucineis, Cristianos. El mundo y las gentes no han estado nunca, cual ahora estan: la impiedad jamás se presentó con tanto descaro: y el desvío de la Religion no fué como es al presente en ninguno de los pasados tiempos. El alubion de seductores é hipócritas que hoy nos inunda ni se vió, ni se hubiera sufrido por la honradez y religiosidad proverbial de nuestros mayores. Y por lo mismo el Cielo y los seres todos tampoco se presentaron, ni esplicaban con nosotros y contra nosotros con tan desusado furor y desconcerto.

No hay pais alguno en el globo que no sufra los males de la época. En todos hay pérdidas, desgracias y miserias sin cuento; todas las naciones lloran, por lo presente todas temen por el porvenir: ¿cuál será este? ¿Qué sucederá al mundo? ¿En qué vendremos á parar? Preguntas lastimeras y azarosas que todos se hacen; pero preguntas inútiles é innecesarias, á las que nadie contesta, ni puede contestar, si no toma del Evangelio la enseñanza. Allí está todo unido en uno mismo y solo concepto, como consecuencia necesaria de unas premisas evidentes. Llorarán, dicen, todas las tribus de la tierra, y entonces verán al Hijo del hombre que viene en las nubes del Cielo con grande poder y majestad. Así, pues, supuesto todo lo que veis y espermentais; supuesta la impiedad entro-

nizada, cual lo está y la mentira descarada que domina sin reparo, como señora del mundo; supuestos los pesares y quebrantos que á todos agitan y producen en todo el mundo un mal estar comun y general, ¿se tardará esa disolucion completa y definitiva, ese tremendo y final cataclismo que acabe con todo y confunda á los insensatos pecadores para siempre?

¡Ay de mí! Ya me parece que veo á los Angeles del Señor sonando sus aterradoras trompetas y llamando á gran voz, y allegando á todos los escogidos de los cuatro vientos, desde lo mas alto de los Cielos hasta sus últimos términos! Ya se contrista mi corazon y anubla mi alma, porque considero la opresion y desmayo de todas gentes, el terrible desengaño y sorpresa de los pecadores, el furor

impotente y la desesperacion inútil de los malvados. Como en los dias de Noé se entregaban los impíos á todo linage de escesos sin oír ni curar de los saludables avisos de aquel varon justo, que les anunciaba su próxima é inevitable ruina, asi va á suceder á los sacrílegos, hipócritas, escandalosos y prevaricadores de nuestros dias de afliccion: ellos no creen pero verán, ellos desatienden la verdad eterna y desoyen á los que se la predicán, mas sufrirán el resultado. *Ab arbore fici discite parabolam*: tomad aceta y tómenla todos de la higuera y demas árboles, dice Jesucristo. « Cuando sus ramos estan ya tiernos y las hojas han brotado, sabeis que el estio está cerca; pues cuando veais, como estais viendo ya, la impiedad é irreligion desenfrenada, y el mundo revuelto, y todas las gentes en confu-

sion y angustia, sabed que el Señor y su tremendo juicio tambien está cerca, en las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generacion sin que todo se verifique y cumpla; pasarán el Cielo y la tierra, pero las palabras de Dios no pasarán sin efecto.»

Qué terribles son estas últimas cláusulas! Qué conclusion tan energética y decisiva la de este Evangelio! ¡O si me engañare yo en mis tristísimas previsiones! Pero es imposible; se fundan en la verdad eterna. No hay mas remedio, pecadores, que desarmar para entonces la cólera justísima del Señor con la enmienda? Y cuál será esta? y en qué ha de consistir? Este es fruto que desde luego intentaba yo sacar de este sermón; porque es el que Dios desea. El juicio está cerca: verdad innegable: el jui-

cio es inevitable: otra verdad por el mismo orden: hagamos que no sea para nosotros tan terrible y espantoso, como es de presumir y temer por sus señales. Hemos sido hasta ahora del número de esos impios, sacrilegos y malvados que han contribuido á entronizar la abominacion de la desolacion en el lugar santo? Pues contribuyamos al contrario desde hoy á que se restablezca con nuestro buen ejemplo, el celo de la casa de Dios, la piedad sincera y la virtud verdadera. Hemos mirado con indiferencia, acaso complacer los desacatos y sacrilegios que se han cometido y cometen todos los dias en los templos y solemnidades de nuestra religion sacrosanta? Pues juramos ante las mismas sagradas Aras profanadas, desplegar un celo tan ardiente como el de Finés contra los sacrilegos para

obligarlos á que desistan de su empeño temerario, ó huyan de nuestras iglesias á sus conventículos y diabólicos antros.

Con nuestro buen ejemplo, repito, se conseguirá mucho, y cuando esto no baste, todos somos Cristianos, todos tenemos la obligacion imprescindible de defender la fé y la Religion antes que nada; todos estamos autorizados á ampararla hasta con esposicion de la propia vida, como lo hicieron los mártires, de los bruscos ataques de sus enemigos. Dios nos protegerá, y peleará con nosotros y delante de nosotros. Recordemos el heroismo de los Macabeos, el de David, el de Moyses y demas hombres justos y celosos de que nos hablan los libros santos: recordemos el de nuestros padres y antepasados en las guerras contra la morisma, de cu-

yas heroicas acciones toman origen sus blasones y nobleza, no de ser impios y venales á la iniquidad: recordemos sobre todo el divino ejemplo del hijo de Dios con los profanadores de su santa casa. Si los imitamos, el juicio será dulce, benigno y favorable para nosotros; los dias malos y de desolacion se abreviarán; durante ellos viviremos tranquilos en nuestra conciencia y esperando con segura confianza que en llegando, el Señor nos colocará á su derecha con sus elegidos para que le acompañemos en la gloria por los siglos de los siglos Amen.

J. M. X.



SERMON

PARA EL DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO.

Homilía sobre la Epístola de la Misa de este dia.

Fratres, hora est jam nos de somno surgere.

Hermanos, ya es hora de levantarnos del sueño.

EN LA CARTA DE SAN PABLO Á LOS ROM. C. 13.

La Santa Iglesia, en su divina sabiduría, como siempre ilustrada por el Espíritu Santo, ha creído que para que sus hijos celebren con saludables

yas heroicas acciones toman origen sus blasones y nobleza, no de ser impios y venales á la iniquidad: recordemos sobre todo el divino ejemplo del hijo de Dios con los profanadores de su santa casa. Si los imitamos, el juicio será dulce, benigno y favorable para nosotros; los dias malos y de desolacion se abreviarán; durante ellos viviremos tranquilos en nuestra conciencia y esperando con segura confianza que en llegando, el Señor nos colocará á su derecha con sus elegidos para que le acompañemos en la gloria por los siglos de los siglos Amen.

J. M. X.



SERMON

PARA EL DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO.

Homilía sobre la Epístola de la Misa de este dia.

Fratres, hora est jam nos de somno surgere.

Hermanos, ya es hora de levantarnos del sueño.

EN LA CARTA DE SAN PABLO Á LOS ROM. C. 13.

La Santa Iglesia, en su divina sabiduría, como siempre ilustrada por el Espíritu Santo, ha creído que para que sus hijos celebren con saludables

disposiciones la venida temporal del Hijo de Dios, no podia darles reglas y documentos mas convenientes que los que con igual motivo suministró el Apóstol San Pablo á los fieles de Roma.

Cercana está nuestra salud, les decia; ya es hora de levantarnos del sueño de la culpa y de vivir honestamente; no en comilonas y embriagueces; no en deshonestidades é impurezas; no en pleitos y emulaciones; sino vistiéndonos de nuestro Señor Jesucristo, sin cuidar de la carne cumpliendo sus deseos. ¡Sublime pensamiento! Parece que el Apóstol antes y la Iglesia despues veian con espíritu profético, al través de los siglos, las costumbres perversas y anti-cristianas en que dolorosamente iban á vivir sus hijos en estos desgraciados dias.

Y realmente, señores; ¡vergüenza y lástima cuesta el decirlo! Como si el infierno y su tirano príncipe tocaran su ronco clarín y sacáran de su lóbrego seno las furias todas para que por todos medios hiciesen que los Cristianos imitasen sus inauditas y horrendas maldades; tan luego como se aproximan las fiestas del nacimiento de Jesucristo, empiezan las gentes todas á entregarse á los excesos de la locura mas marcada y de la impiedad mas desmedida; contraste harto risible y repugnante con los sentimientos de la Iglesia y con las prácticas sagradas de sus mejores instituciones. Los que profesan la perfeccion evangélica empiezan á ayunar la semana primera de adviento: los mundanos á embriagarse: las gentes piadosas tienen ejercicios y devociones particulares para obsequiar la

pureza de la Virgen Santísima, Madre de Dios en su prodigioso alumbramiento: los disipados tienen sus bailes y cantinelas lascivas y sus reuniones lúbricas y pecaminosas: los buenos Cristianos dán limosna á los pobres, se reúnen en armonía y paz: los malos fomentan sus rencores y disgustos en los mismos lugares que escojen para diversion; y hé aquí cómo la sociedad cristiana se divide y contradice entre sí misma, como si hubiese dos dioses á quien esperar. Es verdad que los primeros obsequian al Dios único y verdadero: los segundos á Belial.

¡Indignas costumbres de esos falsos y embrutecidos Cristianos! ¡Cuántos daños no causan en el mundo, en la Iglesia, en la sociedad entera y en las familias! ¡Vicio infame y brutal de la Gula y embriaguez, qué de vic-

timas inocentes no arrastras á la perdicion temporal y eterna en estos dias señalados! Pero menos malo si se limitase solo á ellos y no formase la vida comun y perpetua de muchos, para hacer la desgracia de su cuerpo, de su alma y de sus hijos y casa entera. Contra este vicio funesto y contra los demas que lo hace San Pablo, me declaro yo hoy en su nombre y en el de la Iglesia nuestra madre. Si sois Cristianos y quereis vivir cual cumple á tan alta dignidad, y obsequiar al Dios niño que vá á nacer, y á su purísima y Santa Madre, aprended la doctrina del Apóstol y tomad los sábios documentos que hoy os dá: este es mi objeto, y el único plan que me he propuesto. Antes de empezar saludemos á la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

Fratres, hora est jam nos de somno surgere.

Hermanos, ya es hora de levantarnos del sueño.

EN LA CARTA DE SAN PABLO Á LOS ROM. C. 13.

No era posible que San Pablo se dejase de declarar contra la gula, contra la embriaguez, disension, discordia é impureza, siendo Apóstol de un Dios el mas sobrio, puro, Santo, y pacífico en fin, anunciado por los Profetas como Principe de la paz; y que anunciando su próxima venida para juzgar á los hombres, dejase de tener presente y de recordarles que habia nacido de padres pobres y hu-

mildes, en un pesebre; y que su vida toda habia sido de mortificacion y privaciones. Sobre estos principios tan luminosos y obligantes apoyaba sus lecciones acerca de la conducta que debian guardar para recibirlo dignamente. El mundo y sus amadores estaban entregados al sueño profundo de la culpa, del vicio y del desorden, y para que la atronadora trompeta del Angel no los sorprendiese aun dormidos en este sueño mortal, gritaba el Apóstol en su carta, y les decia: «el Señor está cerca: hora es ya de despertar, de levantarse de ese sueño.» *Hora est jam de somno surgere*: nuestra salud se aproxima mas de lo que hemos creído. Hasta ahora ha precedido la noche; pero ya se avanza el dia: despojémonos de las obras de tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. Andemos como se de-

be en el dia honestamente: no en comilonas y embriagueces.»

Hé aquí el primer consejo del Apóstol, y la primera disposicion que deben tener los Cristianos para recibir al Mesías, ya sea celebrando su venida en tiempo á tomar nuestra carne, ya sea esperándolo como juez justo é inexorable; y hé aquí tambien los vicios y desórdenes vergonzosos de que nos debemos despojar. La gula y exceso en la comida y bebida es lo primero que reprende San Pablo. ¡Pero y con cuánta razon y justicia no se debe reprender este vicio abominable ante Dios y los hombres, ante la sociedad y la Religion, ante las leyes divinas y humanas, y ante la conciencia pública y privada! Cristianos, el hombre que se entrega á los excesos de la crápula se hace enemigo de Dios, odioso á los demas é

indigno de sí mismo. Pocas razones bastan á convencerlo.

El mismo Apóstol San Pablo, en otro lugar de sus cartas, dice á los fieles: «no querais embriagaros con el vino, en el cual está la lujuria.» Y este vicio con todas sus consecuencias es un semillero corrompido de tantos y tan horrorosos desórdenes, que su sola enumeracion espanta. Hombre vinoso y perdido son sinónimos; hombre vinoso y sacrilego, é irreligioso é impío, van juntos; hombre vinoso y perjuro, y blasfemo y maldiciente están unidos; hombre vinoso y adúltero y deshonesto y cuanto se diga de impureza, liviandad y lascivia son consiguientes. Y de todos estos vicios y de los que los tienen, repite el Espíritu Santo por boca del mismo Apóstol, que no poseerán el Reino de los Cielos. Yo me paro á

examinar si acaso puede haber un solo crimen por atroz que sea, el cual no lo cometa ó esté dispuesto á cometerlo un hombre ébrio, y no hallo ninguno. Ahora, pues, el Dios de la Santidad y pureza, el Dios que examinará con escrúpulo hasta las mismas justicias, ¿tendrá por amigos y queridos suyos á estos seres malvados? Si no hay un mandamiento en su ley santa, pura é inmaculada, que no quebranten; si es imposible de todo punto que ellos se acuerden, ni puedan acordar de Dios nunca, ni hacer nada en su obsequio y servicio; señores, hablemos claros; si esos miserables se convierten en brutos, todavía menos, en troncos inmóviles é inanimados, ¿de qué le servirán al Señor ni á la Religion, ni á sus propias almas? ¿Y Dios que manda y enseña con su doctrina y con su ejem-

pló la sobriedad y templanza, mirará con aceptación y benevolencia á los que no reconocen otro Dios que su vientre, ni otra gloria que la de los placeres brutales que hasta los convierten en irracionales?

El Apóstol Santiago dice que el que quebranta un precepto de la ley de Dios se hace reo de la infraccion de todos: y yo creo que, si este Santo Apóstol lo decia porque están enlazados y unidos tan íntimamente los preceptos todos que violando uno se violan los demas, ó porque el reato de pena eterna y la malicia contra Dios de un pecado es igual á la de muchos, pero no queriendo decir materialmente que se quebranten con uno todos los mandamientos; yo repito, que el que comete ese indecente crimen de la embriaguez, de hecho, positiva y realmente comete todos los

crímenes posibles é imaginables ó al menos se espone voluntariamente á cometerlos y se lanza por su gusto en la ocasion próxima de cometerlos. Todos los padres y teólogos dicen que el que está espontáneamente en ocasion próxima de pecar es indigno de absolucion y de los Santos Sacramentos, porque está habitualmente en pecado, sin arrepentimiento, sin enmienda, ni propósito de ella. Bajo este punto de vista es preciso mirar al ébrio, segun las leyes de Dios y de la Iglesia, y por lo mismo á estos desgraciados es necesario considerarlos como los mayores enemigos de Dios.

¡Oh! y si alguno de los infinitos á quienes, por desgracia, ha sorprendido la muerte en estado tan lastimoso y fatal, viniese del otro mundo á decirnos cuál habia sido con ellos el

juicio de Dios, cómo les habia considerado, y cuál habia sido su éxito! Entonces comprenderiais la enormidad de este vicio á los divinos ojos. Pero he dicho que el hombre embriagado se hace reo de infinitos delitos, y aun de todos cuantos se pueden cometer, y una sola reflexion lo convence. Es práctica legal en los tribunales del mundo examinar si el que cometió un delito atroz, como un homicidio, una violencia, una sedicion, un incendio, un rapto, un estupro, estaba embriagado: y aun los reos suelen alegar ese estado á veces, con mentira, por creer que asi minoran su gravedad. Luego hasta las leyes humanas, y lo que es mas, hasta la misma culpabilidad y malicia suponen que el hombre ébrio es capaz de perpetrar los mas horrendos crímenes.

Esta indicacion me conduce á considerar el mismo vicio por el juicio que de él forma la sociedad y á manifestaros que aquel infeliz, que de él está dominado, es un monstruo odioso á los demas hombres. ¿Y quién no temerá á una fiera indómita que se quita la razon y pone en estado de no saber lo que se hace, y en el de hacer lo mas malo? ¿Y quién no despreciará al que se hace objeto de burla y escarnio? Ya lo sabeis; todos huyen de un hombre embriagado, y todos lo desprecian. Todos le temen y ninguno lo atiende ni respeta. Sus contratos son nulos, sus palabras inútiles y risibles, sus proyectos aéreos, sus promesas inatendibles y sus ruegos dignos de burla. Menos caso se hace de un ébrio que de un niño, un demente ó un insensato. Acaso causan mas impresion los ladridos de un

perro, ó las voces de un papagayo; y si se atienden algo, es para reir y burlarse.

Esto hace el comun de las gentes. Pero hay otro lado por donde mirarlo ante el concepto público y social. Las prevenciones de las autoridades y de las leyes están siempre en contra de esos miserables. Si se ignora el sitio y lugar donde se ha cometido un delito, los ojos de todos miran á las tabernas y otras casas por ese órden: si no se sabe el autor, inmediatamente son prevenidos los ébrios; porque esas casas y los que las frecuentan están reputados como siempre ilícitas y criminales. A fé que ningun hombre honrado que se estima á sí mismo apreciará ser colocado por las autoridades, por las leyes y por el público en tan bajo lugar, en reputacion tan menguada.

Sin embargo, aunque eso importa mucho, todavía les tocan mas de cerca las reflexiones sobre lo que es y debe ser á sí mismo, á sus propios ojos, ante su conciencia el que tiene ese vicio brutal. El hombre es un ser racional compuesto de alma y cuerpo: en cuanto al alma tiene la razon y la inmortalidad que la distinguen de los animales, y debe mirar por ella y por su decoro al presente, y por su felicidad en el porvenir; en cuanto al cuerpo, aunque material y corruptible, es ahora templo de Dios, y será despues lleno de gloria; en ambos sentidos debe ser conservado con honor y con respeto. Este decoro y cuidado para el alma, y este honor y respeto para el cuerpo lo debe dar el hombre á sí mismo, antes que exigir lo de los demas. Y entiéndase que no consiste el decoro

del alma y el cuidado del cuerpo en proporcionar los gustos y placeres que los deshonran y destruyen, aunque en la parte animal les suministren algunos goces transitorios; el veneno no deja de ser lo que es porque se propine en copa de oro. Pues bien, hermanos míos, considerad despacio cómo se honra á sí mismo el hombre que con sus propias manos y por su gusto se quita el juicio y la razon; el que se hace porque quiere el ludibrio y escarnio del público, el que se pone voluntariamente en el caso de ser tratado como criminal, y se espone realmente á cometer todo género de delitos. ¿Qué juicio tendrá formado de su propia dignidad aquel que hasta abdica y desprecia el juicio? ¿Cómo corresponderá á la dignacion divina que le hizo á su imagen y semejanza, el que se rebaja

hasta el nivel de los brutos? Sí, de los brutos; porque embotada la razón, debilitado el entendimiento, ni aun en los intervalos de la embriaguez queda el alma para pensar ni discurrir con acierto, ni sobre sus deberes temporales, ni sobre su estado moral, ni sobre su porvenir eterno. ¡Qué dolor! El que se entrega á tan pernicioso vicio puede desde luego decirse que por sí mismo sanciona su inutilidad en la vida presente, y pronuncia la sentencia de condenación contra sí. El se hace inútil para los trabajos espirituales y aun para los corporales de la vida; y de estos dice Dios por boca del Profeta; «que no participando de los trabajos de los hombres, no serán castigados con los hombres, sino con los demonios: *in labore hominum non sunt; et cum hominibus non flagellabuntur.*

Su cuerpo, del mismo modo esteñado, abrasado con los licores fuertes y espirituosos, perdido el equilibrio de los jugos y sobrecargadas sus entrañas con un peso enorme que no pueden sufrir, vienen á arrastrar una existencia penosa, enfermiza y corta. Sellenan de humores acres y destructores, padecen mil males, y al fin vienen á morir en la flor de la edad, siendo infelices y dejando por acá á otros mas infelices todavía.

Y de verdad, Cristianos, que esta reflexión no habia entrado en cuenta. Hablo de la familia de la sociedad doméstica, á que están unidos esos viciosos por vínculos sagrados. Padres de familia, que os entregais á ese vicio desolador é infame, con vosotros hablo: consumis en borracheras y comilonas vuestro patrimonio, y veis con indiferencia estúpida la

miseria de esos hijos, las lágrimas de vuestra esposa y el desórden y la amargura de toda la familia: si no teneis otros bienes que vuestro trabajo, os inutilizais para darlo, y cuando lo dais es para consumir su precio en un momento de desórden que os mata y hace perecer de necesidad á los que dependen de vosotros. ¿Para eso entrasteis en la sociedad conyugal? ¿Para perder y hacer desgraciada á una muger inocente? ¿Para eso teneis hijos? ¿Para matarles el cuerpo con la indigencia, y el alma con el mal ejemplo? ¿Es asi como cuidais de su educacion y de su salvacion? Señores, estos vicios que tienen tanta transcendencia á personas inculpables no admiten ningun pretesto ni excusa con que poderse disimular ante Dios, y ante la sociedad. Durísimo juicio les espera á los que están

nadando en ellos. Padres de familia, os repito; enmendaos del vicio de la embriaguez, siquiera por esos inocentes á quienes perjudicais y perdeis.

Pero demos que en mi auditorio y en el mundo, hay otros séres degradados de diversas categorías, como los hay en efecto, que abundan en ese vicio; pero que por una parte tienen buena fortuna en bienes ó rentas, y por otra no están casados, ó si lo estan no tienen familia. Muy bien; ¿y por eso no les comprenderá mi reflexion? ¿Pues y la sociedad? ¿Pues y sus semejantes, amigos, dependientes y cuantos los ven y conocen? ¿Y su alma? ¿Y su honor? ¿Y el juicio de Dios? ¿Y los pobres? ¿Por qué no dan de limosna lo que invierten en vicios?

En verdad que el Apóstol habla

con todos y no distingue de clases, cuando nos exorta á levantarnos del sueño del vicio, y á obrar nuestra salud con sobriedad y templanza, y no en el desórden de la gula y la embriaguez. Asi, pues, señores, la ley del Señor se dirige á todos, y en su divina presencia no habrá otras distinciones que las debidas á la virtud. Los vicios siempre son malos en todas las gentes, aunque en algunas se vistan de circunstancias agravantes. Por lo mismo, lo que en unos es el vicio de la bebida, en otros lo será el de la comida. Pues qué, las personas de gran tono, que no van á las tabernas, ni se esponen al escarnio público por la embriaguez, pero que en escandalosos y espléndidos banquetes gastan mas de lo que deben, lo suyo, lo ageno y lo del público, y lo de los pobres, ¿no están compren-

didados en las prohibiciones de la ley de Dios y en los anatemas de la razon y del buen sentido? ¡Oh! si no me distrajese de mi propósito, aqui pudiera yo detenerme en esta materia por largo rato y esplanar como merecen estas indicaciones. Pero ya debo pasar á hablaros de otra especie de desórdenes que son los hijos y hermanos de la gula y embriaguez; á ellos se entregan tambien los mundanos en el tiempo Santo de Adviento, á pesar de que la ley del Señor los prohíbe por boca del Apóstol. « Obremos nuestra salud, dice; andemos honestamente; pero no en deshonestidades é impurezas. »

El Dios justo y Santo que nació de la Madre Virgen, mas pura y Santa de todas las criaturas, indudablemente tomará á mal que se honren con el glorioso título de hijos suyos,

que se llamen Cristianos, y quieran persuadirse que celebran debidamente su nacimiento los que entregándose primero á los excesos de la comida y bebida, privados ya de juicio y razon se levantan como los israelitas en el desierto á jugar y danzar; esto es, á dar rienda suelta á su lengua, manos y sentidos, todos para que se entreguen á la lascivia. ¡Oh! ¡Y cuántos misterios de iniquidad no se cometen entre la juventud cristiana en estos dias Santos, en esas reuniones nocturnas, en esos bailes domésticos ó públicos, en esas veladas de solaz, que pudieran mejor llamarse escuelas de sensualidad y lupanares de injuria! La ocupacion mas inocente, al parecer, se **forma** con una alternativa de cuentos, charadas, ó acertijos, en los cuales ya expresa con el mayor descaro **y** cínica impu-

dencia la alusion contra la castidad de la casada, de la doncella y del ministro de Dios; y á veces ni aun se perdona siquiera á la Virgen consagrada, ni al Santo ó Santa en sus imágenes, vestiduras y altares. Ya sabeis que no me engaño, ni exagero. Como ha faltado el pudor y la honestidad de todo punto en las sociedades cristianas, como ya se hace uso sin repararlo de esas pésimas y reprobadas costumbres que han llegado á formar una segunda naturaleza, hasta se han hecho impresiones copiosas de ese género ilícito y andan en las manos de todos las cantinelas, los chistes, las caricaturas y grabados mas oscenos con actitudes lúbricas y brutales, y con lemas alusivos á excesos que causan rubor y vergüenza el solo pensar que han de ir y van de cierto á las manos del vulgo.

Dispensar á la dignidad sagrada de este sitio el que yo no descienda á mas pormenores y aclaraciones sobre unos dichos y unos hechos, que vosotros comprendeis, y por mas que afecteis lo contrario por ir con la corriente, conoceis su malicia y trascendencia. Pero no dejaré de llamaros la atencion al tiempo que precisamente ha escogido el diablo para perderos y hacer su encarnizada oposicion á Dios. Cabalmente cuando el deber cristiano de la misma celebridad del nacimiento del Hijo de Dios y de la gran pureza de su Santísima Madre, estimula á los fieles á festejarlos con virtudes análogas, es cuando se desata la impureza y libertinage, disfranzándose de mil maneras ingeniosas, á cual mas seductora y malvada. Siempre me ha llamado la atencion, y no podrá menos de llamarla á todo hom-

bre reflexivo y cristiano de juicio la estravagante usanza que tiene el mundo para celebrar las grandes fiestas religiosas, y el tortuoso giro que ha dado á las puras costumbres de nuestros mayores: todo se compone y viene á reducirse á convites en que se estraga la glotonería, y en bailes, sa-raos y reuniones, mas ó menos ostentosas segun la categoría de los pueblos, en las cuales de todo se trata menos que de consultar el pudor. Reuniones de personas de ambos sexos y jóvenes dedicados y llamados á divertirse y agradarse; lo que sale de ellas y lo que alli sucede preguntá-roslo á vosotros mismos: compromisos, amistades, relaciones casi siempre ilícitas y de consecuencias funestas á la moral pública y á las familias particulares. Repito que no quiero individualizarme, ni señalar con el

dedo la llaga que acaso muchos tienen abierta en su corazón, desde que asistieron á tal ó cual concurrencia de las que voy censurando. Con la mano puesta en el pecho decirme cada uno si digo ó no verdad.

Yo creo que el Apóstol tenía muy presentes estos resultados cuando decía como tercera parte de su exortación: que se anduviera honestamente, pero no en contención y emulaciones.

Enlazados van siempre los vicios y desórdenes entre sí mismos, como las ramas de un árbol mortífero, como los hilos de una red funesta que aprisiona á los míseros mortales; de la embriaguez se pasa á la lujuria y de esta á la discordia y á la guerra: hable la experiencia: ¿De dónde salen los amores deshonestos, los celos criminales, los adulterios escandalosos,

y los desafíos y los pleitos y los asesinatos alevosos y otros mil y mil males sin cuento? ¿No es de las tabernas para la gente del pueblo, y de los bailes y reuniones para la de la sociedad culta? En las grandes contiendas y disgustos, no es verdad que siempre hay alguna muger y amoríos de por medio? Hasta en las convulsiones políticas de las naciones entra casi siempre por base y principal motivo alguna hembra que desairó, ó que dió preferencia; y es seguro que si en vez de repetirse tanto esas celebraciones á Baco y Venus, se dirigiesen al Templo de Dios á pedirle misericordia, no sucedieran en el mundo la mitad de los desastres que sufrimos en este género.

He aquí la razón, por qué el Apóstol, después de exortarnos á huir del sueño letal de las pasiones y los vi-

cios, de inculcarnos el que andemos honestamente, no en comilonas ni embriagueces, no en deshonestidades, ni impurezas, no en pleitos y emulaciones, concluye diciendo que nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo: y por si no entendemos tan elevada frase, añade; y no tratareis de dar gusto a los deseos de la carne. Esto último es lo que se entiende por vestirse de nuestro Señor Jesucristo. La vida del Cristiano debe ser siempre y en toda ocasion una copia lo mas exacta posible de la de su divino legislador; pero en los dias en que se preparan para celebrar el grande misterio de su venida y humilde dignacion, es un raro contraste, digo mas, es un sacrilego insulto apartarse de la imitacion de las virtudes de este Señor, y celebrarlo con los excesos que enseña la doctrina del diablo. Un

Dios que nace pobre, desnudo, en el paramar de un establo, y en la miseria de un pesebre, sin otro cortejo que el de dos animales, sin mas lujo que el de unas pajas, no será nunca dignamente festejado con los abusos de la crápula, con el ostentoso aparato de los convites y con el profano ruido de los bailes y reuniones profanas; un Dios, que se apellida por los Angeles Rey pacifico, no puede ser celebrado por los que no conservan la paz del alma y del cuerpo consigo mismos, ni evitan las discordias con sus hermanos y las ocasiones que las causan, ni procuran estar en paz con el mismo Señor por medio de la templanza, de la pureza, del amor de Dios, de la penitencia, de la mortificacion y de todas las virtudes. Vestirse del hábito de nuestro Señor Jesucristo es imitar su separacion

del mundo y de cuanto él contiene y encierra de pasiones y concupiscencias; es ocuparse de las cosas del Padre Celestial, como lo respondió este Señor á su Madre en el templo y á sus discípulos en el pozo de Sichar; es en fin, contrariar los deseos y tendencias de la carne y no tener otros placeres que los del espíritu. Si pues nosotros tomamos hoy las lecciones que nos dá el Apóstol, daremos para siempre un libelo de repudio á esas perniciosas costumbres de un mundo disipado, carnal y perverso, que tanto contradicen al espíritu primitivo y puro de la Religión, y que son mas bien propias de gentiles que de Cristianos. Siquiera por las tristes consecuencias y resultados, aun en el órden temporal, que de ellas se siguen, debemos mirarlas con desprecio y aversion. «Sed sóbrios y velad, con-

cluiré con el Apóstol San Pedro, porque vuestro adversario el diablo, rugiendo al rededor vuestro como un leon, anda dando vueltas y buscando á quien devorar, y es preciso resistirle con fortaleza en la fé.» Por él han sido inventados esos modos de estravagancia, locura é impiedad, de celebrar el nacimiento del Hijo de Dios tan indebidamente: con ellos y por ellos consigue, á no dudarlo, que las almas cristianas se pierdan con lo mismo que se ha hecho para su salvacion; y ademas introduce en el pueblo cristiano un semillero de vicios, maldades y discordias, que es cabalmente lo que constituye su infernal y funesto reinado.

Preparémonos á celebrar dignamente la venida del Mesías nuestro Salvador, como los primeros Cristianos, con el ayuno y la mortificacion,

con la oracion y el recogimiento, con saludos de paz mútua y fraternidad cristiana. El verdadero espíritu del cristianismo está observado en las corporaciones religiosas: en ellas se ayuna todo el tiempo Santo de Adviento, se corta todo trato y comunicacion con las gentes del mundo, y entre sí mismos sus individuos estrechan diariamente los lazos de la caridad y paz cristiana con mil prácticas exteriores, que hasta sus leyes se las señalan. Señores, el mismo Dios y el mismo Evangelio hay para nosotros, que para los que viven en los claustros; luego debemos hacer lo mismo que ellos hacen en este santo tiempo, á no ser que nos decidamos por la temeridad de que no haya para nosotros el mismo Cielo. Asi pues, vivamos como ellos, despertemos del sueño de la culpa y malas costum-

bres, desnudémonos del hombre viejo del pecado, y vistámonos del nuevo, segun Dios en justicia, santidad y virtud: preparemos á Jesucristo una morada pura en nuestra alma, en la que nazca por su gracia, viva siempre en ella y despues nos lleve á reinar eternamente con él en la gloria Amen.

J. M. X.



SERMON

para la segunda Dominica de Adviento.

Renunciate Joanni quæ audis-
tis, et vidistis.

Anuncia*d* á Juan las cosas que
habeis oido y visto.

S. MATEO, CAP. 11, v. 5.

Como en el anterior domingo con-
tinúa en este la Iglesia exortandonos
á la práctica de las virtudes cristianas,
para que por medio de ellas se prepa-
ren dignamente nuestras almas á cele-

brar el nacimiento del Redentor co-
mo es debido. Desciende hoy al prin-
cipio de todas ellas y á darnos una
verdadera idea de la que es la raiz y
principio de toda justificacion, y sin
la cual es imposible agradar á Dios.
Mas esta idea nos la pone de bulto an-
te los ojos por medio del ejemplo di-
vino de Jesucristo, y hace ver que la
fé verdadera debe precisamente estar
apoyada en las buenas obras. Este es
el intento de la Iglesia y del Evan-
gelio.

El Bautista San Juan estaba ya
preso en la cárcel por el odio que
tenia Herodes á la verdad, y por la
inmunda y desvergonzada lascivia de
Herodías; y su alma que ardia en un
volcán de amor á Dios, que es la ver-
dad por esencia, queria hacer á to-
dos que participasen de iguales sen-
timientos. Allí en la cárcel habia oido

las obras portentosas que practicaba Jesucristo, y para que sus discípulos creyesen en él por sus obras y le reconociesen por verdadero Mesías, envió dos de ellos en legacia al Salvador para que le preguntasen si realmente era ó no el enviado de Dios. Jesucristo en lugar de responderles con la palabra les respondió con las obras; se puso á hacer á vista de ellos una multitud de prodigios y milagros, y á seguida les dice: «id y manifestad á Juan lo que habeis oido y visto: *renunciate Joanni quæ audistis, et vidistis*: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen, los muertos resucitan, á los pobres es anunciado el Evangelio: y bienaventurado el que no se escandalizare de mí.»

¿No estais ya observando, Cristianos, el giro uniforme y armonioso de

todo el Evangelio? ¿No advertis la uniformidad de sentimientos de todos los personajes que en él figuran? ¿No veis que todos obran, que todos hacen algo por acreditar su fé, y que todos nos enseñan? Juan en la prision está, sin decirlo, manifestando su valor, su firmeza é imperturbable decision por la verdad: sus dos discípulos van á ver y desengañarse por sí mismos de los testimonios y motivos racionales de su creencia; y Jesucristo da obras en prueba y no palabras, sin embargo que las suyas siempre son de vida eterna y dignas de ser creidas.

¿Qué diferencia tan notable de la conducta de estos maestros de la verdad, y la de los apóstoles del engaño y la mentira! Estos quieren que se les crea sobre su sola palabra, y al efecto emplean muchas, aunque to-

das vacías de sentido; á fuerza de hablar mucho y mentir mas quieren seducir y atraer; pero se guardan muy bien pasar á la prueba de las obras, porque sus obras son malas, dice el Evangelio; sus obras son de tinieblas, aunque ellos se llaman *iluminados, partidarios de las luces, amigos de la inteligencia, de la ilustracion, de los adelantos, y del progreso intelectual.* Palabras no les faltarán, siquiera sean las de los papagayos; pero obras...? Qué horror causaria si se las viese! Qué contradiccion tan monstruosa! Algunos ejemplos hay ya en el mundo; y qué digo algunos! Lleno está el mundo de su fama, de la mala fama de sus fechorías. Por punto general, en público y en secreto todo cuanto hacen contradice y se opone á lo que dicen; en su diccionario todo se entiende al revés.

No asi en el de los discipulos de la verdad; las obras van delante de las palabras, como la luz va delante del sol, astro luminoso que la produce, porque las obras y las palabras son una misma cosa, á saber, el testimonio de la verdad. Ninguna duda nos deja el Evangelio de este dia: ningun motivo hay tampoco para que nosotros dudemos ya del partido que nos conviene abrazar. Todos obran para probar su fé y su mision: nosotros debemos tambien obrar: los ojos y los oidos son llamados por Jesucristo para dar testimonio de su venida como Mesías verdadero: San Juan los estimuló á lo mismo, á que vean y oigan, y Jesucristo, San Juan y los discipulos nos enseñan y estimulan á nosotros. Preguntados seremos algun dia por nuestra fé; esta pregunta nos la podrán hacer nuestros amigos y

cooreligionarios, es decir, los Cristianos **hermanos** nuestros para instruirse y aprender, como la hicieron los **legados** de San Juan al Salvador; y nuestro deber es el de tener de antemano obras preparadas para con ellas darles contestacion. Podrán hacérnosla nuestros contrarios, los enemigos de la Religion y de la fé para perseguirnos: y nosotros tenemos que estar dispuestos como San Juan para contestar á Herodes el *non licet*, y seguirle á la cárcel. Nos la hará en fin, y esto es indudable que sucederá, es tambien de fé; nos la hará nuestro Dios cuando venga realmente segunda vez al mundo como juez, y nuestra propia conveniencia, nuestro interés, nuestra salvacion nos compromete desde ahora á imitar la conducta de los discípulos del Bautista.

Ved ya, señores, el plan que yo voy

á seguir en mi discurso; desde luego advertireis que invierto el orden del Evangelio; porque yo no voy á ir paso á paso hablando de lossucesos por el orden que siguieron en la historia del de hoy: yo prefiero la dignidad de las personas y de los ejemplos. Así vereis lo que nos enseña Jesucristo, lo que nos enseña San Juan y lo que nos enseñan sus discípulos, en tres puntos separados, para que de todos aprendamos á dar pruebas de nuestra fé.

Mas si he de cumplir mi empeño con la dignidad que exige un asunto tan importante, es preciso antes implorar los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María Santísima; á quien vamos todos á saludar con reverencia, devocion y confianza, como lo hizo el Angel.

AVE MARIA.

Renunciate Joanni quæ audistis, et vidistis.

Anunciad á Juan las cosas que habeis oido y visto.

SAN MATEO, CAP. 11, V. 3.

¿Quién mejor que Jesucristo, que es el autor y consumidor de nuestra fé, según el Apóstol, puede dar á los Cristianos lecciones prácticas de la misma? Con razon el discípulo Pedro electrizado con las maravillas que veía en su maestro, le decia en una ocasion análoga: «Señor, tú tienes palabras de vida eterna; á quien iremos á aprender, si tú nos desechas?» Y con razon, él mismo, al presenciar

la magnificencia de la gloria de Jesus en el Tabor, exclamaba: Señor, bueno es que nos quedemos aquí para siempre.» Oh! Jesucristo es el camino, la verdad, y la vida; ninguno puede llegar al Padre sino por mí, dijo este mismo Señor al Apóstol San Felipe. Y cuán seguro es que solo en Jesucristo y por Jesucristo podemos conseguir la salvacion, que es el complemento y premio de la fé. Uno es vuestro Maestro, dijo en otra ocasion á sus discípulos, y este es el mismo Señor, como lo aseguró en la cena al concluir de darles la sublime leccion de amor y humildad lavándoles los pies: «Vosotros, dice, me llamais maestro y Señor, y decis bien; porque lo soy seguramente.» En fin, queriendo enseñarnos á todas las grandes y heróicas virtudes, que de ningún otro podíamos aprender, se es-

presa de esta manera: «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el descanso de vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»

Ahora bien: si los discípulos del Bautista y el Bautista también por medio de ellos, deseaban saber la importante verdad de la divinidad del Mesías, no tenían otro camino más corto que andar, otra medida ó medio más adecuado y seguro que el de preguntar al mismo, pero con mejor espíritu y puras intenciones que los fariseos, que para perderlo también le preguntaban con frecuencia. El Salvador conoció sin duda este bello y laudable espíritu, estas intenciones puras y rectas, cuando por toda respuesta se puso á hacer delante de ellos unos prodigios tan estupendos que solo los podía obrar el poder

omnipotente de la divinidad. Curar los ciegos y hacer que viesan, sanar los sordos para que oyesen, dar agilidad á los cojos para que anduviesen, resucitar los muertos, y anunciar á los pobres el Evangelio: esto solo era propio de la inmensa caridad, poder y sabiduría de Dios; luego Jesús era Dios.

Delante de los discípulos de Juan hizo Jesucristo estos milagros; delante de nosotros los está repitiendo todos los días, todos los momentos; y nuestra fé no se fortalece ni afirma. Y sino, ¿podremos nosotros cuando se nos pregunte sobre ella dar una respuesta con las obras, parecida á la del Salvador? Es seguro que no. Pues entonces no tenemos fé; porque en el Evangelio nos dice este mismo Señor, que si tuviéramos tanta fé siquiera como un grano de mostaza y

dijéramos á un monte, trasládete al otro lado de un rio, el monte obedecería.

Però aun así, todavía son otras las obras de la fé que á nosotros nos incumbe y toca manifestar, segun la doctrina de San Pablo: estas son las obras de la caridad, sin las cuales ni la fé que trasplantase los montes valdria nada. Pues estas obras de la caridad tambien están patentes en la leccion de Jesucristo, y en los milagros que hizo ante los discipulos del Bautista. Veamos, pues, qué es lo que hace Jesucristo. Dos clases de obras de caridad y misericordia; las mismas que nosotros tenemos un deber indispensable de ejercitar; las unas que ceden en beneficio de los cuerpos y vida temporal, y las otras mas esenciales, porque se encaminan á la vida espiritual del alma. Cura á los cie-

gos, sordos y tullidos, y evangeliza á los podres. Nosotros, si bien no podemos llegar hasta el punto de imitar estas buenas obras haciendo milagros, sin dispensarnos el mismo Dios el poder, podemos por nosotros hacer bien, dispensar consuelos, tributar obsequios y beneficios temporales á nuestros prógimos necesitados y desvalidos, en sus necesidades temporales; y tambien podemos darles instruccion, consejo y buen ejemplo, que les sirvan de alivio y reparo en sus necesidades espirituales. En este santo tiempo de adviento, qué mejor preparacion para esperar al Mesías, qué demostracion mas propia de nuestra fé cristiana, que la de visitar los enfermos, consolar á los encarcelados, aliviar á los oprimidos, socorrer al pupilo, al huérfano y la viuda? ¿Qué uso mas piadoso y justo de los

bienes, cada cual en proporcion á los que posea, en lugar de invertirlos en festines y banquetes, en bailes y distracciones pecaminosas, en las cuales apenas se puede estar sin ofender á Dios? Y cuando esto no sea, ni se pueda en manera alguna, ¿quién será el que con razon y verdad se escuse de dar un buen ejemplo á sus hermanos frecuentando los Santos Sacramentos, estimulándolos á que hagan lo mismo, asistiendo á las fiestas de la Iglesia, oyendo la palabra divina con fruto y explicando los misterios de la fé á los que los ignoren? Ninguno, absolutamente ninguno puede dispensarse, porque ninguno hay en el pueblo cristiano que deje de estar en posibilidad de hacer algo, si ya es que no lo puede todo.

Y ved aquí, señores, cómo nos dá Jesucristo á nosotros sus divinas su-

blimes lecciones de fé con las obras, y como nosotros podemos imitarlas. Lo demas de nada sirve ni importa. Decir, yo soy Cristiano, yo tengo la fé de la Iglesia, yo creo todo lo que cree y enseña, es imitar á los demonios, dice Santiago; ellos creen tambien y se estremecen; pero su fé es estéril, violenta y forzada, pues como no están ya en estado de hacer buenas obras ni merecer, por eso su fé de nada sirve ni aprovecha. ¡Infelices los Cristianos que están en el mismo estado de abandono y perdicion! Desgraciados los que se contentan con una fé de palabras y que jamas la demuestran con sus obras. Ni imitan á Jesucristo, ni á su precursor el Bautista aprisionado.

Aprisionado he dicho: he aquí la leccion de fé que nos da tambien con sus obras San Juan, y es el segundo punto.

No vayais á creer, señores, que San Juan dudaba ó no conocia al Mesías, cuando envió á sus discípulos para que le preguntasen; lo hizo por ellos, no por él. Lo conocia desde antes de nacer; lo estaba predicando y anunciando á las gentes, preparándole los caminos, exortando á penitencia con la voz y el ejemplo; era su Profeta, su Apóstol ante el mundo y sus potentados, cuyos vicios increpaba y reprendia con tanto celo y firmeza inexorable, que le merecieron ser entonces encarcelado, y despues decapitado. Con mas verdad que Pedro podia decir: no solo estoy preparado para ir contigo á la carcel y á la muerte, si que te precedo, voy delante y ya estoy en ella. Y cuidado que el Bautista por lo mismo que precedió á Jesus en su sacrificio, no tenia aun su ejemplo que imitar, como

nosotros. Esta si que es fé en las obras. Si Jesucristo demostró la verdad de su mision divina haciendo milagros, Juan la demostraba sacrificándose por la verdad misma. En prision estaba cuando oyó las obras de Cristo, y desde la prision envió á sus discípulos: *cum audisset in vinculis ópera Christi*; ; Qué leccion tan edificante é instructiva! ;Quién de vosotros está dispuesto á otro tanto? ;Cual es el que, en un caso dado y muy posible en los tiempos calamitosos que alcanzamos, entre la deshecha borrasca anti-religiosa que estamos corriendo, hace medio siglo, se halla preparado á ser mártir de Jesucristo y á morir por la fé? Pregúnteselo cada uno á sí mismo, mida sus fuerzas, examine el estado de su corazon, y responda; pero responda con obras, no con palabras.

No pudo ser mas eficaz, demostrativa y elocuente la leccion del Bautista. Como él sabia bien que Jesus era el verdadero Mesías, y como por sostener la pureza de su doctrina estaba en prision dispuesto á ser con su cabeza el premio de una sacrilega promesa, de un impio perjurio, de una danzarina lasciva, y el espectáculo de un brutal convite, por si sus lecciones eran todavia ineficaces y estériles á sus discípulos, los envió á que oyeran y vieran otras mas poderosas en la fuente de la verdad y de la fé misma. Con el language mudo, pero enérgico de los hechos, dijo á sus discípulos; ved por qué causa estoy preso; pues esa es la del verdadero enviado del Cielo: si aun asi no os convenceis, id, preguntadle, oid y seguidle. En efecto, eso hicieron los discípulos de Juan; el Evangelio lo

dice; de ellos, pues, tenemos tambien que aprender fé, demostrada con obras. Es el punto 3.º

La conducta que observaron los discípulos del aprisionado precursor de Cristo luego que recibieron de este Señor, por medio de la espectacion de estupendas maravillas la respuesta á su embajada, es la misma que nosotros debemos observar, si es que queremos acreditar con las obras nuestra fé. Desde entonces se hicieron discípulos de Jesucristo, no se separaron jamás de su escuela, y cuando llegó el caso, cuando les tocó su vez, demostraron á la faz del mundo, ante el Cielo y la tierra, cuán bien tenian aprendida la leccion de ambos maestros. Si Juan los envió desde las prisiones, ellos tambien estuvieron despues en prisiones; si Juan murió por Jesucristo y por su fé, ellos mu-

rieron por la misma causa; y si Jesus les probó con milagros la verdad, ellos por el celo é interés con que salieron por el mundo á predicar la misma verdad merecieron el dón gratuito de los milagros que Dios les concedió para que por su ministerio triunfase la fé en toda la tierra.

¿Y nosotros, Cristianos, damos el primer paso que dieron estos discipulos, cual es el de ir á preguntar la verdad al divino oráculo de la fé, que es la Iglesia representante de Jesucristo? ¿Y si la preguntamos y si la oimos y aprendemos, nos adherimos á ella con tanta fidelidad y amor como los discipulos del Bautista? ¡Ah! ¡Mucho habia que decir sobre esto! ¡Es bastante que hayamos recibido el Bautismo, que hayamos aprendido los misterios y doctrina de la fé, (si es que todos la aprenden como es debido),

que alguna que otra vez cumplamos con las obligaciones de Cristianos? Pero y seguir á Jesucristo sin separarse jamás, y estar dispuestos á dar por él la vida, y hacer obras milagrosas de caridad, que son las de la fé, en favor de nuestros prógimos y á la vista del mundo? Los discipulos no se contentaron con oir y ver lo que ante ellos hizo el Salvador; se quedaron con él para seguirle toda la vida é imitarle en la muerte. Nosotros no debemos contentarnos tampoco con ser Cristianos y aprender la doctrina de la fé; es preciso practicarla, es preciso acreditar con las obras que la tenemos y que seguimos á Jesucristo. «En esto conocerán que sois mis discipulos, decia el mismo Señor, si haceis las cosas que yo os he enseñado.» La perfeccion verdadera del Cristianismo consiste en esto; lo de-

mas lo hace cualquiera. La dificultad no está en creer, sino en obrar conforme á lo que se cree.

Mas pongamos de relieve y retratemos al natural la conducta de los Cristianos con respecto á sus creencias y á sus obras: veremos un monstruo horrible, imposible de definirse ni esplicarse. Con sus obras dicen lo que el adagio inmoral de los hombres perdidos: «Echame artículos, y quitame mandamientos:» frase de que ya Santiago se hacia cargo en su carta canónica: si uno dijera á otro, maniéstame tu fé sin obras, pediria un imposible: mejor seria que dijese: yo te manifestaré por mis obras mi fé.

A las obras se dirigen los mandamientos; la fé no se ve; lo mismo es que se diga creo mucho, que creo nada, si á los ojos de todos no se prueba la fé y creencia de todos los artículos

con la observancia de todos los mandamientos.

Asi, pues, señores, Jesús, verdadero Mesías, Juan Bautista, su precursor, y los discípulos de éste, todos nos enseñan, segun el Evangelio de este dia, que nuestra verdadera fé cristiana consiste en las obras: con ellas probó Jesús que era el enviado de Dios; con ellas probó San Juan que creia en él y lo reconocia, y con ellas nos enseñaron los discípulos el modo de creer y de probar nuestra fé. Supuesto que estamos convencidos plenamente con todos estos testimonios de que Jesucristo es el que habia de venir el Mesías prometido, y que su Religion santa, á la que felizmente pertenecemos, es la verdadera, la única que el mismo Señor bajó del Cielo y la estableció en el mundo, naciendo en un pesebre y

muriendo en una cruz, no demos á los estraños el escándalo de contradecir con nuestras malas obras, en este santo tiempo, la santidad de la fé que profesamos. Imitemos á Jesus, á San Juan y á los dos discípulos; sigamos al Salvador por donde quiera que vaya, haciendo obras buenas de caridad y misericordia en lo temporal y espiritual, para que todos conozcan por ellas la bondad y grandeza de nuestra fé. Vivamos con Jesucristo y como Jesucristo quiere y manda: seamos buenos discípulos suyos en la vida, para que despues merezcamos en la muerte el premio eterno de la gloria. Amen.

J. M. X.



SERMON

para la Dominica tercera de Adviento.

EVANGELIO DE SAN JUAN, CAP. 1, V. 20 Y 23.

Como San Juan envió su legacia á Jesucristo para saber si era ó no el Mesías, así los judios enviaron la suya á San Juan para que les dijese quién era. Enviaron los judios, dice el Evangelio de este dia, desde Jeru-

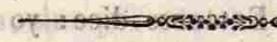
muriendo en una cruz; no demos á los estraños el escándalo de contradecir con nuestras malas obras, en este santo tiempo, la santidad de la fé que profesamos. Imitemos á Jesus, á San Juan y á los dos discípulos; sigamos al Salvador por donde quiera que vaya, haciendo obras buenas de caridad y misericordia en lo temporal y espiritual, para que todos conozcan por ellas la bondad y grandeza de nuestra fé. Vivamos con Jesucristo y como Jesucristo quiere y manda: seamos buenos discípulos suyos en la vida, para que despues merezcamos en la muerte el premio eterno de la gloria. Amen.

J. M. X.



SERMON

para la Dominica tercera de Adviento.



¿Tu quis es?... Non sum.
 ¿Tú quién eres?... No soy.

EVANGELIO DE SAN JUAN, CAP. 1, V. 20 Y 23.

Como San Juan envió su legacia á Jesucristo para saber si era ó no el Mesías, así los judios enviaron la suya á San Juan para que les dijese quién era. Enviaron los judios, dice el Evangelio de este dia, desde Jeru-

salen sacerdotes y levitas á Juan para que le preguntasen quién era: y confesó y no negó: y confesó diciendo yo no soy Cristo: y que así pues le preguntaron: ¿pero qué eres tú, Elias? y dijo: No soy: eres Profeta? y respondió: no; le dijeron, pues ¿quién eres, para que llevemos respuesta á los que nos han enviado? Qué dices de tí mismo? Entonces dice: yo la voz del que clama en el desierto: dirigir el camino del Señor, como dijo Isaías Profeta. Y los enviados pertenecian á los fariseos. Y le preguntaron y le dijeron: ¿por qué pues bautizas si tú no eres Cristo, ni Elías, ni Profeta? Juan les respondió diciendo: «yo bautizo en agua: en medio de vosotros se ha presentado el que no conocéis: ese es el que ha de venir despues de mí, el que ha sido engendrado antes que yo: del cual no

soy digno de desatar la correa de su zapato. Todas estas cosas pasaron al otro lado del Jordan, donde San Juan estaba bautizando.

Este es, señores, literalmente todo el Evangelio que hoy canta la Iglesia y pone á nuestra consideracion. San Juan preguntado no por discipulos humildes y piadosos como Jesus, sino por astutos é hipócritas fariseos, no hace milagros, ni habla, ni dice de sí mas que una absoluta negacion á todo: ¿quién eres? ¿Eres Elias? ¿Eres Cristo? ¿Eres Profeta? ¿Qué dices de tí mismo? ¿Qué nos dices para que llevemos respuesta á los que nos han enviado? Así le urgen, le instan, le obligan, le comprometen. Pero él á todo y por todo les responde: no soy, no. Cuando mas se ve precisado, añade: la voz del que clama en el desierto, eso soy yo. Voz,

sin persona que la lance y pronuncie, es nada; luego cuando parece que dice más, entonces dice menos: yo soy voz; esto es, nada: *non sum*.

Señores, yo recuerdo aquí y comparo aquellas misteriosas palabras con que habló Dios á Moyses en la ardiente zarza de Horeb, diciéndole: *yo soy el que soy*, que significan la mayor grandeza del que existe por sí mismo; con las de San Juan, que dice siempre, *no soy*, y halló en estas la demostracion de la humildad mas profunda y misteriosa. Con ellas es preciso apostrofar hoy á los Cristianos de todas clases, categorías, edades y condiciones, sacarles los colores al rostro, en nombre de Dios y del Evangelio.

Sí, yo tomaré en una mano el terso espejo del Bautista Santo, Profeta, precursor de Cristo, y en la otra

á cada cual de vosotros, el que se crea mas elevado, y lo presentaré en todos los estados y fases de su vida natural y social, para obligarle á que me responda como él: *non sum*: no soy nada, absolutamente nada.

Soberbios envanecidos, que no cabéis en el mundo de necio orgullo y fatuidad, ó por vuestros talentos, ó por vuestros teneres, ó por vuestras prendas personales, ó mas bien y cuasi siempre por vuestra insipiente y locura *quid autem habes quod non accepisti?* Os diré con el Apóstol: ¿qué teneis de todo eso que no hayais recibido? Y si lo habeis recibido, ¿por qué os gloriáis como si fuese vuestro? *¿Tu quis es?* ¿Quién eres tú de tí y por tí mismo, sin que lo debas á nadie? Antes fuisteis nada; ahora sois nada, y despues sereis nada: *non sum*.

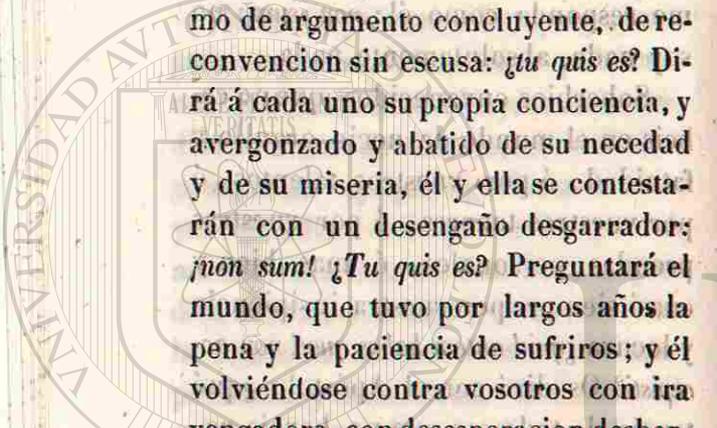
¡Oh! ¡Y qué Evangelio tan ins-

tructivo! ¡Qué lección tan terrible! El del juicio universal es el único que se pondrá á su lado: con este se formará aquel y servirá al Juez Supremo de argumento concluyente, de reconvencción sin excusa: *tu quis es?* Dirá á cada uno su propia conciencia, y avergonzado y abatido de su necedad y de su miseria, él y ella se contestarán con un desengaño desgarrador: *non sum!* *¿Tu quis es?* Preguntará el mundo, que tuvo por largos años la pena y la paciencia de sufriros; y él volviéndose contra vosotros con ira vengadora, con desesperación desbordada, os hará bajar entonces la altiva cerviz, diciendo entre dientes: *non sum!* *¿Tu quis es?* Es lo que os preguntará el Juez Supremo. ¡Ah! ¡Quién podrá sufrirlo! ¡Oh! ¡Quién se pudiera ocultar en las entrañas de la tierra! ¡Quién hallára un agujero en la

base de la mas alta montaña para cubrirse con ella! *¿Tu quis es?* ¡Miserable! *Responde mihi!* ¡respóndeme! ¡Y qué direis á Dios? *Non sum.* No hay otra respuesta: no habrá mas que decir.

La conciencia propia y culpable, el mundo escandalizado, Dios ofendido preguntarán: y lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos responderán. Este es el proyecto que yo he formado, porque he creído que os será el mas útil. Dios haga que mis palabras os sean hoy de vida eterna, y que se os fijen profundamente en la memoria para nunca olvidarlas, y sus consiguientes y saludables efectos en el corazón.

Pidamos la gracia al Divino Espíritu, por la intercesión de la Virgen.

AVE MARIA. 

—186—
...no resp. a. n. o. m. ...
...p. n. e. ...
...r. e. s. p. o. n. d. e. m. e. ...
...d. i. c. i. t. ...
...r. e. s. p. o. n. d. e. m. e. ...

¿Tu quis es?... Non sum.

¿Tú quién eres?... No soy.

EVANGELIO DE SAN JUAN, CAP. 1, V. 20 Y 25.

Cristianos, es indudable que el juez mas severo, y al propio tiempo el testigo mas intachable en el tribunal de Dios, será nuestra misma conciencia. Ella haciendo siempre el doble oficio de acusador molesto é insufrible, y el de magistrado recto nos está día y noche punzando, acusando, reprendiendo, y dando en cara con nuestro origen, con nuestros antecedentes miserables en el orden físico y en el moral. Con lenguaje sé-

rio, pero verdadero nos pregunta, en tono amenazador é intimidante: ¿*Tu quis es?* ¿Quién eres tú, pobre, necio, hombre obcecado? ¡Tierra, lodo, corrupcion, nada! De allí has venido: la podredumbre es tu padre, y los gusanos tu madre; el Santo Job te lo dice, y yo te lo repito, porque te avergüences: ese es tu físico; ese es tu cuerpo; ese cuerpo que regalas, que adornas y engalanas, sin recordar ni tener presente que esas galas y esos regalos son los trofeos que el diablo te dejó en premio del engaño que de tus padres obtuvo, cuando les hizo pecar.

Pues bien, así mira y dime, según eso, ¿quién eres en tu ser moral? Yo te he recordado y tú no negarás lo que el mismo Rey Profeta confiesa de sí á boca llena, y lleno él de amargura: yo soy concebido en iniquida-

des, y mi madre me parió en pecados. Luego, ¿á qué tanto orgullo y soberbia? ¿A qué presentarte como hombre justo y recto? Si algo bueno tienes que alegar en tu favor acerca de tus primeros pasos, á Dios lo debes, de su gracia divina procede, no es tuyo.

Y de verdad, señores, que el Espíritu Santo repite á cada paso en las Santas Escrituras, que el hombre no tiene de sí otra cosa que mentira y pecado: y esto desde el momento mismo en que es animado en el seno de su madre. Hijo de una descendencia malvada, formado de una masa infecta y corrompida, él sería siempre malvado tambien y permanecería para la eternidad inmundo y perdido, si Dios no se apiadase de algunos á quienes hace nacer en tierra de Cristianos, según el divino beneplácito

de su libre voluntad, dice el Apóstol. De justicia no debe el Señor á ninguno mas que la muerte y el infierno; si preserva á unos de tanto mal, y á otros no, estos no pueden quejarse y aquellos tienen que agradecerse. Este es el insondable misterio y dogma católico de la predestinacion, que aunque incomprendible, no deja de tener algunas semejanzas materiales que nos permitan y faciliten ver todo el lleno de su justicia. El Apóstol San Pablo se explica así: de la misma manera que el alfarero de una gran pila de barro hace vasos para honor y otros para contumelia, así Dios de la gran masa corrompida del género humano toma, elige y asperja con la sangre preciosa de su Hijo una porcion y los llama á su Iglesia, á su gracia y á la salvacion, porque es su voluntad, y deja allí los demas

á que sufran la suerte que el pecado de su origen les deparó. ¿Dirá el vaso al alfarero, por qué me hiciste así? Pues tampoco el hombre que no es llamado á la Iglesia, al conocimiento de Dios y á la gloria tiene de qué, ni por qué quejarse. Con el llamado Dios hace misericordia y gracia; con el que no es llamado obra en justicia: de otra suerte la gracia si fuese á todos debida, no seria gracia; son expresiones terminantes de San Agustin.

Aquí me viene perfectamente la oportunidad de reprender las temerarias blasfemias con que la ignorancia y avilantez de gentes tenidas por inteligentes en todo, sin saber de nada, echándola de filantrópicos á favor de los infieles negativos zahieren á Dios y le arguyen de injusticia, porque les ha hecho nacer en países bár-

baros, en donde ninguna noticia tienen, ni pueden tener del Evangelio, ni de Dios. Harto mejor fuera que estos habladores se dedicáran ellos á mirar por sí mismos, y á corresponder á la gracia que el Señor les ha dispensado, trayéndolos al gremio de la Religion, sabiendo, como deben saber, que si Dios los trajo misericordiosa y gratuitamente, no los salvará sin ellos, sin que ganen la gloria, sin que correspondan á su divina gracia. «El que te hizo sin tí, no te salvará sin tí,» dice San Agustin. Doble pena tendrán que los infieles; porque al fin estos podrán decir: Señor, yo no te conocí; pero los blasfemos Cristianos no tendrán excusa.

Para comprender y justificar la conducta de Dios con los infieles ningún argumento mas adecuado y lógi-

co que el del simit del alfarero, de que usa San Pablo. Bueno seria que por haber el Señor obrado con nosotros en misericordia, quisiésemos creernos autorizados para reprender y motejar su justicia. Sin embargo, los infieles negativos tienen la ley natural impresa en su alma, como en la de todos, al nacer: si la observan y no cometen pecados actuales, Dios tendrá misericordia de ellos, y por medios extraordinarios les enviará ministros que les anuncien el Evangelio y les den el Santo Bautismo, como envió á San Pedro á la casa del Centurion Cornelio y á San Felipe al Eunuco de la reina Candacis; ó en fin, como en nuestros dias los está enviando á la China, al Indostan y á todos los países bárbaros é infieles. Mas si no lo hace, ó no se compadece de todos, adoremos su justicia y coo-

peremos nosotros á su gracia, que nos libró de tamaños males, sin méritos algunos de nuestra parte.

La conciencia, pues, no podrá menos de avisar allá en lo interior á cada uno, de estos antecedentes, y su juicio será insoportable y sin excusa. Engañar á los demas con hipocresía es muy fácil; engañarse á sí mismo, no tanto; burlarse de los otros es moneda corriente en el mundo; pero burlarse de sí propio es imposible, ó cuando menos en el mismo engaño irá la penitencia y la pena. Mas como la hipocresía y la mentira no son duraderas, como al fin todo llega á publicarse, como el mundo viene al cabo de muchas observaciones y cotejos de obras y palabras, á conocer á cada cual segun es, su escándalo y exasperacion es mayor, y su juicio mas terrible. Y hé aqui las dos clases

de gentes á quienes él juzga y juzgará sin piedad, no solo al presente sino ante el tribunal de Dios; pero es esta la materia del segundo punto.—

Sí, señores, el mundo ofendido por los escandalosos y por los hipócritas, á la corta ó á la larga deja caer sobre ellos su vara censoria que los abruma de vergüenza y de confusion. No hay ente mas intolerable en el mundo que un hombre vano y soberbio; parece que la igualdad de naturaleza suministra en la sociedad una arma poderosa para hacer la guerra á todo aquel que se quiere elevar sobre los otros. Y si las leyes positivas no pudiesen á los hombres en el caso de someterse á otros, y la razon no les inspirase la necesidad de obedecer y sufrir por el buen orden y por el bien general, seria el mundo un perpetuo

campo de batalla, y al mismo tiempo un infierno anticipado, en que los orgullosos pagasen su merecido, y los males que causan á sus semejantes. Pero si el orden social exige esos sufrimientos, el orden moral autoriza á todos para que tomando la ley de Dios en la mano se vuelvan hácia los soberbios, siquiera sean los mas poderosos, y les digan con el Evangelio: *Tu quis es?* Por lo mismo que estás en alto puesto deben ser mas brillantes tus virtudes y buen ejemplo: pero lo que vemos que eres es escandaloso, tirano, licencioso, usurpador, malvado; y asi ante el buen sentido, ante la censura y el recto juicio de la virtud, preciso será lo confieses: no eres lo que debias ser; no eres nada: *non sum.*

¿Y qué, si en público y á voz en cuello no se hacen esas reconvencio-

nes á los poderosos, allá en las reuniones privadas, entre las personas particulares, y principalmente las que son víctimas del orgullo, del escándalo, de la perversidad de esos entes malignos, no se les dirijen los mas punzantes apóstrofes, y hasta las amenazas mas desesperadas? ¿Y este fuego de resentimientos ocultos y mal disimulados, no llega al fin á pronunciarse en voraz incendio y á estallar en desastrosos tronidos? Llenas están las historias de sucesos que lo confirman; rara vez ha salido del mundo sin el condigno castigo un privado que se elevó demasiado, ó un magnate que abusó de su posición brillante para oprimir indebidamente, para escandalizar con sus desórdenes, y para insultar la virtud y la honradez, sin miramiento y con el mayor cinismo: nosotros tenemos

muchos lances y hechos análogos en nuestros dias.

Pero demos de barato, que esos soberbios no sean por algun tiempo escandalosos, sino que reine la disimulacion y la mentira, encubriendo entre el velo del misterio y de la hipocresía su orgullo, sus vicios y maldades. Y cuando llegan á descubrirse, cuando su soberbia aparece con su negra faz en toda su horrible desnudez, cuando los pobres oprimidos se aperciben de los males que les han causado ¿no es mil veces mas terrible el estallido de su indignacion? Y tengamos entendido que Jesucristo prometió en el Evangelio que nada habria oculto que no se descubriese. ¿Y cómo no se han de descubrir las perversas marañas de los hombres vanos y orgullosos, si no pueden menos de sentirse sus efectos? Aquellos escribas

y fariseos hipócritas, á quienes el Salvador llamaba sepulcros blanqueados, por mas que ellos fingian celo, pureza y virtud, dejaron al fin de aparecer tan malos como realmente eran? tan interesados, tan crueles, tan sacrílegos, tan impíos que por no perder su posicion y prestigio, perdieron á Jesucristo, perdieron su nacion y se perdieron ellos? ¡Oh! ¡Y cuántos de estos hay en el mundo, en la sociedad culta en que vivimos, y en el pueblo cristiano á que pertenecemos! Vosotros que los sufris, vosotros que con vuestros sudores contribuis al boato insultante de esos orgullosos elevados de improviso en brazos de la inmoralidad y de las malas artes, ducidme, ¿cuál será vuestra ira y desesperacion el dia en que llegueis á penetrar los destinos que lleva vuestra sangre y el bien que resulta de

sus falaces promesas y religiosidad hipócrita? ¿Cómo les sacariais los colores al rostro á esos nuevos fariseos si les preguntaseis el *tu quis es?* Qué responderian si les dijeseis de esta manera: vaya, señores Apóstoles de una felicidad que nunca vemos: vamos á las obras y con ellas acreditarlos que sois tan religiosos, tan cristianos, tan católicos como decis y predicais: ¡ah! Entonces tendrían que responder sin remedio el *non sum*: haced lo que os decimos y no hagais lo que hacemos: nuestra religion, y nuestro patriotismo está en las palabras: con respecto á las obras *non sum*: nada, todo charla y mentira.

Pero, Cristianos, no se disipe nuestro celo en declamaciones contra los demas; porque si los potentados del mundo escandalizan con su orgullo desmedido y soberbia vana, sin con-

siderar lo que son , cada cual de nosotros tiene su tantito de amor propio, su poco ó mucho de vanidad; y no creo que deje de cuadrar á cada uno el *tu quis es?* Confesadme en puridad una vez siquiera: ¿hay alguno que crea de sí mismo lo que realmente es? ¿Qué en la parte física no es mas que tierra y ceniza, que se corrompe, evapora y disipa al menor soplo del viento: que en la edad mas robusta y fuerte viene un accidenté cualquiera y convierte en un frio y hediondo cadáver el esplendor del mas elegante y empavonado jóven, y de la adornada y coqueta mozuela? ¿Qué en la parte moral vuestra vida toda en pensamientos, obras y palabras no es mas que un tejido de pecados é infracciones de la ley divina? ¿Luego á qué ese orgullo que os ciega, esa loca vanidad que os irrita y saca

fuera de sí cuando ois, ó entendeis que se os pospone á otros en cualquier concepto? ¿No será mayor vergüenza el que os pregunten quién sois, y os convenzan de que sois nada?

Ese mismo mundo que tanto halaga y engaña á sus hijos necios, en las ocasiones en que mas se confia y espera de él, da el premio del desprecio, y abate la vanidad de los que mas altos se creian á sus ojos. Recorra cada uno la historia de su vida y verá como indudablemente ha recibido mas de una vez estos tristes desengaños. No creo que haya un hombre en toda la gran familia del género humano que se haya librado de azares y contratiempos terribles, que alguna vez le obligasen á entrar en sí mismo y decirse á sus solas: yo creia que era algo de importancia, pero ahora

veo que me desprecian y que no soy nada: *non sum*.

Pero cuando hubiese alguno tan afortunado á quien la suerte, si así puede llamarse, de la baja adulacion y falsa lisonja se le riyese siempre, sin engañarle en ninguna ocasion, ni faltarle nunca, aun le falta todavía ver cómo sale del último tribunal; esto es del juicio de Dios, ante el cual todos hemos de sufrir irremediabilmente el mismo interrogatorio.—Es el punto tercero.

En este santo y recto tribunal, el supremo de todos, del cual no habrá apelacion ni alzada, sí que seremos todos iguales, todos medidos con una misma vara y todos interrogados: *¿tu quis es?* Y en el cual ni uno solo dejará de responder: *non sum*. Los grandes como grandes, los pequeños como pequeños, los ricos como ricos, los

pobres como pobres, los sábios como sábios, y los ignorantes como ignorantes, todos y cada uno en proporcion de lo que hubiese recibido de talentos, de fortuna, de bienes temporales y de gracias espirituales oirán el tremendo y aterrador: *¿tu quis es?* Al que mucho se le haya dado, mucho se le pedirá: poderosos soberbios, que ahora á vuestras anchuras oprimis la inocencia desvalida, é insultais la pobreza humilde con esas profusiones escandalosas, con ese lujo desmesurado, con esos gastos en caprichos y locuras profanas é indignas de Cristianos, y desdeñais siquiera mirar al mendigo, consumiendo acaso lo que no es vuestro en sostener la manía de llevar un caballo enjaezado, ó un perro de moda, sin tener presente que con eso pudierais consolar la angustia de una familia,

¿es ese el uso que habeis hecho de los bienes que yo os permití adquirir por buenos ó malos medios? Confesadme que habeis sido escandalosos y malvados en el mundo, verdugos de la humanidad y de vosotros mismos, y ahora en mi presencia nada atendibles, menos que el último de la plebe, peores que los demonios: *non sum.*

Y vosotros pobres miserables, á quienes para prueba envié trabajos y penalidades, quien sois: *tu quis es?* ¿Acaso pensais que engañando al mundo, me engañabais á mí, y que no veia en vuestro corazon un fondo de vanidad y soberbia con el que queriais hacer de la necesidad virtud, presentándoos al mundo como humildes y resignados; cuando os devoraba el ansia por las riquezas y una sed febril é intolerable por teneres? Yo veo

mas claro que vosotros y que todos: confesadme, pues, que erais hipócritas, impacientes y soberbios á vuestro modo: que arrastrando arapos de miseria, haciais alarde de virtuosos sin serlo, y pasándolo mal no os conformabais sino que blasfemabais contra mí: en una palabra, no sois, ni habeis sido lo que aparentabais y los demas creian: *non sum.*

Del mismo modo y con tan incontestables argumentos preguntará á los sabios y á los que no lo son, al que le dió diez talentos, al que le dió cinco y al que le dió uno; y siendo de todos juez y testigo durante la vida y en la eternidad; no pudiéndosele ocultar nada, ni aun el pensamiento mas recóndito, vendremos por dura necesidad á decir sin excepcion el *non sum* del Bautista.

Sin duda, Cristianos, que ninguno

ha pensado hasta ahora en el último fin á que vendrá á parar la soberbia y el orgullo necio, ya público, ya hipócritamente disimulado: ninguno ha querido tener presente que lleva en sí mismo el juez inexorable de su propia conciencia; que vive en un mundo que sabe aprovechar las ocasiones de abatir el orgullo de cualquiera, y que tiene que presentarse al juicio de aquel Señor que juzgará las mismas justicias: su conciencia culpable, el mundo escandalizado y Dios ofendido le preguntarán, si en efecto era algo para tener vanidad; y él confundido se verá obligado á confesar ante el Cielo y la tierra que siempre fué nada: *non sum*.

Para librarnos con tiempo de un suceso tan vergonzoso, humillante y fatal, humillémonos á nuestros propios ojos, conociendo nuestra mise-

ria y nuestra nada; humillémonos á los del mundo, haciendo de corazon y con las obras que todos nos conozcan por humildes, sin bajeza y por virtuosos sin presuncion, siéndolo realmente; humillémonos ante Dios, confesándolo y reconociéndolo por autor de todo lo que somos y tenemos. Dios resiste á los soberbios y á los humildes da su gracia. Imitemos al Bautista, diciendo siempre y á todos: *non sum*. Yo no soy nada, ni sabio, ni virtuoso, ni hombre grande: no soy digno de respeto ni atencion, ni valgo nada: *non sum*. Si algo hay en mí de recomendable es de Dios, á Dios lo debo y á su divina gracia: *gratia Dei sum id, quod sum*, repitamos con el Apóstol. Y procuremos todos los dias poder dar igual contestacion á nuestra conciencia, al mundo y á Dios, y que en el tremendo juicio de este Se-

ñor, seamos justificados y conducidos á la eterna mansion de los humildes, que es la gloria. Amen.

J. M. X.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMON

Para la Dominica cuarta de Adviento.

Vox clamantis in deserto... Parate viam Domini; rectas facite semitas ejus.

La voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus caminos.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, CAP. 3. V. 4.

La Iglesia, nuestra santa y piadosa madre, empieza el oficio de este día anunciándonos la próxima venida de

ñor, seamos justificados y conducidos á la eterna mansion de los humildes, que es la gloria. Amen.

J. M. X.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMON

Para la Dominica cuarta de Adviento.

Vox clamantis in deserto... Parate viam Domini; rectas facite semitas ejus.

La voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus caminos.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, CAP. 3. V. 4.

La Iglesia, nuestra santa y piadosa madre, empieza el oficio de este día anunciándonos la próxima venida de

nuestro adorable Redentor. Cerca está ya el Señor, dice, venid y adoremosle. *Prope est jam Dominus: venite adoremus.* Enlaza también el Evangelio con el del anterior domingo y completa el sentido que en aquel quedó pendiente, para completarnos la instrucción debida acerca de los dignos preparativos con que hemos de recibirle. Allí nos presentó negativo siempre al Bautista, aquí hablando en todo y convertido en voz: en aquel reducido á la nulidad mas humilde, en este obrando y haciendo obrar á todos en el camino de la salvacion: entonces diciendo que él no era ni Mesías, ni Elías, ni Profeta; ahora reproduciendo en sí la persona y el encargo de Isaías, clamando como él: «preparad el camino del Señor; enderezad y haced rectos sus caminos; porque todo valle se alzará y todo

monte y collado se humillará, y los terrenos escabrosos se pondrán espeditos y los ásperos quedarán convertidos en senderos llanos, y toda la carne verá la salud del Señor.»

Ahora en el Bautista es todo voz, y voz que clama, despierta, instruye y edifica: voz que reprende, amenaza y promete: voz que arranca, destruye vicios y pecados, y planta y edifica virtudes y buenas obras: vedlo si no. Su habitacion en el desierto condena las disipaciones del mundo y enseña que para salvarse es menester huirle: su vestido de pieles es una reprobacion severa contra el lujo y la vanidad de los mundanos: su alimento de langostas y miel silvestre clama contra la gula y glotonería de los que no tienen mas Dios que su vientre; su bautismo de penitencia habla enérgicamente contra la molicie y ociosidad

de los que quieren salvarse sin hacer nada, ni dejar la vida del mundo. ¡Oh! ¡Qué Maestro tan sábio y edificante! ¡Qué lecciones tan poderosas é instructivas: muy mal haremos si no nos aprovechamos de ellas. Jesucristo nuestro Salvador, va á nacer espiritualmente en nuestras almas; pero es con la precisa condicion de que se las tengamos bien preparadas. Los tortuosos caminos de los vicios y amor al mundo por donde hasta el presente hemos marchado es preciso enderezarlos. Pero hay un camino que parece recto al hombre, dice el sabio, mas su conclusion lleva á la muerte. Vivimos muy engañados, si creemos que por medio de una vida blanda y delicada, con unas obras indiferentes entre malas y buenas, dando á Dios la mitad del dia y la otra mitad á su enemigo: ó acaso con

una vida regular, al parecer, en la que se evitan los crímenes atroces y escandalosos, pero no aquellos que se ocultan á la vista del público, y quedan en el secreto de dos paredes, ó en el corazon del hombre, lo tenemos todo hecho. Este es un engaño, porque si el mundo y la Iglesia no juzgan de las cosas ocultas, juzga aquel Dios á quien ningun pensamiento se oculta.

El Bautista en el desierto y á las orillas del Jordan, nos predica penitencia y fuga del mundo, de sus máximas y costumbres: nos exorta á preparar el camino para su venida y á rectificar nuestras acciones malas y torcidas; porque el Dios que ha de nacer es la misma rectitud y santidad por esencia, y no está en el órden que encuentre en nosotros cosa que ofenda los ojos de su Divina Ma-

jestad, como dice un padre de la Iglesia. No es, señores, una reduplicacion inútil, ó un mero adorno de elegante locucion esa cuasi sinónima exhortacion que nos dirige el Bautista, diciéndonos: *parate viam Domini: rectas facite semitas ejus*: preparad el camino del Señor: haced rectas sus sendas. El Bautista no era uno de los fraseólogos locuaces de nuestro siglo palabrero, que llenan con larguísimas peroratas el tiempo y el papel, y entretienen y ocupan la atencion del auditorio hasta cansarlo sin decir nada en sustancia, sin producir una idea nueva, ni presentar una verdad importante; aunque íntimamente enlazadas y consiguientes, se distinguen sin embargo las dos partes de la exhortacion de San Juan, como se distinguen los pecados de omision de los de comision, y las obras buenas de

las malas: bien se pueden hacer buenas obras y tambien malas, como sucede á los que dividen su corazon entre el amor de Dios y el del mundo, y van por la mañana á la iglesia y á la oracion y por la tarde á las distracciones y espectáculos mundanos. Tambien es posible no hacer cosas malas, pero ni tampoco buenas; que es exactamente la conducta y el estado de aquellas alma: frias é indiferentes, que Dios aborrece tanto en el Apocalipsis: del mismo modo en cuanto á los pecados, es muy posible que se incurra en los de omision y no en los de comision y viceversa, como el que no santifica las fiestas hace un pecado de omision, y no lo hará de comision si no quebranta un precepto negativo ó prohibitivo, como no hurtar, no mentir, ect. Todo esto, pues, se distingue, porque se distin-

guen los preceptos, á pesar de que la ley del Señor induce la misma obligacion con respecto á unos y otros.

Hé aquí la sublime verdad que yo entiendo espresa por el Bautista en esa repetición de términos; nos estimula á preparar el camino del Señor, es decir, nuestras almas con las buenas obras; y á seguida añade que rectifiquemos y pongamos espeditas y rectas sus sendas, limpiando estorbos y apartando peligros; esto es, evitando las acciones malas. Vedlo todo en un punto de vista claro y sencillo: el Bautista con su voz y persona nos escita á hacer penitencia por lo pasado, á obrar lo bueno al presente y á evitar lo malo en lo futuro; así abraza y comprende en un punto toda la vida del hombre, pasada, presente y futura.

Ya está espuesto todo mi pensa-

miento. Sobre sus tres partes voy á reflexionar, ocupando útilmente vuestra atención, aunque con la sencillez y brevedad posibles.

Pidamos antes los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de María Santísima, nuestra Señora.

AVE MARIA.

Vox clamantis in deserto... Pa-
rate viam Domini; rectas facite
semitas ejus

*La voz del que clama en el de-
sierto: preparad el camino del Se-
ñor, enderezad sus caminos.*

EVANGELIO DE SAN LUCAS, CAP. 3 V. 4.

La necesidad de la penitencia, en todos los que han pecado, es de todos los tiempos y circunstancias de la vida, y de todas las edades, estados y condiciones á que pertenezcan los hijos de Adam; «si no haceis penitencia todos perecereis,» decia San Pedro á los primeros judios recién convertidos: «haced frutos dignos de penitencia, repetia el Bautista, y

no digais, tenemos á nuestro padre Abraham, porque Dios es poderoso para suscitar hijos de Abraham de las piedras: ya está la segur puesta á la raíz del árbol; y todo árbol que no dá buen fruto será cortado y echado al fuego.» El hombre justo que predicaba así, se presentaba á las orillas del Jordan y bautizaba á cuantos se le cercaban y acudian á su llamamiento en señal de que entablaban el camino de la penitencia. Nosotros que hemos recibido tambien el Bautismo por la misericordia de Dios, y no el Bautismo de Juan, sino el de Jesucristo, desde luego damos á entender que pertenecemos al número de los adscritos para hacer penitencia. «Todos los que habeis sido bautizados en Cristo, dice San Pablo, os vestisteis del hábito de Cristo;» y este hábito es el de la pe-

nitencia. ¿Cómo se presentaba San Juan cuando bautizaba y predicaba penitencia? Vestido de pieles de camello con una correa ceñida á su cintura. ¿De dónde venia y á donde se retiraba despues? Al desierto se volvía y del desierto habia salido. ¿Cuál era su alimento y sus regalos? Langostas y miel silvestre. No bebia vino, ni licores esquisitos, no comia carne ni cosas inmundas, desde que habia nacido, segun se habia de él profetizado.

¿A quién habeis salido á ver en el desierto? preguntaba Jesucristo, á los que iban á ser bautizados por San Juan: ¿á un hombre vestido blandamente? Pues sabed, que los que viven con lujo y blandamente no estan en el desierto, sino en los palacios de los reyes: ¿á quién habeis salido á ver? ¿á una caña agitada por el

viento? es decir, á un hombre inconstante y versátil en sus propósitos? ¿á un hombre que hoy és penitente y mañana relajado? ¿á un hombre que en tanto pasa una vida austera, y en tanto se deja arrastrar de los placeres? ¿á un hombre que lo mismo sirve á Dios que al diablo? No, Juan és un Profeta y mas que Profeta; és aquel Angel que está dicho, que ha de venir delante de mí á prepararme el camino.

¿Y cómo se presentó Jesus á ser tambien bautizado por San Juan? Vestido de Nazareno, esto es, en hábito de penitente, aunque no necesitaba hacer penitencia, porque era la misma santidad por esencia. ¿Y cuál era su alimento y regalos? Un ayuno de cuarenta dias y un ataque terrible con su tremendo adversario, el diablo. ¿Cristianos, presentes teneis los

dos modelos que debeis copiar; el Bautista santificado en el vientre de su madre, y Jesus santo y justo por esencia se presentan vestidos de penitentes, hacen penitencia, viven en el desierto, ayunan y se mortifican, huyen del mundo y habitan en la soledad. Ninguno, pues, está exento de imitarlos; y con tanta mas razon cuanto que ninguno, por pura y santa que sea su vida, deja de haber sido concebido en pecado: ninguno está limpio de la mancha original, ni aun el infante que solo lleva un dia de vida sobre la tierra, dice el Profeta Isaías. ¿Pero cuál es esa vida tan pura y santa que no haya tenido ni una leve mancha, ni un pequeño deslíz, y que no se vea por sus recuerdos obligado el hombre á clamar al Señor con el Profeta para que le lave de sus pecados ocultos y para que no se acuerde

de los delitos é ignorancias de su juventud, cuando hasta los justos caen siete veces al dia? Señores, no nos alucinemos, ni demos lugar á que el enemigo del amor propio nos ciegue hasta el punto de hacernos creer que somos inocentes. Sin pasion, con santa y noble indiferencia é imparcial criterio juzguémonos á nosotros mismos: todavía, por nuestro propio bien me atrevería á decir; con severidad, con implacable escrupulosidad entremos en cuentas con nuestra vida y acciones todas, examinémosla, y sin duda hallaremos poderosos motivos en lo pasado para hacer penitencia. Si un solo pecado es bastante para llorar eternamente, en dicho del Padre San Fulgencio, ¿cuánto deberá ser el llanto por tantos y tantos pecados como nos revela nuestra vida y reprende nuestra conciencia?

Ahora bien; ¿y si el Bautista hacia y predicaba penitencia cuando anunciaba la venida del Redentor, y la exigia como indispensable preparacion para recibirle: si el mismo Redentor cuando iba á aparecer entre los hombres tambien hacia y predicaba penitencias estaremos nosotros en el caso de oirlos y hacerla? Sí, ó no? De vuestra fé, religiosidad y buen juicio, espero la respuesta; en inteligencia que de ella pende nada menos que la salvacion eterna. No se trata aqui de un negocio transitorio é indiferente, que importa poco hacerlo hoy ó mañana, ó no hacerlo nunca, no es un negocio del mundo; es del alma y de la eternidad; es el de mayor interés y consecuencia; y es de advertir que si ahora no se hace, si se pasa el tiempo, no se hará nunca: vendrá la noche,

esto es, la muerte, y ninguno podrá ya obrar, dice el Apóstol: asi, pues, mientras tenemos tiempo hagamos penitencia por lo pasado y obras buenas por lo presente.

SEGUNDO PUNTO.

Preparad el camino del Señor, clama San Juan: es lo mismo que si dijese: haced buenas obras: no es bastante que hagais la penitencia pronta é indispensable por la vida anterior; la enmienda, la indemnizacion con lo bueno presente de lo malo pasado, es el mejor modo de acreditar la sinceridad de la penitencia.

Pero se trata de preparar nuestras almas para recibir en ellas á nuestro Dios, que viene á enriquecerlas con su gracia. Si hubiésemos de recibir á un Rey, á un alto personage, á un

amigo de respeto y consideracion, que ademas de las cualidades y categoria de su persona y clase, venia á obsequiarnos y favorecernos, qué disposiciones no se tomarian, qué preparativos, qué cuidados, qué esmero, qué exactitud en todo no se pondria para que nuestro hospedage le fuese grato? ;Oh! Cuando los potentados de la tierra echan sus expediciones, seguros estan de la buena acogida y obsequios que se les han de tributar por todas partes; y los Cristianos han de necesitar estímulos, exhortaciones, y avisos á su deber para celebrar como es justo y debido el nacimiento y venida de su Dios, que es su Rey Supremo é inmortal, el potentado mas temible y poderoso, y al mismo tiempo el mejor amigo y bienhechor cariñoso? Esto es incomprendible.

Y cuidado que se trata de nuestro propio bien, de nuestra utilidad: se trata de hacer obras buenas que ellas mismas son provechosas á nosotros mismos; porque ;qué cosa mas útil y ventajosa que la virtud para el que la práctica! Hasta los filósofos decian que esta era el mas adecuado y sublime premio de sí misma. Y realmente, Cristianos; la satisfaccion y el íntimo placer que resulta en el alma que obra bien no es comparable con todos los goces del mundo juntos. Solo puede comprender su valor aquel que lo experimenta. La dulzura pacífica y amable de la virtud está reservada para los que la practican; ;Oh! ;Y qué grande es la multitud y abundancia de las delicias que tienes escondidas y reservadas para los que te temen! esclamaba el Profeta; á los justos los embriagarás, Se-
:

ñor, con las riquezas de tu casa, y les darás á beber en un torrente de delicias; porque en tí está la fuente de la vida y en la claridad de tu luz veremos la luz misma. Yo creo, señores, que por materiales que seamos, por aficionados que estemos, por apegado que tengamos el corazón á las cosas del mundo, alguna vez no podremos menos de haber gozado la felicidad de la virtud y aquel placer espiritual é inesplicable que ella causa. Si en alguna ocasion habeis tenido vuestra conciencia pura y exenta de remordimientos, si en tal ó cual ocasion socorristeis la miseria agra, ó practicasteis cualquiera obra buena, decidme, si no sentiais un contento y una satisfaccion sublime, una tranquilidad y un placer, que, de cierto, no lo hubierais cambiado por cuanto el mundo encierra. Pues entonces es

claro que el prepararnos por medio de buenas obras á recibir al Señor, no solo es hacerle los obsequios y homenajes que le son debidos, sino facilitarnos á nosotros mismos un cúmulo de goces puros y felicidad espiritual, que en cierta manera nos anticipa la de la bienaventuranza.

Mas aun haciéndolo así, no está hecho todo lo que nos previene y encarga el Bautista. Es preciso tambien evitar lo malo para en adelante, y estar prevenidos para ese porvenir incierto y oscuro, en el cual, podrá el enemigo de las almas triunfar de nosotros, si con tiempo no le cerramos la puerta, obstruimos el camino é inutilizamos los instrumentos, de que pueda usar para dañarnos. Esto es hacer rectos, limpiar estorvos y desembarazar de escollos

los caminos del Señor, *rectas facite semitas ejus.*

Es el punto 3.º—

El que está en pie, mire no caiga; dice San Juan en el Apocalipsis: conserva lo que tienes, no sea que otro venga y arrebatte tu corona, repite. Con temor y con temblor es como debéis obrar vuestra salvacion, añade San Pablo, al mismo propósito. Cristianos, si al presente debemos hacer buenas obras, para el porvenir son indispensables, para que no lleguen á preocuparnos las malas. Solo el que persevere hasta el fin será salvo, dice Jesucristo. Para conseguir esta continua y jamas interrumpida práctica de buenas obras y la perseverancia final, el Profeta Isaias nos exhorta de esta manera: » aprended á obrar bien; descansad, cesad de obrar mal, socorred al pupilo y venid y argüirme,

dice el Señor; si estuviere vuestra alma tan fea y ennegrecida como el carbon, quedará tan blanca como la nieve. » El propósito firme y perseverante de obrar bien debe cerrar hasta la posibilidad de obrar mal. Los malos afectos del corazon, los torpes pensamientos é ideas del alma, las perversas inclinaciones que dejó en ella el pecado deben obstruirse y aniquilarse, substituyéndoles pensamientos santos y deseos puros. A las ocasiones pecaminosas que presenta el mundo, el demonio y la carne, opóngase ocupaciones, pensamientos y palabras que no les dejen vacío, lugar ni tiempo en que asaltarnos.

Señores, contra todos los pecados y contra toda ocasion de cometerlos, ningun medio mas eficaz se puede encontrar que la ocupacion. El enemigo quiere ocuparnos en lo malo; y

como nuestra imaginacion no puede estar parada, la procura ganar con anticipacion para que asi pervertida ella influya en los sentidos y les transmita lo malo de que ya estaba ocupada. Pues nosotros, estando como estamos advertidos de estos ardides de que se vale, y de este camino por donde marcha á corrompernos, debemos ganársela por la mano, y velar siempre y siempre estar en acecho, para no dejarle entrar ni ocupar su posicion primera; si asi lo hacemos, él no avanzará, será vencido y burlado en el primer ataque. Tengamos de continuo ocupada nuestra imaginacion con las ideas de la virtud, con los pensamientos del Cielo, y nuestro corazon con los santos deseos y anhelos de llegar á gozarlo, y nada malo haremos, porque nada malo pensamos.

Si, pues, nuestra alma ha de prepararse para la venida del Mesias, rectificando sus caminos, enderecemos lo que en ella haya habido tortuoso y malo. Los pensamientos de distraccion, los deseos de maldad, los conatos de impureza, todo, todo debe desaparecer. En su lugar entren las ideas de la grandeza y bondad de Dios, de la inmensidad con que llenará un dia de consuelos celestiales las almas y de la eternidad de la gloria. El enemigo nunca duerme, acaso nos sorprenda alguna vez; pero entonces, cuando sea sentido, acúdase con valor á repelerlo, firmes, fuertes y confiados que Dios nos ayudará.

Pero repito, que la ocupacion y siempre la ocupacion.

Concluyo, pues, señores, repitiendo el clamor del Bautista. La voz del que clama en el desierto del mundo

á las almas cristianas nos exhorta á penitencia por lo pasado, á las buenas obras en lo presente, y á evitar las malas en el porvenir. De este modo se purificarán y prepararán los caminos del Señor, y nacerá en nosotros por su gracia.

¡Oh Salvador del mundo! Nada de esto podemos hacer sin tu auxilio: ven, pues, ya, ven y no quieras tardar mas: *veni, Domine, jam noli tardare*: relaja los crímenes de tu plebe y redúcela á tu patria: é ilumina á los que estan sentados en las tinieblas y sombras de la muerte. Adonay, Dios grande y terrible, ven! á purificar al mundo de sus pecados, á librarlo de tantos males, á enseñarle los caminos de la salud, á encender la antorcha agonizante de la fé, á inflamar el fuego casi estinguido de la caridad, y á desengañar de una vez á los Cristianos

de los falsos encantos del mundo y de la hermosura y felicidad de la virtud: ¡ven, Señor, ven! nace en nuestras almas, vive en nuestras almas, reina en nuestras almas y haz que siempre piensen en tí y solo en tí, que siempre te amen á tí, durante la vida, y que sigan amándote y gozándote por los siglos de los siglos en la gloria. Amen.

J. M. X.





ESPLICACION

de las gracias y privilegios de la Bula de la Santa Cruzada, en forma de sermon.

Quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in caelis; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in caelis.

Todo lo que ligares sobre la tierra, será también ligado en los Cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra será así mismo desatado en los Cielos.

EVANGELIO DE S. MATEO, C. 16, V. 19.

Despues de la solemne confesion que hizo San Pedro públicamente de la divinidad de Jesucristo, y en pre-

mio de ella le dijo el Salvador estas palabras: « Bienaventurado eres tú, Simon hijo de Juan, porque esto no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos; y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y yo te daré las llaves del reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será atado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en los Cielos.» En estas palabras del Evangelio tiene su origen la grande potestad de las llaves, sujeta, como en su origen, en las manos de los Soberanos Pontífices, lejitimos sucesores de Pedro y vicarios de Cristo en la tierra. Poder y autoridad divina, que no solo alcanza á remitir ó retener todos los pecados, sino á

dispensar tambien las penas temporales debidas por ellos; que es lo que se entiende por indulgencias. Pues bien, entre las innumerables que han concedido y conceden diariamente los Sumos Pontífices á los fieles Cristianos para ayudar su miseria é incapacidad de satisfacer á la justicia divina ofendida por sus pecados, descuellan las conocidas en España con el título de la Bula de la Santa Cruzada; título honroso para el pueblo católico español, que le recuerda su proverbial celo á favor de la Religion y el aprecio con que siempre ha sido mirado por el gefe supremo de los Cristianos. Los españoles, en todo tiempo con sus reyes á la cabeza, han formado una cruzada Santa para llevar por todo el mundo la brillante luz del Evangelio, y para defender la verdadera fé de los bruscos ataques de

sus enemigos. Estas empresas desemeñadas con teson y feliz éxito, merecieron en el siglo XIV el renombre y distintivo de Católicos que se dió á los reyes, Fernando é Isabel por la Santa Sede; y estas empresas gloriosas ennoblecen y hacen respetables en todo el mundo á los españoles.

Bajo este punto de vista la Bula de la Santa Cruzada es un bello y decoroso recuerdo de la piedad española, un noble blason de nuestro catolicismo, y á la vez, un estímulo eficaz y poderoso para sostenerlo por nosotros, como lo hicieron en sus días nuestros padres. Mezquinos y espantosamente injustos son los pensamientos de aquellos que entienden de otro modo la concesion Apostólica de la Santa Bula de la Cruzada: indecorosas y malyadas sobre manera las siniestras interpretaciones que en es-

tos tiempos de irreligion, de procaz ignorancia y de atrevimiento deshonesto se dan á unos privilegios que ceden en gloria y beneficio de todo español: decir que la Bula de la Santa Cruzada es una invencion de la codicia eclesiástica es acreditar, lo primero, una supina ignorancia; lo segundo una demostracion de la malquerencia y odio que se tiene á los ministros de la Religion; y lo tercero, la renuncia y desaire impío con que se repelen los títulos mas honrosos para nosotros. Decir, como se dijo en el seno mismo del parlamento español en 1837, hablando de esta materia, y por quien era menos de esperar, *que las indulgencias son el mayor de los abusos*, es y fué repetir á la letra las heréticas blasfemias del despechado y brutal Lutero.

No, españoles cristianos; las in-

dulgencias son un alivio misericordioso que los Sumos Pontífices conceden á las almas, socorriéndolas con los méritos de Jesucristo y de los Santos, de cuyo depósito y tesoro les dió las llaves el que se las dió del Reino de los Cielos. La Bula de la Santa Cruzada es un precioso y rico conjunto de estas indulgencias y otros privilegios concedidos á nuestra nacion graciosamente para su bien espiritual y temporal. La Iglesia y el clero nada perciben; todo es por los españoles y para los españoles: el honor católico que les resulta, los bienes espirituales que se les conceden y los intereses que perciben. En la esplicacion sencilla de lo que es la Bula, y que voy á hacerlos, vereis la prueba de estas proposiciones.

La materia es religiosa; se roza toda con el dogma católico de las in-

dulgencias, definido en el Santo Concilio de Trento; es tambien importantísima á vuestra piedad y buenas ideas; conduce en fin á sacaros de errores y libraros de males espirituales. Pidamos al Señor, antes de proceder, los auxilios de su divina gracia, saludando á la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

Quodcumque ligaveris super
terram, erit ligatum et in cœlis;
et quodcumque solveris super
terram, erit solutum et in cœlis.

Todo lo que ligares sobre la tierra, será tambien ligado en los Cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra será así mismo desatado en los Cielos.

EVANGELIO DE S. MATEO, C. 16, V. 19.

Como los reyes católicos de España, por la decision de esta nacion á favor de la fé y Religion verdadera, y por la inmediata situacion topográfica de nuestro territorio á la costa de Africa habitada de infieles y mahometanos, nuestros enemigos en varios sentidos, tenian que mantener de continuo tropas al pie de guerra para impedir sus ataques y tentativas de

irrupcion, acudieron á los Sumos Pontífices implorando de su clemencia socorros espirituales de indulgencias en beneficio de los que se ocupasen en estas guerras, para que alentada su piedad se esforzasen á la defensa de la Religion y de la patria; y tambien subsidios temporales pecuniarios para atender á los gastos de las mismas.

En el número de las gracias espirituales ocupa el primer lugar una indulgencia plenaria que concede su santidad al Rey como gefe de la nacion y á todos los soldados y demas dependientes y adictos á los ejércitos que esten peleando contra los infieles, y á todos los españoles, y aun á los extranjeros que vinieren á dichos ejércitos, con tal de que permanezcan en ellos durante el año de la Bula, ó estuvieren en camino para ir, ó si se

retirasen sea por enfermedad, ú otra imposibilidad; y con tal que contritos de sus pecados los confesaren, ó no pudiendo confesar lo deseen y den señales de arrepentimiento. A los que no van por sí mismos á estas guerras les sufraga para ganar la indulgencia el contribuir con la limosna tasada. Se dice en la misma Bula que esta indulgencia es la misma que se acostumbra conceder á los que van á la tierra Santa, ó lugares de Palestina en que padeció nuestro Señor Jesucristo; y que es por modo de jubileo. Quiere decir, que la benignidad de la Santa Sede premia con una indulgencia plenaria y remision de todas las penas canónicas debidas por los pecados, la piedad y devocion de aquellos Cristianos que van á visitar y adorar los lugares consagrados con la presencia divina del Redentor, y

regados con su preciosísima sangre; y que reputa por de la misma importancia el celo en ir á la guerra contra los infieles ó contribuir con subsidios á los que van. Y como esta indulgencia dura todo el año y se puede ganar en cualquier dia de él, por eso se añade que es á manera, ó por el mismo orden y modo que si fuera año de jubileo: á diferencia de otras indulgencias tambien plenarias que se conceden para un dia ú ocasion marcada, fuera de la cual ya no se ganan.

Con este motivo, debo aqui daros una idea de lo que son las indulgencias para que formeis el verdadero juicio católico que corresponde sobre la importancia que tienen y anhelo con que se debe procurar ganarlas. Indulgencia, en general es la remision ó perdon de la pena tempo-

ral debida por las culpas á la divina justicia. Ninguno que sea Católico ha dudado ni menos negado jamás que la Iglesia tiene un verdadero poder legislativo para imponer preceptos y leyes á sus súbditos que son los Cristianos, y de asegurar con la sancion penal la observancia de sus leyes y de las divinas, que son las que la autorizan. Pues bien; desde los tiempos primitivos del cristianismo se impusieron leyes y penas para su observancia, en los concilios y por los Sumos Pontífices que son los supremos legisladores y gefes de la Iglesia. Leyes para moralizar al pueblo cristiano, para hacerlo tan virtuoso y ejemplar como corresponde ser á los verdaderos hijos y discípulos de Jesucristo; leyes que deben siempre observarse para cumplir exactamente con la divina ley del Evangelio; y le-

yes que si se quebrantan, están obligados los infractores á cumplir las penitencias públicas ó secretas que por su violacion tiene señaladas la misma Iglesia.

Por el quebrantamiento de muchas de estas leyes la Iglesia impuso en sus antiguos cánones penas que duraban muchos años y á veces toda la vida. ¿Quién es ahora el Cristiano que hace tan larga penitencia? Ninguno. ¿Quién es así mismo el que no infringe aquellas leyes y deja de incurrir en las penas? Ninguno; y como se compone esta conducta con la inflexibilidad de las mismas leyes? Habiendo de sufrir y padecer las penitencias y penas en el Purgatorio. Para evitar este terrible extremo, la misma Iglesia mitiga el rigor de estas penas y deroga con su divina potestad aquellas leyes, concediendo indul-

gencia, indulto y perdon, con tal que se hagan otras buenas obras mas suaves y fáciles á la fragilidad humana. Si se concede este perdon é indulto por un tiempo determinado se llaman indulgencias parciales, y si es por todas las penas en que se haya incurrido indeterminadamente se llaman indulgencias plenarias.

Estoy bien seguro por desgracia, de que apenas hay un Cristiano que no haya quebrantado mil veces aquellas leyes, y por resultado, que no deba cumplir penitencias que le durasen mil vidas que tuviera. Así, pues, ó estais dispuestos al extremo desesperado de ir al Purgatorio por muchos miles de años, ó debeis hacer con eficacia todo lo posible para ganar las indulgencias, que á tan poca costa se os conceden.

Por esta esplicacion ya compren-

dereis lo que es y en lo que consiste la primera gracia de la Bula de la Santa Cruzada, que es una indulgencia plenaria aplicable al que toma la Bula en el año de su publicacion, y en cualquier dia de él en que se confiesen los pecados con buena disposicion, con arrepentimiento y detestacion de ellos.

El segundo privilegio ó gracia que concede la Santa Sede á los que toman la Bula y contribuyen con su limosna á la guerra contra los infieles, es que puedan celebrar Misa si son sacerdotes, y hacerla celebrar si son legos, y oirla y asistir á los divinos officios y recibir los Santos Sacramentos (menos el dia de Pascua) en las iglesias permitidas ú oratorio señalado por el ordinario, en tiempo de entredicho, como no hayan dado causa á él, ni esté en su culpa el que no se

levante. Y en fin que sus cadáveres, si mueren, sean sepultados con moderada pompa, con tal que no hayan muerto escomulgados; sin otra condicion que la de rogar á Dios por la union y victoria de los príncipes cristianos contra los infieles.

Señores, en los miserables tiempos que alcanzamos de indiferencia religiosa, es preciso dar á este privilegio toda la importancia que tiene, explicando con detencion la causa sobre que recae y motivos que la producen. Entredicho es una pena que imponen las leyes eclesiásticas, y el supremo gefe de la Iglesia á ciertos lugares é iglesias determinadas cuando en ellos ó en ellas se han perpetrado crímenes horrendos ó grandes pecados contra la Religion y moral pública, prohibiendo que por un tiempo determinado ó indefinido se

celebren los oficios divinos y se administren los Santos Sacramentos. Y la razon inmediata de esta pena es que como los crímenes que se suponen cometidos son contra la Religion, justo es se prive de sus consuelos á aquellos que se declaran por sus enemigos voluntaria y descaradamente, escandalizando á los demas.

Pues en este caso dado, y en el cual nos hubiéramos hallado indudablemente muchas veces en España en la época larga ya y penosa de impiedad, de desacatos y desmanes irreligiosos que corremos, si la clemencia de los Sumos Pontífices no nos mirase con compasion, ni quisiesen añadir afliccion á los afligidos; en este caso, repito, en que se interdicen los divinos oficios y administracion de Sacramentos, queda todo espedito á los que tienen la Bula de la Santa

Cruzada, con las condiciones antes indicadas y que en ella misma se previenen.

Hay ademas otras bulas apostólicas que amplían en tiempo de entredicho los privilegios á varios casos y personas, y que siempre permiten la administracion de aquellos Sacramentos que son de necesidad absoluta para salvarse, como el Bautismo, la confesion, y en su defecto la Estremauncion; pero no es de mi actual mision el hablar de ellas.

La tercera gracia espiritual es, que se cenceden á los que dan la limosna de la Bula quince años y quince cuarentenas mas de perdon de las referidas penas y penitencias, todas cuantas veces ayunaren voluntariamente fuera de los dias señalados por la Iglesia; y si no pueden ayunar hiciesen otra obra piadosa al arbitrio

de su confesor, pidiendo ademas por la union y victoria de los príncipes cristianos; y ademas se les hace participantes de todas las obras buenas que se hacen en toda la Iglesia por sus piadosos hijos. Estas gracias no necesitan mas explicacion que la hecha antes sobre las indulgencias, recordando solo que están comprendidas en las que se llaman indulgencias parciales.

La cuarta es otra indulgencia plenaria para sí ó para los difuntos si se quiere aplicar por ellos, en cada uno de los dias de las estaciones de Roma, que son aquellos que se acostumbra á advertir en los calendarios con las palabras: *hoy se saca ánima*; visitando cinco iglesias ó cinco altares, ó uno cinco veces, y haciendo en ellos la repetida oracion al Señor por los fines de la concesion de la Bula.

Llega ya, señores, la quinta gracia ó privilegio que es por sí solo bastante para escitar el interés de todos en favor de la Bula por adquirirla, y en agradecimiento de la Santa Madre Iglesia y sus soberanos Pontífices: es la de poder elegir y dar facultad el mismo penitente al confesor para que le pueda absolver de pecados reservados. Es tal la gravedad, malicia y trascendencia de ciertos pecados, y que por cierto se cometen con mas frecuencia que se cree, que la Iglesia en sus leyes ha mandado dificultar su absolucion para asi impedir que se cometan. Entre ellos hay unos que están reservados al Papa, y otros á los ordinarios diocesanos: y la Bula da facultades al que la toma para ser absuelto por cualquier confesor aprobado por el ordinario, una vez en el año de los reservados al Papa, y otra

en el artículo de la muerte; y de los reservados al prelado diocesano tantas cuantas veces se confiesen. Lo mismo se entiende respectivamente de las censuras. A los confesores se les encarga la obligación de imponer en estos casos las penitencias saludables y que reclamen las circunstancias de los penitentes y de los pecados mismos para evitar su repetición.

También se concede á los mismos confesores la facultad de conmutar votos y juramentos, aunque con algunas escepciones. Ahora bien; si el que no tiene la Bula ha cometido alguno de esos pecados, incurrido en alguna censura, ó gravádose con algún voto ó promesa indiscreta y difícil de cumplir, ¿cuál será su vergüenza, desasosiego y embarazo, al oír de la boca del confesor, que no le puede absolver ni sacar del atolladero

porque no tiene facultades? ¿Cuándo le diga que debe ir á Roma, ó al prelado de la diócesis para ser absuelto? Los que insensatamente declaman contra la Bula, lléguense sin ella á los pies de un confesor y verán lo que ella es y de lo que sirve.

La indulgencia plenaria que, como se ha dicho al principio, se concede en el año de la publicación de la Bula, se repite en el artículo de la muerte; y pudiéndose tomar dos bulas cada año, resultan aplicables cuatro indulgencias plenarias.

Pasemos á los beneficios corporales y temporales que la Bula dispensa. Sabido es que el precepto del ayuno no solo obliga á hacer una sola comida, sino á que esta sea de manjares de viernes, es decir, no de carnes ni cosa hecha con ellas, ni de lacticios. Pues la Bula dispensa este se-

gundo extremo y permite á los que la toman que puedan comer carne y lacticinios en los dias de ayuno. Hay sin embargo algunas escepciones con respecto á ciertas personas, á las cuales se les obliga á tomar ademas el indulto ó indultos cuadragésimales de carne y de lacticinios; y hay tambien esceptuados algunos dias, como los viernes de cuaresma y otros, en que aun con la Bula y los indultos es preciso abstenerse de carnes y demas prohibido antes de su concesion.

Con respecto á los militares se les dispensa en un todo del ayuno y de la abstinencia, en los términos que del contesto de la Bula resulta.

Por último, el comisario de Cruzada nombrado y autorizado por el Santo Padre adquiere, en virtud de esta Bula un sinnúmero de facultades extraordinarias que ejerce y redundan

todas en favor de las almas y en beneficio y paz de las conciencias. Algunas refluyen tambien al bienestar de la sociedad pública y doméstica y de los individuos.

Pero sobre todo está el beneficio que recibe la suprema potestad del Estado con el ingreso en el tesoro del importe de las limosnas que se dan por la Bula; todo es para la España; las indulgencias, los privilegios y el dinero. Con este se mantenian en otro tiempo, ó ayudaban á mantener las tropas españolas que por mar y tierra estaban de continuo haciendo frente á los marroquíes, á los berberiscos y demas bárbaros que tan inmediatos por el Estrecho á nuestras costas, acometian á su placer y se llevaban en presa nuestros bienes y en cautiverio á nuestros hermanos. Es verdad que ya en el siglo pasado, en

el reinado de Cárlos III se hicieron tratados para reprimir la piratería y conciliar nuestro gobierno con el del emperador de Marruecos; y es verdad tambien que ocupada la costa de Africa ya por los franceses católicos no es tanto el peligro; pero sin embargo no hace dos años que los piratas marroquíes subieron por el Oceano hasta la vista de Santander y se llevaron de los barcos pequeños de la costa á varios Cristianos españoles cautivos.

En todo caso, y cuando el objeto de la concesion de las limosnas de la Bula hubiera concluido absolutamente, no habria motivo plausible para inculpar á la Santa Sede, á la Iglesia y al Clero: mejor fuera que los que mas hablan en contra de la Bula y la desacreditan, no contasen despues con su producto para sus pla-

nes de gobierno, ó de desgobierno: ellos serán siempre los responsables ante Dios, ante la Iglesia y ante el mundo entero, si no invierten los fondos de la Bula en el sagrado y privilegiado objeto para que están concedidos y para el que los dan los Católicos españoles.

Pero á nosotros nos interesa mucho el gozar de estas indulgencias y privilegios del órden espiritual y temporal, para redimir nuestras deudas y satisfacer las penas debidas por nuestras culpas; para facilitarnos tambien la absolucion de las mismas culpas y la observancia de los preceptos de la Iglesia. Seamos sobre todo agradecidos á la benignidad y clemencia de la Santa Sede; correspondamos, al menos con nuestro respeto y filial obediencia, á las distinciones con que nos favorece, y usemos de ellas cuan-

do lo previene y necesitemos. Vivamos siempre cual vivieron nuestros mayores, como buenos Cristianos y como los Católicos mas amantes y devotos de la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de las demas, fuera de la cual no hay salvacion; y portándonos de esta manera, se nos aplicarán sus gracias y beneficios en la vida, que nos ayudarán en la muerte á vencer obstáculos y la detencion del Purgatorio, y lo que es mas que todo, nos facilitarán la subida á la patria celestial, que os deseo á todos, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espiritu Santo. Amen.

J. M. X.



SERMON

para la fiesta de la Espectacion de nuestra Señora.

Espectabo Deum Salvatorem meum, et praestolabor eum dum prope est.

Esperaré á Dios mi Salvador, y le saldré al encuentro cuando esté cerca.

Antif. de seg. visp. á magnifi. en la ser. 5. despues de la Dominica primera de Adviento.

En estas palabras que toma la Iglesia de los dos Profetas Isaías y Mi-

do lo previene y necesitemos. Viva-
mos siempre cual vivieron nuestros
mayores, como buenos Cristianos y
como los Católicos mas amantes y de-
votos de la Santa Iglesia Romana,
madre y maestra de las demas, fuera
de la cual no hay salvacion; y por-
tándonos de esta manera, se nos apli-
carán sus gracias y beneficios en la
vida, que nos ayudarán en la muerte á
vencer obstáculos y la detencion del
Purgatorio, y lo que es mas que todo,
nos facilitarán la subida á la patria
celestial, que os deseo á todos, en el
nombre del Padre, y del Hijo y del
Espiritu Santo. Amen.

J. M. X.



SERMON

para la fiesta de la especta-
cion de nuestra Señora.

Espectabo Deum Salvatorem
meum, et praestolabor eum dum
prope est.

Esperaré á Dios mi Salvador, y
le saldré al encuentro cuando esté
cerca.

Antif. de seg. visp. á magnifi. en la ser. 5. despues de la
Dominica primera de Adviento.

En estas palabras que toma la Igle-
sia de los dos Profetas Isaías y Mi-

cheas, y las canta en el oficio de uno de los dias de Adviento, están reasumidas todas las ideas sublimes, todos los sentimientos elevados, todos los deseos cariñosos y purísimos en que abundó el alma santa de la Virgen María desde la Encarnacion del Verbo Divino en sus purísimas entrañas, hasta que lo dió á luz, y principalmente en aquellos dias inmediatos á su dichoso y feliz parto. La Iglesia de España tan privilegiada siempre por esta Señora, y tan amante de sus glorias, considerando que la festividad de la Anunciacion se celebraba en la Iglesia universal desde los primeros siglos, pero en una época del año, en la que por concurrir con la de los misterios de la Pasion del Señor, no se le podia dar toda la estension y solemnidad que exige su importancia, en el concilio X de Toledo, á media-

dos del siglo VII (año de 656) resolvió y ordenó que se trasladase la fiesta de la Anunciacion al dia 18 de diciembre; y despues, porque no se creyese que la España se apartaba de las piadosas costumbres de la Iglesia Romana, madre y maestra de las demas, mandó que se siguiese celebrando el 25 de marzo, pero sin dejar por eso de repetir la misma fiesta el 18 de diciembre, como ya se hacia. De suerte que esta festividad es una misma en sustancia que la de la Encarnacion; y el oficio todo y cuanto en él dice, hace y repite la Iglesia, nos lo acredita.

Sin embargo, examinando yo con reflexion las razones de los padres toledanos, por una parte, y por otra el tiempo y época eclesiástica en que se celebra esta fiesta y aun el mismo oficio, hallo ciertas especialidades,

que si bien no influyen en la esencia del misterio, ni la diversifican, le dan otro giro y otras consideraciones al objeto de la misma celebridad. En el día de la Anunciacion realmente se celebra á Dios, al Verbo Divino hecho hombre, y si se habla de la Virgen es como sugeto en quien se verifica el misterio. Y la Iglesia de España queria celebrar esclusivamente á María y ponerla en accion en virtud del mismo misterio; y esto es lo que hace en el día de la Espectacion. En una palabra, allí se representa el misterio en el tiempo de obrarse; aquí despues de estar ya obrado: allí á Dios que lo hace; aquí á María que lo medita.

Y véase como viene oportunamente el tiempo de Adviento para esta segunda fiesta; porque todo él, es, por decirlo así, una fiesta continuada del

misterio de la Encarnacion. Y cuando ya se acerca el nacimiento del Hijo de Dios, la Iglesia redobla sus espirituales gozos, su entusiasmo y su animacion para estimular á sus hijos á que lo celebren con dignidad y pureza, y como uno de los dias mas grandes que los Católicos santificamos.

En otras grandes solemnidades se ha establecido una octava despues de ellas, para que se les dé la debida importancia, y se mediten despacio los beneficios distinguidos que el Señor nos dispensa en ellas: en esta hay ordenadas dos, una antes para preparacion, y otra despues para meditar en ella, como ya cumplida. Al dia primero en que se dá principio á la de preparacion pertenece la de que hoy hacemos mérito. Es pues, la Espectacion del Verbo con relacion á la Vir-

gen, y la preparacion de esta Señora para el parto prodigioso de su Divino Hijo que llevaba en su seno purísimo.

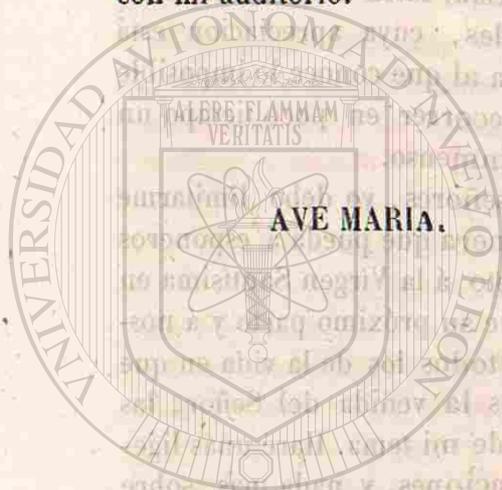
Importantísimas son, de verdad, las reflexiones que en ambos sentidos tenemos que hacer; si consideramos á la Virgen, penetrada de los sentimientos de la fé mas pura en el misterio, del amor mas tierno para con su Dios, de su embeleso y santo entusiasmo, de su íntima union con este Señor, de su humildad profunda, de su obediencia pronta á sus divinas disposiciones, se agranda y eleva tanto el objeto de esta solemnidad, que es imposible alcanzarlo y abarcar toda su estension y tamaño en un corto discurso, y mucho menos habiéndolo de hacer un hombre de poco espíritu y cortos alcances. Si despues pasamos como es justo, á hacer las oportunas

aplicaciones á nosotros mismos, cuando celebramos estos misterios, entrando de lleno en el espíritu é intencion de la Iglesia, salen al encuentro otras dificultades, cuya apreciacion está reservada al que conoce lo imposible que es recorrer en poco tiempo un espacio inmenso.

Asi, señores, yo debo limitarme en la manera que pueda á esponeros con respeto á la Virgen Santísima en los dias de su próximo parto y á nosotros en todos los de la vida en que esperamos la venida del Señor, las palabras de mi tema. Haré unas ligeras indicaciones, y nada mas, sobre el modo con que María Santísima esperó el nacimiento de su hijo Jesus, y se apresuró á recibirle, para que en ella, como de celestial maestra aprendamos.

Madre mia, el éxito depende del

Cielo y de vos, si me consigues sus auxilios; yo los espero, siempre confiado en tu favor. Para ello te saludo con mi auditorio.



Espectabo Deum Salvatorem meum, et præstolabor eum dum prope est.

Esperaré á Dios mi Salvador y le saldré al encuentro cuando esté cerca.

Antif. de seg. visp. á magnifi. en la fer. 5. despues de la Dominica primera de Adviento.

Desde que la Virgen Santísima zanjada la dificultad que opuso al Angel de conservar intacta su virginidad, á pesar del misterio de la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas, ya se sometió humilde á la voluntad de Dios, empezó á estrecharse por el amor mas puro y la fé mas ardiente, aquella union de gracia y amistad que tenia con el mismo

Dios desde el momento de su concepcion inmaculada, y en el momento mismo. Esforzando los actos de fé y de amor se preparaba al nacimiento de su Hijo, porque en él sabia que se habian de cumplir las promesas de quedar asegurado su honor y pureza, á pesar de producir al mundo al deseado de los collados eternos, como se espresa el Profeta Ageo. La dulce, santa, cierta, segura y consoladora esperanza de estos incomparables favores para sí misma, y de los beneficios de infinito valor que reportaria al mundo su maternidad prodigiosa, al paso que afirmaba mas y mas su ardiente y firme fé, estimulaba su amor, su humildad y su reconocimiento.

Yo, señores, quiero hallar un punto de comparacion y de contacto de esta íntima union de fé, de amor,

de reconocimiento y humildad que hubo en el alma purísima de la Virgen con su Dios todo el tiempo de su preñado misterioso, y principalmente en aquellos preciosos dias inmediatos á su alumbramiento, y aunque recorro con la imaginacion las historias de la vida de los Santos y de aquellas almas privilegiadas, que despues de haber subido grado por grado toda la misteriosa escala de la perfeccion, han llegado á unirse tan íntimamente con su Dios que han aparecido en cierta manera endiosadas, deificadas, sin querer, ni pensar, ni hacer mas que lo que era mas del agrado del mismo Dios; yo, digo, quiero hallar en ellas una semejanza de la union de la Virgen; pero veo que me quedo muy atras, muy bajo; que la comparacion es muy imperfecta. Santa Te-

resa de Jesus, por ejemplo, tan querida y tiernamente obsequiada de su Divino Esposo, que ardía su pecho en el fuego místico de su amor como el de un Querubín, que se enagenaba de sus sentidos, que moría de amor. ¿Y bien, es todo esto algo para conocer la union de María Santísima con su Dios, cuando lo llevaba corporalmente en su seno, cuando le habia dado la existencia humana de su propia sangre y sustancia, y cuando esperaba en breve ser su Madre verdadera aun á los ojos del mundo? ¡Oh! esto es muy elevado, muy grande; no es posible tocarlo ni menos comprenderlo: confieso ingenuamente, Cristianos, que yo no lo alcanzo. Seria necesario al menos haber visto como Pedro y los otros dos discípulos queridos, en el Tabor, la gloria del

Señor, haber subido como Pablo al tercer Cielo y oír allí y ver arcanos que no es lícito ni posible al hombre decir ni explicar. Pero aun así, y con todo, sin la luz de la gloria, ¿cómo se ha de ver la gloria misma, si está colocada en una esfera superior á la inteligencia humana?

Los Santos todos fueron concebidos en pecado y siempre estuvieron espuestos tambien á pecar; María fue concebida en gracia, llena siempre de la plenitud de la gracia; fue siempre bienaventurada y no podia pecar, ni faltar á ella, porque hubiera ese defecto refluido en su mismo Hijo Jesus, que era y es Dios, y la Santidad por esencia. ¿Quién, repito, podrá explicar esta íntima, perfecta y perpetua union de Dios y María? ¿Quién decir la grandeza y perfeccion de su

fé, de su amor y de todas las virtudes? Me parece, señores, que aunque sin comprenderlo tampoco, hallo una significacion de esta union en los cantares, aplicada á la Virgen Santísima por los Padres de la Iglesia y por los espositores sagrados, aunque en su sentido literal sea y se entienda de la divina sabiduría. Hablo de aquella diligencia, anhelo y amor con que la Esposa buscaba á su Esposo Divino, y luego que lo encontró, esclamaba estasiada: « *inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam.* Hallé al amado de mi alma, lo aprisioné y no le dejaré ya ir.» María tenia á Dios siempre, no tuvo necesidad de buscarlo, porque el mismo Dios la hizo en la plenitud de su gracia, la enriqueció con sus dones, la hizo vivir y estar siempre en la plenitud de los

Santos, y por si no era bastante bajó del Cielo y se encerró en el claustro virginal de sus purísimas entrañas. Mejor que Salomon del templo puedo yo decir de María: *Ecce tabernaculum Dei*; Hé ahí el tabernáculo de Dios! Con el sábio puedo añadir y apropiar y entender con verdad de María; el que me crió, descansó en mi tabernáculo: *et qui creavit me, requievit in tabernáculo meo.* En boca de nuestro Dios pone el Profeta David unas palabras que lo acreditan; dice así; «este es mi descanso por los siglos de los siglos; aquí habitaré, porque lo he elegido.» Si el Señor se apareció á Salomon, cuando ya tenia concluido su templo y le aseguró que habia elegido y santificado aquel lugar para que en él estuviese eternamente su nombre, sus ojos y su corazón, y era

un templo material que al fin fue mil veces profanado y despues destruido sin que quedase piedra sobre piedra, con cuanta mas razon lo entenderemos en metáfora de Maria, cuya alma fue elegida y santificada por el Espíritu Santo, y su cuerpo virginal destinado para ser la habitacion de Dios, el tálamo de la Divinidad, el trono del Padre, la carne del Hijo, y el amor del mismo Espíritu Santo?

Estas grandezas y singulares gracias estasiaban á la Virgen en el tiempo que medió desde la Encarnacion del Verbo Divino en sus purisimas entrañas hasta su felicísimo parto, y las agradecia á su Dios y las repetía humillándose y poniéndose del todo en sus divinas manos. Como en casa de Isabel, su prima, repetiria aquel cántico inspirado y maravilloso, con

que aun todavía resuenan diariamente los templos cristianos: «Magnifica mi alma al Señor; mi espíritu se alegró en mi Dios Salvador; me hizo grande el Todopoderoso, porque miró la humildad de su Sierva.....» Asi en continua oracion, endiosada, divinizada, hecha una misma cosa con la voluntad de su Dios por su vivísima fé, por su encendido amor, por su esperanza firme, segura é inalterable, decia y cumplia á la letra lo que en su nombre canta la Iglesia: esperaré á Dios mi Salvador. Si era Jesus el Salvador de la Virgen, porque aunque jamás pecó era hija de Adán, y las gracias que recibió se las concedió el Señor por los méritos previstos de la Pasion de Jesus su Hijo. Asi, es exacto que Maria esperaba el nacimiento de su Hijo Jesus, como su Salvador,

y lo deseaba para su bien y el del mundo; y cuando ya estaba cerca le salió al encuentro y se le anticipó, *Espectabo Deum Salvatorem meum, et præstolabor eum dum prope est.*

SEGUNDA PARTE.

Señores, he dicho que la fiesta de la Espectacion es propia y esclusiva de la Iglesia de España; que es una celebridad repetida del inefable misterio de la Encarnacion, y debo añadir que desde que al celebrarla en su tiempo el grande Ildefonso, arzobispo de Toledo, mereció ser visitado y enriquecido con un don y regalo del Cielo, por la Santísima Virgen, que acompañada de Angeles se dignó bajar á la primitiva y antigua Iglesia, sentarse en su Cátedra, proclamar y en-

salzar la virtud de este su distinguido siervo y devoto, adquirió, digo, desde entonces mas importancia esta fiesta. Aun hay mas; como se celebra en el tiempo de Adviento, para solemnizar mas el nacimiento del Hijo de Dios, es la Espectacion el principio de una octava solemne que precede á esta grande festividad. En las otras fiestas grandes del año tiene la Iglesia señalada una octava que les subsigue, para que los fieles se ocupen por espacio de ocho dias en contemplar el misterio ó las virtudes del Santo que respectivamente se celebra; pero reputando por el mayor de todos los misterios y demas importantes resultados para el mundo el nacimiento de Jesucristo, ha querido que tenga dos octavas una antes y otra despues; y aunque todo el tiem-

po de Adviento es una continuada fiesta de la Encarnacion, cuando ya se aproxima el feliz parto de la Virgen, entonces á los ocho dias antes, la Iglesia esforzando su espíritu piadoso y santo, reuniendo en un punto todo lo mas tierno, dulce, expresivo y patético de cuanto hay en los Profetas y en toda la Escritura Sagrada relativo á este gran misterio, empieza á hacer resonar sus templos con cánticos de júbilo, de placer y entusiasmo. Y hé aqui, señores, que esta coincidencia la hallo yo muy á propósito para que el pueblo católico comprenda lo que hizo la Santísima Virgen en la proximidad de su feliz alumbramiento para salir al encuentro y recibir á su hijo Jesus.

Dos virtudes principales son las

que resplandecen en María con este motivo: la prontitud de su obediencia á las órdenes del Cielo, en que se prueba la firmeza de su fé; y el amor á los hombres, con que acredita su encendida caridad. El gefe del Estado manda que todos vayan á inscribirse en su propia patria en el padron ó censo general de la poblacion que queria hacer: María sabia que aquel era ya el tiempo próximo á su parto, pero que los hombres son instrumentos del Cielo para hacer cumplir sus ocultos y adorables designios; y por lo mismo, sin reparo alguno, sin dudar nada, sin temer contratiempo ni por sí, ni por el precioso fruto que llevaba en sus entrañas, se pone en marcha y sale á cumplir la voluntad de Dios. ¡Oh! los justos que creen las palabras del Señor con firmeza, y

que con fidelidad esperan su cumplimiento, ni retardan, ni inquietan, ni preguntan, ni dudan: obedecen, callan y esperan; porque Dios sabe lo que ordena, y nunca falta. María obedece inmediatamente un mandato del Cesar, pero sabe, cree y conoce que allí va escondido un alto designio del Cielo: no podia ignorar el lugar en que Dios habia designado su nacimiento por boca de los Profetas; y á él se encamina y dirige, obedeciendo á la vez á Dios y al gefe temporal del Estado. ¿Cuáles serian los deseos, las ansias y anhelos de esta obediente, humilde y purísima criatura por ver nacido al Redentor de Israel, al deseado de los collados eternos, al suspirado por los Patriarcas, vaticinado por los Profetas, esperado por todos

los justos, y figurado en todos los grandes y portentosos sucesos de mas de cuatro mil años? Y cuál su enagenamiento y placer purísimo al ver que se llegaba el dichoso momento de presentarlo al mundo para su universal remedio! Oid cómo se respresa la Iglesia desde este dia, y creed que estas eran, á no dudarlo, las voces íntimas y los preciosos sentimientos del alma pura de esta bendita y predilecta Hija del Altísimo. «¡O sabiduría, me parece que la oigo esclamar! ¡O sabiduría que saliste de la boca del Altísimo, tocando todas las cosas desde uno á otro extremo con firmeza y disponiéndolas con suavidad, ven á enseñarnos el camino de la prudencia! ¡O Adonay, gefe de la casa de Israel, que te apareciste á Moyses en la zarza ardiendo, y le diste la ley!

en el Sinay; ven á redimirnos con tu brazo estendido! ¡O Raiz de Jesé, que estas por señal de los pueblos, sobre quien los Reyes enmudecerán, y deprecarán las gentes, ven á librar-nos; ya no quieras tardar! ¡O llave de David y cetro de la casa de Israel, que abres y ninguno cierra; cierras y ninguno abre; ven y saca al género humano, que está preso, de la cárcel en que yace, sentado en las tinieblas y sombras de la muerte! ¡O oriente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia; ven é ilumina al que está sentado en las tinieblas y sombra de la muerte! ¡O Rey de las gentes que te desean, piedra angular que todo lo aunas; ven y salva al hombre que formaste del cieno! ¡O Emanuel, Rey y legislador nuestro, espec-tacion de las gentes y su Salvador;

ven á salvarnos, ¡ó Señor Dios nues-tro. *domini in his diebus* Este es el clamor, estas son las súplicas y las plegarias de la Santa Iglesia en esta primera octava; y estos creo yo firmemente que serian los deseos y preces de la Virgen á favor del mundo. Porque ¿quién duda que esta Señora siendo la corredentora del género humano, anhelaria porque se verificase el misterio de la redencion? Pues sus deseos y anhelos eran por nosotros y para nosotros. La Iglesia dice en su liturgia de estos dias muchas veces que el corazon de la Virgen se inflamó de amor por los hombres al saber que nos iba á producir el misterio del hombre Dios. Con que no hay, pues, que dudar de los seráficos sentimientos de obediencia y amor al mundo con que esta Seño-

ra se anticipó y salió al encuentro á su Divino Hijo en los dias inmediatos á su nacimiento; no es posible dudar tampoco de la íntima é inefable union que tuvo con su Dios por la fé mas firme, por el amor mas ardiente, por la esperanza mas sólida y por la humildad mas profunda.

Cristianos; nosotros tambien esperamos la venida y nacimiento del Señor; ahora por medio de su gracia nacerá en nuestras almas, y muy luego vendrá sobre las nubes en gloria y majestad, como justo é inexorable juez para juzgarnos. En esta espectacion imitemos á la Santísima Virgen, por medio de la copia exacta en nuestra conducta de las virtudes que nos ha enseñado. Fé y amor á Dios; humildad profunda, pronta obediencia á sus divinas disposicio-

nes; amor á nuestros prógimos: asi se espera al Señor, y asi se le sale al encuentro cuando esté cerca. ¡Cerca está! ¡Ah! los Profetas lo anuncian, la Iglesia lo repite y el estado físico y moral del mundo lo confirma. ¡Cerca está! Salgámosle al encuentro con fé, obediencia y mútua caridad; despues de haberle esperado con las mismas virtudes que su Madre le esperó.

Virgen Purísima y Madre nuestra; sed tambien nuestra maestra y nuestra protectora; para que aprendamos tus lecciones de virtud y para que evitemos los rigores de tu Hijo Jesus, cuando venga como supremo Juez: alcanzadnos en esta vida la virtud y santidad, y en la otra la gloria eterna. Esta es, Madre mia, la espectacion que de tí tenemos: y la que yo deseo á todos. Amen.

. M. X.

INDICE

de los sermones que contiene

ESTE TOMO.

Pág.

<i>Sermon para la Dominica vigécima primera despues de Pentecostés.</i>	5
<i>Sermon para la Dominica vigésima segunda despues de Pentecostés.</i>	35
<i>Sermon para la Dominica vijésima tercera despues de Pentecostés.</i>	64
<i>Sermon para la Dominica vigésima cuarta despues de Pentecostés.—Homilia sobre su Evangelio.</i>	93
<i>Sermon para el domingo primero de Adviento.—Homilia sobre la Epístola de la Misa de este dia.</i>	119
<i>Sermon para la segunda Dominica de Adviento.</i>	154
<i>Sermon para la Dominica tercera de Adviento.</i>	179
<i>Sermon para la Dominica cuarta de Adviento.</i>	209



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M. I.
81

*Esplicacion de las gracias y privilegios
de la Bula de la Santa Cruzada, en
forma de sermon. 236*
*Sermon para la fiesta de la Espectacion
de Nuestra Señora. 263*



ADVERTENCIA.

En el próximo tomo 13 se indemnizará á los señores suscritores con un aumento de páginas proporcionado á las que faltan en este, para cumplir exactamente con lo ofrecido en nuestro prospecto, como creemos haberlo hecho hasta aqui.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE NUE
BIBLIOTE